MVNDO HISPANICO



VALENCIA HACIA EL AÑO 2000

LA CIENCIA ESPAÑOLA EN EL MUNDO ACTUAL

COMO ES LA VIDA DE LOS INDIOS COLORADOS

ESTIRPES HISPANOAMERICANAS

AVANCES DE LA MODA

COSTA RICA - PARAGUAY

N.º 72

15 Pts.

Madrid, como España toda, sigue respetando y conservando amorosamente su entrañable cariño por lo tradicional en las costumbres, recreándose al contemplar, aún flamantes y bellísimas, las muchas obras arquitectónicas que posee, tales como el Palacio de Oriente, iglesias de las Calatravas y San Francisco el Grande, Museo del Prado y tantas otras...

Pero los tiempos evolucionan. La antigua Villa del Oso y el Madroño ya no termina en la Puerta de Alcalá o en la de Toledo. Ha crecido mucho; tanto, que apenas si puede reconocérsela a través de los evocadores rincones del Madrid de los Austrias o de las calles angostas y típicas de Cabestreros o las Américas.

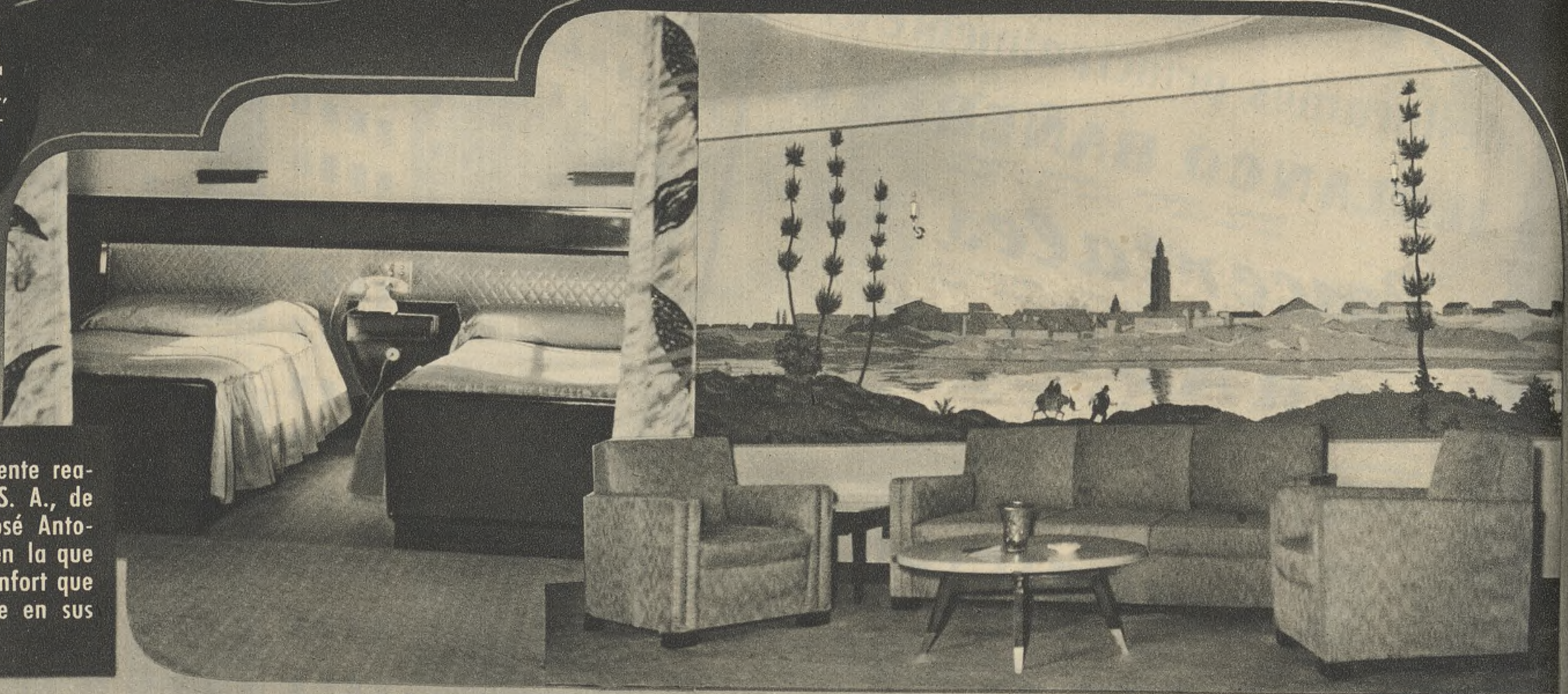
A tono con esta época, caracterizada por la televisión, las velocidades supersónicas y el cine en relieve, la ciudad ha modernizado su ambiente, incorporándose al progreso actual con nuevas industrias, calles, edifi- (Continúa en la pág. 5.)



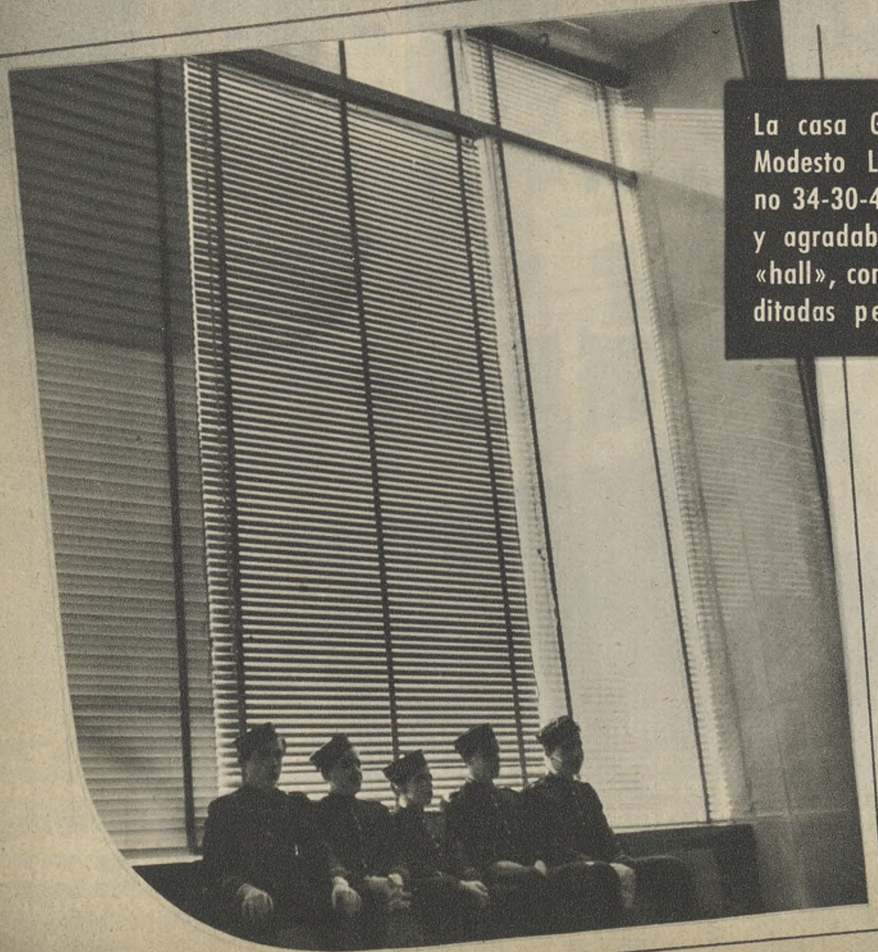
Interesante perspectiva del vestíbulo noble, decorado con los elegantes cortinajes de la firma H. Blanco Bañeres, S. A., Avenida de Calvo Sotelo, 18, teléfono 26-75-19, MADRID • Paseo de Gracia, 77, BARCELONA



J. Onrubia e Hijos, S. R. C., Ancora, 48, tel. 27-69-97, Madrid, aporta al elegante conjunto del Hotel PLAZA los señoriales frisos de ricas maderas montados sobre columnas y paredes, así como los muebles que decoran el vestíbulo, comedor y bar de la planta noble.



Habitación-salón totalmente realizada por Loscertales, S. A., de Madrid, Avenida de José Antonio, 32, tel. 22-82-06, en la que se advierte el gusto y confort que esta casa pone siempre en sus instalaciones.



La casa Gradulux, de Madrid, Modesto Lafuente, 32, teléfono 34-30-49, pone la nota clara y agradable en este rincón del «hall», con sus famosas y acreditadas persianas graduables.



De las filigranas fabricadas por la firma Pedro Tendero, Huertas, 16, principal, teléfono 39-13-65, Madrid, da una idea la lámpara que aquí aparece, la cual realza con su belleza el ambiente de esta habitación.

Para las habitaciones con terraza, la Fábrica de Toldos "La Reposición, S. L.", Santísima Trinidad, 6, teléfonos 23-06-59 y 24-77-77, Madrid, efectuó el montaje adecuado de los mismos, en vistosos listados blancos y verdes, que protegerán a los viajeros del fuerte sol estival.



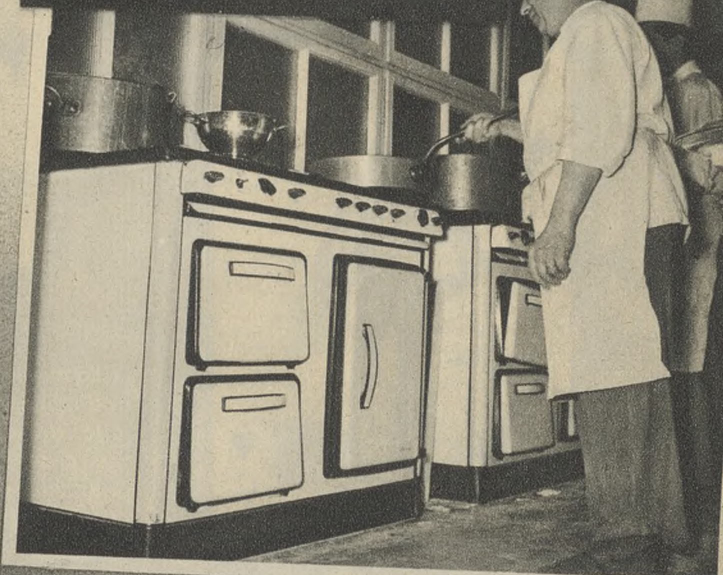
Papel pintado panorámico relatando la exploración de los ríos del Brasil, realizado por Pierre François, Ferraz, 77 y 79, teléfono 24-50-92, Madrid, autor de otros temas sobre Castilla y Andalucía que adornan diversas habitaciones del PLAZA.

cios, jardines, paseos, incluso rascacielos. Debido a su vieja historia, a estas innovaciones y a su privilegiada posición geográfica de encrucijada de todos los caminos, Madrid se ha ganado el título de capital internacional, sin renunciar por ello a su proverbial carácter de pueblo generoso, sencillo, hidalgo, alegre y acogedor, por el que se le ha distinguido y conoce en el mundo entero.

Destaca de entre las nuevas creaciones, con su personal estilo, el soberbio Edificio ESPAÑA, que, sin desorbitar excesivamente el conjunto de este nuevo gran Madrid, ha conseguido para la ciudad la nota exótica y cosmopolita que le faltaba. En este magnífico edificio se halla instalado el estupendo Hotel PLAZA (recientemente inaugurado), al que las empresas y artesanos que colaboraron con la dirección del mismo han dotado de todas las comodidades y confort, con objeto de que los visitantes que a diario llegan a Madrid encuentren en él todo aquello a que están acostumbrados a su paso por las más importantes capitales del mundo: espaciosos y acogedores vestíbulos, ambiente sugestivo, amplias y bien decoradas habitaciones, comedores particulares, bar y sala de fiestas; todo ello, con un lujo suave y agradable a la vista, ofrece al viajero la confianza y seguridad de sentirse bien, y le predispone a dar al olvido el ajetreo de la calle y las diarias preocupaciones.

No es extraño, pues, que este maravilloso Hotel PLAZA sea, sin hipérbole, uno de los más favorecidos por el hombre de negocios o el turista, toda vez que, por su céntrica situación (Plaza de España-Gran Vía), en cualquier momento tienen a su alcance los centros oficiales, los mejores teatros y cines, cafeterías, salas de fiestas y un bien surtido comercio de todas clases. Unido a todo esto, encuentran allí un trato afectuoso, impecable corrección, eficiencia en el servicio y unos precios moderados.

Como confirmación de lo expuesto, la dirección del Hotel PLAZA, con las prestigiosas empresas y artesanos que figuran en este reportaje, ofrece a los lectores de MVNDO HISPANICO, a través de sus páginas, algunos aspectos gráficos del mismo, que muestran el gusto exquisito, sencillo y elegante a la vez, que ha presidido en su inspiración artística a cuantos contribuyeron a esta realidad moderna y ya enraizada en nuestro querido Madrid que es el Edificio ESPAÑA y el Hotel PLAZA.



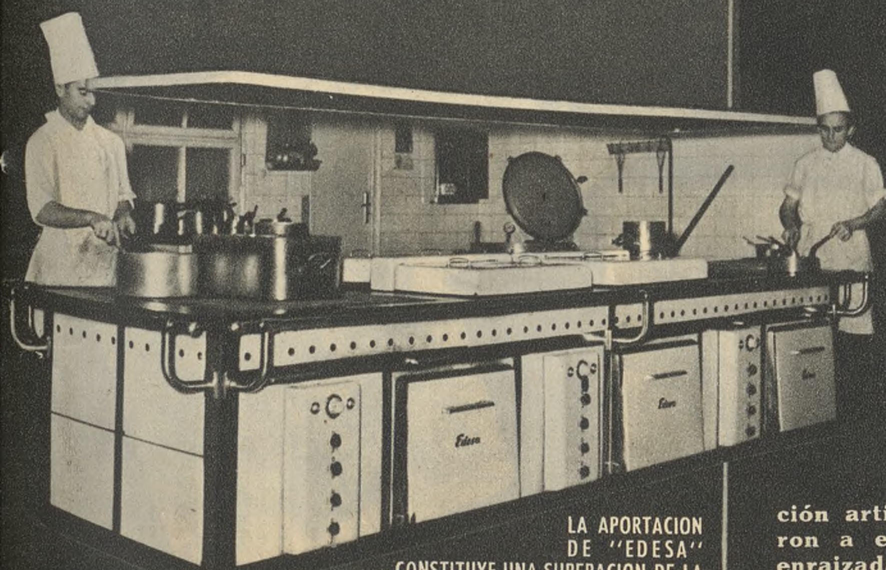
Cocinas de gas Benavent, O'Donnell, 46, tels. 35-92-31 y 35-27-90, Madrid. Rápidas, económicas e impecablemente limpias. Ideales para hoteles y particulares.



Línea y estilo inconfundibles tienen los muebles de Manuel López, Serrano, 17, tel. 25-02-17, Madrid, que imprimen y dan carácter con su presencia a este conjunto, realizado en fina madera.



Suc. de G. Pereantón, S. A., Cuesta de Santo Domingo, 1, tels. 22-36-99 y 21-58-27, Madrid, ha realizado otra de sus creaciones en Luna Pulida "Cristañola" en la puerta principal de acceso al Hotel PLAZA, según puede apreciarse en esta fotografía.



LA APORTACION DE "EDESA" CONSTITUYE UNA SUPERACION DE LA TECNICA ELECTRO-DOMESTICA NACIONAL. APRECIAMOS EN LA FOTO UN INTERESANTE ASPECTO DE LA COCINA "EDESA" DE ENORME CAPACIDAD INDUSTRIAL INSTALADA EN ESTE LUJOSO HOTEL.



HERACLIO FOURNIER S.A.

DOS ULTIMAS NOVEDADES

BARAJA HISTORICA DEL DESCUBRIMIENTO DE AMERICA

Es la primera que se edita en el Mundo y en ella están representadas las cuatro dinastías que intervinieron en este gran acontecimiento mundial: Portugal, Inglaterra, Francia y España con sus figuras más representativas, todas ellas de un relieve extraordinario en la Historia de América.
Comentarios del ilustre escritor Luis Ortiz Muñoz. Dibujos del gran artista Serny.







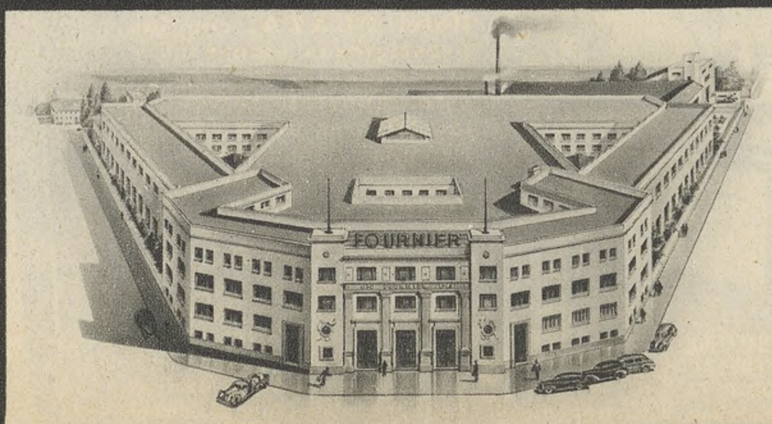






BARAJA «ROMANCE ESPAÑOL»

La experta y primorosa mano del conocido artista Carlos Sáenz de Tejada, que sabe aunar la delicadeza con el vigor, ha glosado en esta baraja, las diversas pulsaciones de la época del Romancero en una visión romántica de lo medieval; así poetizando con dulce fantasía, ha sabido extraer el jugo inefable que da matiz y contorno a las epopeyas de Reyes, Damas, Hidalgos y Caballeros de aquellos tiempos.



FILATELIA

Por JOSE M.ª FRANCES

LA COLECCION POR TEMAS

I

Cada vez es mayor el número de los filatelistas que dedican su preferencia a coleccionar sellos, no por países, sino por los asuntos que ellos vienen a glosar, previa elección de uno o varios temas que les sean afines.



Especialmente entre los filatelistas noveles el número de coleccionistas de este tipo es considerable.

Hay muchos viejos filatelistas—o, si se prefiere, filatelistas avanzados—que combaten la tendencia a coleccionar en orden al asunto. Sin embargo, si se tiene en cuenta—y ello es obligado—que la filatelia es una afición dictada por un concepto más o menos caprichoso, no parece lógico que unos filatelistas combatan a otros cuando, en definitiva, tampoco ellos se atienen a una norma que, por otra parte, no está preestablecida.

Además, hay una lógica evolución en todos los órdenes que alcanza también a los conceptos del coleccionista, por conservador que éste sea.

Inicialmente sólo se conocía la colección llamada universal, es decir, la que abarcaba los sellos de todo el mundo, y que era a la que aspiraba todo filatelista.

Al correr de los años, y conforme fué aumentando el número de sellos, la colección universal se hizo prácticamente inasequible para todo principiante.

Y así surgió la colección limitada a un país o a un grupo de países, que también, como ahora fué considerada por muchos como un absurdo. Y no faltó quien escribiera que la colección



de sellos limitada a un solo país o a un grupo de países no era filatelia.

Esta limitación, ¿ha perjudicado al coleccionista? judicado al coleccionismo? neficiado, ya que muchos que hoy se especializan en un país, no hubieran coleccionado jamás los sellos de todo el mundo.



Igual sucede con las colecciones ordenadas por temas. Los que las forman, lo hacen por dos motivos: uno, su afición a los sellos, que les lleva a iniciar una colección sin excesivas dificultades y sin gastos considerables. Otra, que puede subdividirse en dos motivos de preferencia: la afición a algún aspecto de la vida—la música, los deportes, las flores, etc.—o bien determinada por la profesión del que colecciona los sellos. Pero terminemos aquí, por este número, para continuar el tema en el próximo.

RELACIONES FILATELICAS

Continuamos la publicación de direcciones de sociedades filatélicas de España y de la Argentina. También incluímos la de una sociedad filatélica de Guatemala.

ESPAÑA

Sociedad Filatélica Montañesa. Plaza Mayor, 2, Torrelavega (Santander).
Grupo Filatélico. Mariano Fortuny, 20, Reus (Tarragona).
Círculo Filatélico. Apartado 151, Burgos.

ARGENTINA

Sociedad Filatélica Argentina, fundada en noviembre de 1887. Edita la «Revista de la Sociedad Filatélica Argentina». Avenida Mayo, 749, Buenos Aires. Casilla Correos 1103.
Asociación Filatélica de la República Argentina. San Martín, 365, Buenos Aires. Publica una espléndida revista, «A. F. R. A.».
Centro Filatélico Córdoba. General Paz, 432, Córdoba (República Argentina). En diversas ocasiones ha sido presidente de esta Sociedad un gran filatelista español allí residente, don Alvaro Ruiz de Olano.
Sociedad Filatélica de Rosario. Calle Corrientes, 917, Rosario de Santa Fe.
Centro Filatélico de Junin. Belgrano, 84, Junin (República Argentina).

GUATEMALA

Sociedad Filatélica de Guatemala. Apartado Postal núm. 39, Guatemala (Guatemala, C. A.). Publica una revista, «Guatemala Filatélica».



EL SELLO EN HONOR DE RIBERA

La Administración postal española ha emitido un sello en honor del famoso pintor José Ribera, llamado en Italia, donde pasó algunos años, el «Españoleto», y cuyo centenario se conmemoró recientemente.

Este sello, puesto en circulación el 10 de enero de 1954, reproduce un fragmento de uno de sus cuadros en el que aparece la Magdalena, y que figura en el Museo del Prado, de Madrid.

I GRAN SALON DE FOTOGRAFIA «MVNDO HISPANICO»

COMBINADO CON NUESTRO

CONCURSO DE REPORTAJES GRAFICOS

y

CONCURSO DE FOTOGRAFIAS SUELTAS

MVNDO HISPANICO amplía sus Concursos de Reportajes y Fotografías, mejorando los premios establecidos y combinando los certámenes con una gran exposición de los trabajos elegidos. Este PRIMER GRAN SALON DE FOTOGRAFIA DE MVNDO HISPANICO será inaugurado en el mes de mayo de 1954 en el Instituto de Cultura Hispánica, de Madrid. Será la primera vez que se conjunte una exhibición de este tipo, donde las mejores muestras del arte fotográfico concurrirán para optar a los premios establecidos y a otros muchos más que se darán a conocer en las fechas de la exposición.

Las bases para ambos concursos, combinados con el PRIMER GRAN SALON DE FOTOGRAFIA, quedan redactadas de la siguiente manera:

CONCURSO DE REPORTAJES GRAFICOS

BASES

1.ª Podrán concurrir a este certamen todos los fotógrafos profesionales o aficionados españoles, hispanoamericanos o filipinos.
2.ª Los reportajes constarán de un número de fotografías que no sea menor de cinco
3.ª Estarán referidos a cualquier clase de temas, valorándose principalmente su calidad fotográfica, su acento humano y su actualidad, dentro siempre del sentido periodístico.
4.ª Las fotografías no deben tener una medida inferior a 18 X 24 centímetros.
5.ª Las fotografías habrán de ser rigurosamente inéditas y traerán al dorso una pequeña leyenda explicativa del tema a que se refieran, lugar en que han sido tomadas, etc., así como el nombre y la dirección del autor.
6.ª El plazo de admisión de los reportajes se cerrará el día 31 de marzo de 1954, y los envíos se harán a MVNDO HISPANICO, Apartado postal número 245, Madrid, especificando en el sobre: «Para el Concurso de Reportajes Gráficos».
7.ª MVNDO HISPANICO publicará aquellos reportajes que estime como mejores entre los recibidos y abonará a cada autor la cantidad de 1.000 pesetas por cada uno de los publicados.
8.ª Entre los reportajes publicados y los que se expongan en su día en el SALON DE FOTOGRAFIA, con asesoramiento de los lectores y visitantes, y a juicio de un competente Jurado, que será nombrado al efecto, se concederá un

PRIMER PREMIO, DE 10.000 PESETAS,
y un
SEGUNDO PREMIO, DE 5.000 PESETAS

9.ª Con cada envío se remitirá una carta o nota, en la que conste el nombre del autor y su habitual residencia; y en caso de ser publicado o expuesto el reportaje, se hará constar este nombre o el seudónimo que el autor designe previamente.
10. El fallo del Jurado será inapelable.
11. Los premios no podrán ser declarados desiertos.

CONCURSO DE FOTOGRAFIAS SUELTAS

BASES

1.ª La misma que para el Concurso de Reportajes.
2.ª Los concursantes podrán enviar una o varias fotografías, pero con independencia cada una para optar al premio, publicación y exhibición
3.ª, 4.ª, 5.ª Las mismas que para el Concurso de Reportajes.
6.ª La misma que para el Concurso de Reportajes, aunque la leyenda del sobre que contenga la fotografía o fotografías deberá decir: «Para el Concurso de Fotografías Sueltas.»
7.ª MVNDO HISPANICO publicará aquellas fotografías que estime como mejores, y abonará al autor la cantidad de 200 pesetas por cada una de las publicadas.
8.ª Entre las fotografías publicadas y las expuestas en el SALON DE FOTOGRAFIA, con asesoramiento de los lectores y visitantes y a juicio de un competente Jurado, que será nombrado en su día, se concederá un

PRIMER PREMIO, DE 2.500 PESETAS,
y un
SEGUNDO PREMIO, DE 1.000 PESETAS

9.ª, 10 y 11. Las mismas que para el Concurso de Reportajes.

NOTA ADICIONAL PARA AMBOS CONCURSOS.—El hecho de presentarse a cualquiera de estos dos concursos supone que el autor presta su conformidad a que sean exhibidos sus trabajos en el PRIMER GRAN SALON DE FOTOGRAFIA DE MVNDO HISPANICO, que se inaugurará en el mes de mayo de 1954 en el Instituto de Cultura Hispánica, de Madrid.

IMPORTANTE.—Aparte de los premios señalados, que otorga MVNDO HISPANICO, se otorgarán otros muchos algunos de ellos valiosos, que concederán diversos organismos y entidades españoles e hispanoamericanos.

Heráldica Hispanoamericana

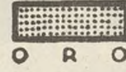

GULES

AZUR

SABLE

SINOPLE

PURPURA

PLATA

ORO



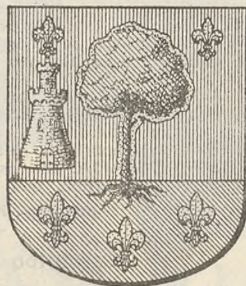
Inquisición.—Fray Francisco Agüero, calificador del Santo Oficio de Lima. De la Orden de Nuestra Señora de la Merced. Natural de Guaura, era hijo del capitán don Diego Pérez de Urdiales, natural de Puerto de Santa María—fallecido en Guaura—, y de doña Isabel de Agüero, natural de Villafranca del Puente del Arzobispo—muerta en Lima—. Los paternos abuelos, don Hernando de Urdiales y doña Juana García, de Puerto de Santa María y de Jerez de la Frontera, respectivamente, y los maternos, Diego de Agüero Maldonado y doña María de Valverde, ambos de Puerto de Santa María. Estos últimos pasaron al Perú como corregidores de Saña.

Estas probanzas se rindieron el año de 1681. Están en el A. H. N., bajo la signatura: «Inquisición. Legajo 1279, n.º 18.»

Inquisición.—En 1699 se efectuaron pruebas para comisario del Santo Oficio de México del presbítero Alonso de Aguilar Ventosilla de Castro, natural de León (Michoacán). Era hijo del capitán Alonso de Aguilar Ventosilla, natural de La Higuera (Jaén), y de doña María de Castro y Busto, nacida en León, como el hijo. Los paternos abuelos, Melchor de Aguilar Ventosilla, natural de Andújar, y doña Elvira Lotario, de La Higuera; y los maternos, el capitán Juan López de Castro (hijo de Alonso y de Juana Gómez), natural de Valladolid, y doña Ana de Busto, de Guanajuato. (A. H. N., Inquisición, legajo 1198, núm. 25.)

Años antes rindió pruebas análogas, también para la Inquisición, el bachiller don José de Aguilar Velicia de Godoy, comisario de aquel Tribunal en el Perú, de treinta y ocho años. Fué visitador del Obispado de Guamanga y otros cargos. Nacido en San Marcos de Arica, era vástago de Antonio de Aguilar Velicia, natural de Segovia, alguacil mayor de San Marcos de Arica, y de doña Isabel Rosa del Campo Godoy, natural de Santiago de Chile, hija ésta de Francisco del Campo, natural de Medina del Campo, muerto en Chile de maestre de campo de los RR. EE. (Archivo Histórico Nacional, Inquisición, legajo 1280, núm. 57.)

Gonzalo de Juanes.—Santiago de Cuba.—Quisiera noticias sobre unos Suárez de Canseco, originarios de León, radicados en Andalucía, y cuál es su escudo.



Según Salazar y Castro, eran del solar de Canseco y de La Cadena, en cuya iglesia tenía derecho de presentación Pedro Suárez de Canseco. Casado con doña María de Quiñones. El nieto de ambos, Juan Canseco, vivió en Zalamea en época de los Reyes Católicos y obtuvo ejecutoria de hidalguía en la Real Chancillería de Granada en 1483, y su hijo, Diego Maldonado, lo propio el 2-IX-1532. Su heráldica—y alguna otra noticia sobre tal linaje—la ofrece el insigne genealogista citado, tal como se diseña en la ilustración que acompaña a esta nota, en uno de sus manuscritos. (Real Academia de la Historia, col. Salazar y Castro, «D-32», fol. 130.)

Luis María de Torres.—Buenos Aires.—En 1681 fué caballero de Calatrava don Fernando de Tamariz y Zayas. Desearía noticias documentales de sus pruebas y de su blasón.

Sus probanzas están en la correspondiente sección del A. H. N., bajo el núm. 2255, sin alusión alguna a la heráldica. Del apellido Tamariz—o Tamarit—trae una descripción de armas el «Diccionario heráldico de apellidos y de títulos nobiliarios», de Julio de Atienza (Madrid, 1948), pág. 1231: De oro, león rampante, al natural, coronado de oro, y bordura de ocho piezas de sable; y segundo, de plata, león rampante de azur, coronado de oro. Pero importa aclarar si tales armas, aun siendo del apellido, corresponden o no al linaje de su curiosidad, que pueda traer otras, estas mismas o ninguna. El calatravo de esta noticia era de Santaella, Ecija (Córdoba), e hijo de don Fernando Tamariz y doña Juana de Zayas, ambos de Ecija. Los abuelos paternos, Fernando Tamariz y Catalina de Gálvez, los dos de Santaella; y los maternos, don Tomás de Zayas y doña María de Guzmán, uno y otro de Ecija. El padre, bautizado en la parroquia de Santa María, el 10-III-1635; el abuelo materno, en la parroquia de San Juan, el 16-XII,1609, y el bisabuelo paterno, también en Santa María, de Ecija, el 4-IX-1568 (vástago de Francisco de Carmona y Catalina Alvarez). No se aporta la partida bautismal del interesado.

José María del Nido.—Matanzas.

La información que solicita no corresponde a esta sección, pues ya está repetidísimamente dicho que gestiones de tipo particular (como investigar la vicisitud de un linaje a través del tiempo y del espacio) no caben aquí, página que da orientaciones concretas sobre un determinado extremo genealógico, heráldico, bibliográfico... Debe empezar, pues, sus búsquedas personales dirigiéndose al párroco del Sagrario, catedral de Cádiz, con expresión de nombres y apellidos de ese lejano abuelo, y mencionando a sus progenitores, si puede hacerlo, con fecha aproximada del natalicio, y ya con estos datos iniciales seguir la investigación, componiendo su árbol siempre a base del oportuno documento, de los partidas sacramentales, de defunción, etc., y de otros papeles análogamente probatorios y orientadores.

M. D. T.—Barcelona.—Quisiera saber qué Orden nobiliaria española es más exigente a efectos de prueba y demás circunstancias.

Esta pregunta, por una elemental discreción, no cabe contestarla. En términos generales, puede decírsele al consultante que, ateniéndose a la actualidad, las Ordenes militares (de Santiago, Calatrava, Alcántara y Montesa) no tienen ingresos desde la implantación de la segunda y funesta República española. La Soberana Orden militar de Malta exige nobleza de cuatro apellidos del pretendiente y de dos de la consorte, y siete generaciones en cada apellido. Prueba análoga piden las cinco Reales Maestranzas de Caballería y el Real Cuerpo de Caballeros Hijosdalgo de la Nobleza de Madrid. Cada una de estas corporaciones tiene su reglamentación y su genuina interpretación también. Imponiéndosele al consultante analizar los estatutos de unas y otras.

XX.—Jaén (Nicaragua).—Desearía noticias de la familia Casco de Mendoza, establecida en Paraguay.

Puede leer el extenso artículo publicado sobre tal familia por don Raúl A. Molina en el número VIII de la revista del Instituto Argentino de Ciencias Genealógicas (1948-1949), en donde (páginas 163 y siguientes) se diseña el blasón de la misma: Primero (Casco), de plata, árbol de sinople sobre ondas de mar, y un lobo de sable empinante al tronco; segundo (Mendoza), cuartelado en sotuer; en punta y jefe, de sinople la banda de gules, fileteada de oro, y en los flancos de oro el lema «Ave María Gratia Plena». Y se aducen ilustraciones sobre la descendencia de Víctor Casco de Mendoza, nacido hacia 1560 en La Asunción, vecino y fundador de Buenos Aires, con Garay. Se remite, pues, al consultante a dicho estudio, sin duda asequible.

estafeta

PABLO KECHICHIAN. Rivadavia, 6118, Buenos Aires (Argentina).—Desea correspondencia con personas de todo el mundo para intercambio de revistas, diarios, etc.

ANTONIO SOTO. Esquero, 11, Don Benito, Badajoz (España). — Desea correspondencia amistosa con personas de países hispanoamericanos para cambiar sellos, revistas, etcétera.

MIGUEL MASEOGSA. Conde de Peñalver, 64, 5.° B, Madrid (España).—Desea correspondencia e intercambio de revistas, postales, etc., con chicas extranjeras que sepan inglés, aficionadas al cine, la música y los deportes.

DILMAN AUGUSTO MOTTA. Rocha Galvao, 10, Salvador, Estado de Bahía (Brasil). — De veintitrés años. Desea correspondencia, para intercambio de postales y revistas, con lectoras de MVNDO HISPÁNICO de cualquier país, en lengua española o francesa.

JOSE PARRA MARTINEZ. Sanatorio de Canteras, Cartagena (Murcia). Desea correspondencia con señorita española o hispanoamericana.

P. DEAN Mc. GARVEY. Vhitmyre Hall, Indiana, Pensilvania (EE. UU.).—Desea correspondencia para intercambio cultural con españoles de veinte a veinticinco años.

VIOLETA TERRY G. Apartado 1230, Lima (Perú).—Desea correspondencia con alguna señorita española para conocer, a través de ella, España y sus características.

M. TERESA VALCARCEL. Fuenterrisas, 8, Ubeda, Jaén (España).—Desea correspondencia con jóvenes extranjeros de uno u otro sexo para intercambio de sellos, postales, revistas, etc.

NELLY BOTERO O. Apartado aéreo 820, Medellín (Colombia).—Desea correspondencia con joven español para intercambio de ideas y comentarios respecto a España.

JUAN JOSE PLATA DEL PINO. Divina Pastora, 4, Sevilla (España).—Estudiante de Magisterio. Desea correspondencia con chicas sudamericanas menores de veintiún años.

ANTONIO ROSA LOPEZ. Calle A. F. Guillamont, 14, Espinardo, Murcia (España).—Desea correspondencia con muchachas menores de veinte años, para intercambio de ideas, postales, revistas, etc.

LUCIA VAZQUEZ JIMENEZ. Apartado aéreo 820, Medellín (Colombia).—Desea correspondencia con jóvenes españoles para intercambio de ideas sobre su país y España.

CARLOS AUGUSTO BROTERO LEFREVE. Rua Almirante Tamandaré, 20, Apartado 501, Río de Janeiro, D. F. (Brasil).—Desea correspondencia con españoles e hispanoamericanos para intercambio de sellos.

JOSE MARIA ROMAGUERA. Plaza de España, número 4, 1.°, Gerona (España).—Desea correspondencia con jóvenes de uno u otro sexo de cualquier país de habla española o francesa para intercambio de revistas, etc.

LOLINA GONZALEZ GARCIA, AFRICA GONZALEZ DE LA FE, AMERICA GONZALEZ DE LA FE, ENCARNA CASTAÑEIRA DE LA FE Y DORITA CASTAÑEIRA DE LA FE, que residen en Puerto Cabra, Fuerteventura, Canarias (España), desean correspondencia con chicos españoles o americanos mayores de veinticinco años.

JOSE CAÑAMERAS. Galileo, 278, Tarrasa, Barcelona (España).—De diecinueve años. Desea correspondencia en francés con señoritas francesas o belgas.

AGUSTIN J. NAVARRO PIÑERO. Santa Rosa a Brisas de Catia. Panadería La Isorana, Caracas (Venezuela). — Desea correspondencia con ingleses y norteamericanos en su respectivo idioma.

FRANCISCO DEL RIO. Jirón Lima, 66, Iquitos (Perú).—Desea correspondencia en inglés con chicas católicas de cualquier nacionalidad, para perfeccionar el idioma, enviar sellos, etc.

PLANA Y ENMIENDA

Los lectores que conozcan Barcelona lo habrán advertido con facilidad. Para los que no la conozcan, redactamos estas líneas, en las que pedimos perdón a unos y a otros. No es, naturalmente, de la plaza de Cataluña la fotografía a todo color de nuestra página 29, sino de la plaza de la Puerta de la Paz.

MVNDO HISPÁNICO

LA REVISTA DE VEINTITRES PAISES

Director: ALFREDO SANCHEZ BELLA

Subdirector: MANUEL SUAREZ-CASO

Secretario: JOSE GARCIA NIETO

NUMERO 72 :-: MARZO, 1954 :-: AÑO VII :-: 15 PESETAS

SUMARIO

Págs.

Portada: MUCHACHA DE COSTA RICA.

FILATELIA, por José M.ª Francés ... 7

HERALDICA HISPANOAMERICANA y ESTAFETA ... 8

AMOR A LA AMERICA HISPANA, por Waldo Frank ... 9

¿DONDE DEFENDER EUROPA?, por «Hispanus». (Gráficos de Rubio Cordón.) ... 11

LA CIENCIA ESPAÑOLA Y SU CONTRIBUCION AL MUNDO ACTUAL, por Gregorio Marañón. (Fotos Basabe.) ... 14

JOAQUIN RODRIGO y DULCE MARIA LOYNAZ ... 18

CON UN CRUCIFIJO Y UN VIOLIN A TRAVES DE LA SELVA, por José Alvarez Esteban. (Ilustración de Zaragüeta.) ... 19

LA CUECA, EXPRESION DEL ALMA CHILENA, por Elías Ugarte Figueroa ... 20

ARMERIAS HISPANOAMERICANAS, por Dalmiro de la Válgoma. (Dibujos de Ricardo Abad.) ... 22

VALENCIA. (Ilustración de Zaragüeta.) ... 24

VALENCIA HACIA EL AÑO 2000, por José Ombuena. (Gráficos de Rubio Cordón.) ... 25

VALENCIA DESDE EL AIRE. (Fotos Trabajos Aéreos y Fotogramétricos, Finezas y Vidal.) ... 29

TIRO DE PATOS EN VALENCIA. (Fotos Miguel A. López Egea.) ... 34

«LA ANUNCIACION». (Cuadro de Fray Angélico. Fotocolor Fournier.) 37

EL RANCHO, poema de Fernán Silva Valdés. (Ilustración de M. S. B.) 38

COMO VIVEN LOS INDIOS «COLORADOS», por Humberto Toscado. (Fotos Bodo Wuth.) ... 39

COSTA RICA. (Fotos E.) ... 42

CANTANDO EN ESPAÑOL, por Eugenia Serrano. (Fotos Bernardo.) ... 44

AEROPISTAS ELECTRONICAS, por Rubio Cordón ... 46

MATE Y RODEO EN EL PARAGUAY, por Jose Antonio Bilbao. (Ilustraciones de Ordiñana.) ... 47

COMO APRENDIERON LOS INDIOS A REZAR, por Francisco Esteve Barba ... 50

ALGUNOS ASPECTOS DE LA POBLACION ESPAÑOLA, por F. Sobrados Martín ... 52

HUMOR, por Chumy ... 54

VIENTO DE MARZO, por José M.ª Sánchez Silva. (Foto Basabe.) ... 55

LA MODA EN MADRID. (Fotos Basabe y Rudolf Betz.) ... 56

Colaboración artística de J. Fco. Aguirre y Daniel del Solar.

DIRECCION Y REDACCION: AVENIDA DE LOS REYES CATOLICOS (CIUDAD UNIVERSITARIA) - TELEFONO 24-87-91 - MADRID

ADMINISTRACION: ALCALA GALIANO, 4 - DIRECCION POSTAL PARA TODOS LOS SERVICIOS: APARTADO DE CORREOS NUM. 245

EMPRESA DISTRIBUIDORA: EDICIONES IBEROAMERICANAS (E. I. S. A.) PIZARRO, 17, MADRID

TIPOGRAFIA Y ENCUADERNACION: MAGISTERIO ESPAÑOL, S. A. (MADRID) HUECOGRABADO Y OFFSET: HERACLIO FOURNIER, S. A. (VITORIA)

Ejemplar: 15 pesetas.—Suscripción semestral: 85 pesetas.—Suscripción anual: 160 pesetas (5 dólares). — Suscripción por dos años: 270 pesetas (8.50 dólares)

NUESTRA PORTADA



Al lado de la típica carreta, la sonrisa de esta campesina nos conduce a la alegría de Costa Rica. Alfarería típica del país, frutas y ropas, en cromática armonía, como una invitación a este «corazón de las Américas», tierra de proverbial hospitalidad, generosa de dones y millonaria de gracias naturales.

AMOR A LA AMERICA HISPANA

En el décimo aniversario de «El Nacional», de Caracas, diversos escritores de fama mundial fueron consultados para componer con sus textos el número en que se conmemorara la efemérides del periódico. Waldo Frank, el ilustre pensador norteamericano, fué requerido, entre otros, y esta «carta», que la revista española «Indice» reproduce, fué su respuesta, no sólo magnífica por lo que se refiere a la calidad literaria, de verdadera excepción, sino por el claro y generoso sentido con que un escritor genial y «desde fuera» ha visto la realidad hispana, como tantas otras veces, en libros inolvidables.

Es bueno para los amigos el estar juntos; y cuando la distancia lo hace imposible, es bueno sentarse a escribir una carta a los amigos.

Me encuentro en humor de recordar, esta mañana. Ha hecho calor aquí en Nueva Inglaterra; más calor que en Caracas—al menos, me lo parece, porque el calor aquí es como menos «civilizado»..., más fiero..., especie de invasor extranjero (aunque viene cada verano)—, mientras que en vuestras tierras tropicales, por estar casi siempre presente, el calor se ha humanizado. Y me siento en medio de recuerdos de mi vieja amistad con la América hispana. Si es verdad que mi obra ha encontrado mucha simpatía, aun amor, en vosotros, la razón la veo clara: es porque habéis respondido a mi amor hacia vosotros. Es muy difícil no responder al amor con amor.

Pero ¿por qué os amo? Creo que es porque amo la vida, y en la América hispana siempre he sentido una humanidad, una relación natural, pura, de sus hombres y mujeres con la vida misma. Nunca os he idealizado, latinoamericanos; estáis llenos de defectos y debilidades y vicios (como todas las criaturas de Dios). Pero habéis preservado profundamente ciertas leyes básicas de Dios. Hablo de «leyes» más hondas que las escritas en los códigos. A diferencia de mucha gente del mundo de hoy, vosotros no habéis perdido contacto con vuestras raíces de humanidad; con la misteriosa verdad de que todos los hombres son hermanos porque todos los hombres son hijos de Dios. Podréis reñir unos con otros; podréis ser crueles e injustos cuando os poseen la codicia o la lujuria. Pero nunca habéis perdido esta básica verdad de vuestro ser, y le dais vigencia en vuestra existencia cotidiana: en vuestro arte popular, en vuestras íntimas relaciones recíprocas y con el suelo.

Creo que esto es lo que sentí la primera vez que vi hombres y mujeres de la América hispana. Nunca olvidaré aquel día. Hace mucho tiempo—fué en 1918—. Entonces no sabía una palabra de español; nunca había leído un libro español (excepto Don Quijote, traducido); conocía Europa, hablaba francés y alemán, y estaba bien versado en el arte clásico, no sólo de Grecia y Roma, sino también de la India. Pero el mundo español no significaba nada para mí. Era poco estudiado en nuestros colegios y escuelas. Se suponía que España había hecho un gran servicio al suministrar las carabelas de Colón, y eso era todo. Los anglosajones, se suponía, se habían encargado de lo que era «importante» en las vastas tierras americanas, y no había que preocuparse por «el resto», por lo que había estado aconteciendo en los países situados al sur de la «frontera».

Bien; en aquel verano de 1918 viajaba yo por el sudoeste de mi propio país. Me encontraba en una ciudad llamada Puebla, en el Estado de Colorado. Fuera de la ciudad había una gran fundición de acero y, teniendo una hora libre, decidí tomar un autobús e ir a echarle una ojeada. El autobús estaba lleno de hombres que iban a trabajar en la fundición, y eran mexicanos: trabajadores pobres, que hablaban un lenguaje que yo no entendía. Sin más que hacer, los contemplaba mientras hacíamos camino. Y sentí algo acerca de ellos.

Es ésta una frase vaga—a propósito—. No tenía idea de qué era lo que sentía. Pero me alentaba y me arrastraba. Una humanidad honda y silenciosa y una fuerza inarticulada, una terneza, un sufrimiento..., parecían fluir de esa gente y penetrarme, haciéndome sentir cercano a ellos. Me encontré sonriéndoles; y al mirarme y ver mi sonrisa, ellos sonrieron también, y me encontré con que nos estábamos sonriendo juntos. Fué precisamente este «sentirse juntos» lo que me conmovió. Ello no tenía nada que ver con una cultura, una teoría, un dogma o una religión (en realidad, yo no participaba de su religión). Un campo cálido, magnético, existió de repente entre nosotros. ¡La vieja perogrullada de que «todos los hombres son hermanos» de repente tenía significado! No se cruzó una palabra entre nosotros; estábamos sentados en silencio. Pero hubo una especie de aceptación de mí por ellos y de ellos por mí. Me percaté, al sonreír a estos mexicanos desconocidos, de que había lágrimas en mis ojos y de que había amor en mi corazón.

Es cosa admirable ser capaz de amar. El hombre sabio no hace oración para que sea amado; ruega que pueda amar. Aquel viaje duró quizá media hora. Luego, el autobús se detuvo cerca de una masa de descollantes edificios con chimeneas (Sigue en la página siguiente.)

que lanzaban un espeso humo negro al cielo azul. Los mexicanos bajaron y entraron en aquel infierno industrial de paredes de ladrillo para ejecutar su trabajo de mano de obra. Nada les había ocurrido en aquel viaje hecho por azar con un yanqui que sonreía extrañamente. Pero habían modelado mi vida.

Porque, mientras hacía el viaje de regreso a la ciudad en el autobús vacío, empecé a pensar. Aun no sabía nada del significado de esa hora accidental. Sólo sabía que estos mexicanos—pobres hombres comunes, ni mejores ni menos estúpidos que la mayoría de los hombres de la mayoría de las razas—, a través de su personalidad, poseían una calidad humana que necesitaba comprender. Todas las criaturas son portadoras del mensaje del misterio de la vida; pero algunas lo transmiten más directamente, más punzantemente, más puramente que otras. Así, una flor, para mí, tiene tal mensaje inmediato—o un infante—. Su belleza es para mí una revelación muy intensa. Cuando miro una flor, sé que hay Dios y que lo que yo llamo «belleza» es sencillamente mi sentido de la relación con Dios. Bueno; algo de esto me había ocurrido en mi encuentro con los mexicanos. No era que ellos fuesen diferentes, esencialmente, de los hombres que podría ver en un «Metro» de Nueva York o en las calles de París y Berlín. La distinción estaba solamente en la intensidad y en la pureza de su mensaje.



De modo que empecé a tratar de representármelo. Las lágrimas que habían acudido a mis ojos, el amor que había sentido, demostraban mi gratitud. Y ¿qué podía significar esa gratitud, sino que aquellos mexicanos me habían dado algo que necesitaba? Eso era todo cuanto sabía, de momento—excepto, tal vez, que también sentía yo oscuramente que lo que aquellos mexicanos tenían, y que yo necesitaba, lo necesitaban también mis compatriotas y todo el mundo «moderno».

Empecé a reflexionar sobre ellos y a estudiarlos: a estos hispanoamericanos, raza de pueblos de dos sangres, la hispánica y la india. No sabía nada más, pero resolví aprender. Y éste fué el comienzo de mi interés por la América hispana.

Me llevó a España, a Africa del Norte, luego a México y Sudamérica. Pero entonces supe algo de la historia de los mundos... indio, africano, asiático, europeo..., que habían creado la América hispana, y de su vida actual. Lo que aprendí y lo que experimenté en mis visitas corroboró poderosamente mis primeras intuiciones en aquel autobús de Colorado.

Hay algo en el hombre, algo esencial acerca de su relación con todos sus hermanos y con el cosmos, que todos necesitamos para nuestra salud. Las naciones que desde la Revolución Industrial han vivido pegadas a la máquina y a la filosofía de la máquina, están en peligro de perder este «algo». Encontré que vuestro mundo hispánico todavía lo tiene. Y encontré que sería buena cosa hacerlo ver claro a mi propio pueblo: revelarle lo que le falta y lo que necesita. Porque de otro modo, toda nuestra cacareada civilización de racionalismo y tecnología, lo daba por seguro, sólo podría conducir al desastre.

Como la mayoría de los americanos—en verdad, como el pueblo más decente del mundo—, yo creía en lo que llamaba «democracia»—con lo que quería decir, no una forma particular de gobierno, sino la aceptación de la verdad de que todos los hombres son hermanos y por lo tanto acreedores a la justicia, a la libertad de oportunidad y derechos iguales—. Pero siendo joven aprendí muy pronto que las raíces de la democracia deben ir más a fondo que las instituciones políticas. Estas instituciones son importantes, naturalmente; pero a menos que estén nutridas por sanas raíces, aun las mejores irán por mal camino y se volverán estériles. Advertí que hay cierta ingenuidad en la mayoría de los críticos de las instituciones políticas cuando se imaginan, si encuentran que la democracia no marcha bien en su país, que la pueden mejorar básicamente con sólo reformar las instituciones. Una sociedad es como un árbol: crece de sus raíces, y sólo si las raíces están firmes en buen suelo crecerá el árbol firme y alto.

Aprendí que las raíces de la democracia eran sanas en el mundo hispánico, y esto era lo que había sentido vagamente en aquel viaje en autobús. Toda Europa, creo, tenía raíces así en la edad medieval cristiana; y ciertamente de estas raíces (he tratado de explicar el cómo en muchos libros) creció todo el progreso moderno: la conquista de América, el Estado democrático, las leyes del trabajo, la ciencia, la conquista de la naturaleza por la técnica, etc. Después algo se torció en nuestros países llamados progresistas. Estuvieron gastando todas sus energías en las superestructuras—las ramas, los frutos del árbol—mientras las raíces empezaron a sufrir de negligencia y desnutrición. Vi en todas partes las enfermedades de esta desnutrición, pero particularmente en mi ciudad natal, Nueva York, con su vida monstruosamente mecanizada, que ha suprimido de la experiencia humana el sol y el suelo y el yo. Resolví hacerme lo que podría llamarse «un médico de raíces». Y encontré que en mis estudios podía aprender más y más de la América hispana.

Los conquistadores españoles cometieron muchos crímenes de codicia y explotación. ¡Pero habían realizado un milagro creador, a pesar de todo: porque habían permitido que muchos pueblos de su América—indios, africanos, asiáticos, europeos—continuaron viviendo cultural y espiritualmente!

A causa de la caótica riqueza—todavía sin desarrollo—de vuestros elementos étnicos y las heredadas dificultades de comunicación en vuestros inmensos países, había muchas razones para que transcurriera largo tiempo antes de que los países latinoamericanos resolvieran sus problemas específicos de democracia económica y política. Pero en vuestro sentimiento por la democracia racial, habéis demostrado que vuestras raíces eran sanas. Nosotros, los del Norte, teníamos mucho que daros; pero en esta profunda raíz de la materia, vosotros teníais mucho que darnos a nosotros. Esta revelación básica de más de treinta años jamás me ha abandonado.

Le ocurre a veces a un joven afortunado que se encuentre con una mujer y sea atraído por ella. Piensa que quizá tendrá «una aventura» y que luego continuará su camino. Pero la relación casual se ahonda y se convierte en una relación para toda la vida. En mi encuentro con la América hispana y en mi trabajo vitalicio de «médico de raíces» he tenido esa suerte. Lo que al principio creí sería una «aventura amorosa» casual y pasajera, se ha convertido en matrimonio. Mucho de lo que he visto en la América hispana me ha herido profundamente; desapruebo mucho de ello; mucho lo odio, también. Pero la riqueza espiritual de vuestro mundo, levantándose de las fuertes raíces de vuestra democracia racial, ha sido para mí un alimento inagotable. Aquella temprana intuición en el autobús de Colorado ha sido mi constante iluminación.

Waldo Frank

Truro, Massachusetts.



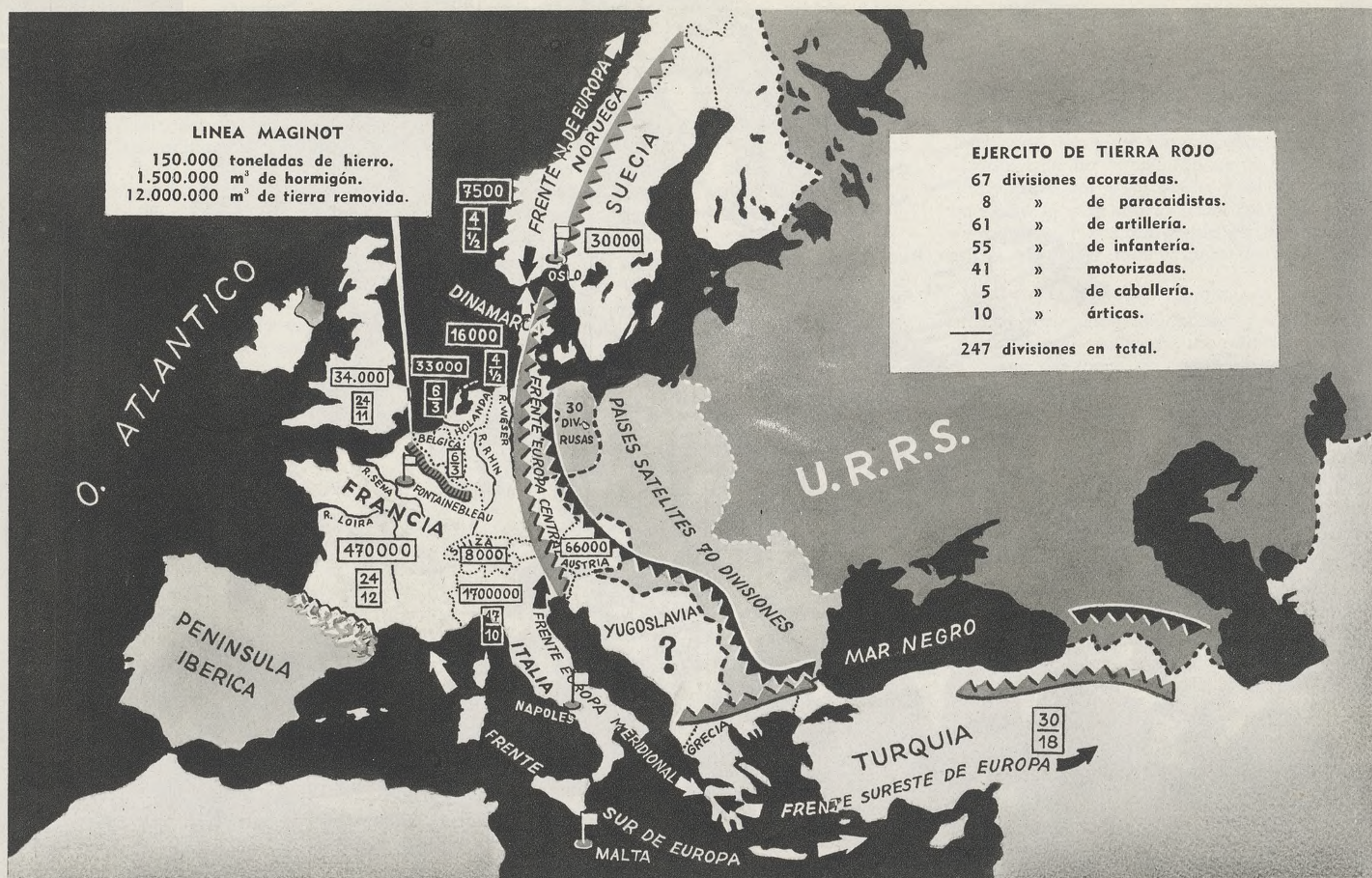
¿DONDE DEFENDER EUROPA?

Cuando en Europa no haya Ejércitos permanentes, cuando no exista en ella el patriotismo, cuando se haya realizado la confederación de Estados eslavos, cuando en Occidente no haya más que despojados y despojadores, entonces sonará en el reloj del tiempo la hora de Rusia...

(DONOSO CORTÉS.)

Por HISPANUS

LAS jornadas de Yalta, de Teherán y de Potsdam fueron, sin duda, un pésimo epílogo de las hostilidades, Cuando la guerra terminó, en efecto, la paz no volvió al mundo. Entramos sencillamente en una nueva fase bélica, que convinimos en llamar «guerra fría». Una guerra no retórica del todo, porque desde entonces se ha batallado de verdad en Indonesia, en Malasia, en Corea y en Indochina. El cañón no ha interrumpido así en absoluto su lúgubre concierto. En este barullo de la política mundial de la posguerra las cosas se enredan y envenenan más cada día. Se diría que no parecen tener fácil ni difícil remedio. Y la guerra es, a juicio de nuestro Melo, precisamente «el remedio de las cosas sin remedio». El augurio no puede ser más catastrófico. Pero ¿cabe, fundadamente, algún otro mejor? Las potencias no se entienden. Sus diferencias no son de detalle ni de circunstancias. Son de fondo y de esencia. Todas las transigencias, todo el «apaciguamiento» derrochado hasta aquí, han conducido directa y simplemente siempre a vía muerta. Es posible que los occidentales, por condescendencia mutua o por no rechazar los sentimientos pacifistas de amplios sectores nacionales propios, acepten perseverantemente acudir aún a nuevas reuniones. Ninguna de ellas ha conducido, ni cabe pensar que pueda conducir en el futuro, a resultados positivos. Los dos bloques resultan así fatalmente irreconciliables. Sencillamente porque Rusia utiliza la paz, tal como recomendara Lenin, como instrumento y medio de debilitar la inteligencia y



Ante las 247 divisiones soviéticas que se detallan—de ellos 30 en Alemania oriental—, y las 70 de los países satélites, la organización tetrafrontal europea comprende actualmente los sectores cuyos cuarteles generales son Oslo, Fontainebleau, Nápoles y Malta. En este gráfico, los rectángulos horizontales expresan, con su número, la cifra de comunistas de cada país. Los rectángulos verticales, el de las divisiones previstas (arriba) y el de las realmente existentes (abajo) de cada nación.

la resistencia de los países capitalistas y preparar de este modo la guerra, que impondrá el triunfo de la revolución mundial. Porque el dilema para la Unión Soviética es muy claro: o la revolución roja impera en el orbe entero, o la revolución roja, a la larga, fracasará incluso en Rusia. Para la U. R. S. S., en efecto, la guerra no es sólo un arma política; es el arma, sobre todo, de su política revolucionaria. Es por ello por lo que el comunismo estatal moscovita ha actualizado el programa político imperialista de Pedro el Grande y ha convertido a este zar, el rey clásico de una autocracia imperial, en perfecto guía de la confederación de Repúblicas socialistas soviéticas. Lo externo es lo accidental, y el programa de Pedro I, con sus ambiciones asiáticas, su sed de expansión, por el sur y hacia el oeste, a través de Europa entera, sirve magníficamente de lema hegemónico a ese movimiento paneslavo, societario y ateo que es, en definitiva, el comunismo soviético. Ese programa, remozado en lo accidental solamente, constituye el «Polstrat» o plan político-militar que cuidadosamente prepara la guerra de mañana, tanto en su aspecto económico como en el concretamente militar. Merced a dicho programa ultrasecreto, los diferentes «planes quinquenales» resultantes de aquél señalan siempre la tarea a seguir con vistas a la guerra. Así, entre 1928 y 1953, la U. R. S. S., que producía por habitante el 5 por 100 del carbón de los Estados, el 7 por 100 del petróleo y del hierro, el 5 por 100 del cemento y el 4 por 100 de la electricidad, ha pasado a producir, respectivamente, el 43, el 11, el 36, el 26 y el 22 por 100 de los referidos productos capitales de la economía bélica.

Toda la industria rusa es industria de guerra. Por eso carece de sentido comparar, como se hace, la producción de neveras o de aparatos de televisión de la U. R. S. S. con la de los Estados Unidos. Al Gobierno de la Unión Soviética no le interesa demasiado la producción de artículos de consumo y menos de los que requiera la comodona y odiosa burguesía capitalista. Rusia, produciendo menos hierro y menos acero, por ejemplo, que Norteamérica, dedica, sin embargo, más acero y más hierro a la fabricación de armamentos. Sencillamente porque la economía de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas, como todo en el Estado soviético, está montada para esa guerra que finge hipócritamente le quieren imponer. Es asombroso que aun no se comprenda esto. Puntualmente el 1.º de mayo de cada año nos lo recuerdan, sin ambages, desde la plaza Roja, repleta de masas de soldados, de cañones y de carros. Todos los días la prensa soviética—*Pravda*, el órgano del partido; *Izvestia*, que lo es del Gobierno, y *Estrella Roja*, que representa el sentir de las fuerzas armadas—clama contra el Occidente y señala al pueblo ruso la agresividad creciente del capitalismo, incitando al país a prepararse para la guerra.

* * *

Una guerra que fatalmente—a menos que un milagro divino lo evite—estallará un día; exactamente el día que mejor convenga a los preparativos que Moscú realiza y exactamente también cuando las circunstancias previstas en el «Polstrat» sean alcanzadas. Rusia es hoy, como fué siempre, una potencia especialmente continental. Ocupa ella sola, sin contar sus inmensas anexiones en Asia y en Europa, la sexta parte de las tierras del globo. Sus mares son, sin embargo, interiores, como el Caspio, o meros Mediterráneos, como el Negro y el Báltico, incluso el Amarillo, cuando no desolados heleros invernales, como el Artico. Su potente aviación—18.000 aviones construídos en 1953—constituye, sobre todo, un instrumento al servicio de la idea continental y en cierto modo un arma auxiliar del Ejército. Es el Ejército, por tanto, el que da la pauta exacta de la potencialidad, militar y bélica, soviética. Este Ejército puede atacar o defenderse si estallara una guerra. He aquí el problema. Porque, en efecto, ¿qué hará Rusia? «Es preciso atacar siempre», quería Napoleón. «La defensa es, sin embargo, la más eficaz forma de la guerra», comentaba, al revés, el primero de los tratadistas militares de todos los tiempos: Clausewitz. ¿Atacará o se defenderá Rusia sobre sus fronteras? He aquí el interrogante. Hay razones, sin embargo, para conocer la opinión de sus autoridades militares máximas. El mariscal Sokolowsky, por ejemplo, general jefe del Estado Mayor General, antiguo oficial del Ejército austrohúngaro, ama la ofensiva. El mismo lo ha dicho y lo ha escrito. Tiene confianza en la debilidad de Francia y quisiera arrasar Alemania y alcanzar a Inglaterra misma en el corazón, sin que importen nada las lejanías remotas de su vasto Imperio. En cuanto a los Estados Unidos, el mariscal rojo lo ha explicado en la Academia Frunze—algo así como nuestra Escuela Superior del Ejército—: hay que atacarles duro y rápidamente «desde la distancia favorable».

No difiere mucho de este pensamiento el del mariscal Shukov, el conquistador de Berlín, honrado por el Kremlin, nada menos que tres veces, con el título de «héroe de la Unión Soviética». Shukov, ardoroso y «carrista», querría también atacar, a cubierto del glacis formado por los satélites europeos. Los mariscales Timoschenko y Rokosowsky piensan de acuerdo con el viceministro de la Guerra. El jefe de este Departamento es el mariscal Bulganin, un «general del partido» y no militar profesional. Pero Bulganin no piensa a la postre tampoco cosa diferente. Entiende la estrategia como una mixtura político-militar. Y se comprende que, si la potencialidad bélica soviética en tierra es evidentemente abrumadora con respecto al Occidente, semejante política militar no puede aconsejar otra cosa que la ofensiva también para arrojarse lo antes posible sobre la presunta víctima y aniquilarla, si es posible, en seguida.

En el terreno del realismo más estricto, la organización del Ejército Rojo explica muy claramente lo que sus forjadores se han propuesto. La política rusa ha hecho, naturalmente, el Ejército que precisa. Veamos brevemente su compo-



La estrategia periférica, que descarta la defensa de las vías fluviales, se basa en una ordenación defensiva de amplios reductos—«hedgehog» (erizos)—a vanguardia y en una potentísima y ágil masa de maniobra motomecanizada a retaguardia, en la Península Ibérica. El frente periférico cubriría desde Inglaterra, por los Pirineos, hasta Italia, Grecia y Turquía. El gráfico señala las más importantes bases navales, así como los países que cuentan con aeródromos militares americanos.

sición. No son 175 divisiones las que probablemente tiene organizadas, como se repite, el Ejército soviético, sino 247 en la actualidad. De esta cifra 116 son de infantería y de artillería, esto es, unidades eclécticas y susceptibles de aplicación ofensiva o defensiva alternativamente. Otras 10 están adscritas a los frentes árticos, y su papel es, sin duda, esencialmente defensivo. Pero 67 divisiones son acorazadas, esto es, unidades de función ofensiva, como en esencia ocurre también con las otras 41 divisiones motorizadas, las cinco divisiones de caballería y singularmente con las ocho divisiones restantes de paracaidistas. A la vista de esta organización, no cabe duda de que la doctrina ofensiva imperará en el Estado Mayor soviético en la hora de la guerra. Este Ejército ruso—al margen de las enormes posibilidades de reservas que tiene la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas—puede actuar desde el primer momento. Cuarenta y ocho divisiones en total parecen incluso estar desplegadas sobre el frente oriental europeo del Báltico a los Balcanes. Incluyamos todavía un sumando muy importante: las 70 divisiones que tienen organizadas los países satélites, no ciertamente todas de igual valor combativo, pero algunas de primera calidad.

Tal es la enorme masa militar que Moscú detenta con el alevoso ánimo de lanzarla un día sobre el resto del mundo, aunque lo oculta, para provocar una nueva y colosal matanza al servicio de la causa de la revolución roja. Para ello no deparará ciertamente ante la catástrofe ni podrá contenerla ninguna responsabilidad. Solamente espera su hora. Una hora propicia para el mejor éxito de la causa, que es también la causa de ese ejército comunista desplegado por el mundo e integrado por grandes masas afiliadas a la III Internacional—simplemente simpatizantes y aun meramente ocasionales aliados—desperdigadas de modo principal por ciertos países de Europa. Millones de hombres que proveerán en su momento—¡el momento de Rusia!—la constitución de brigadas internacionales, masas de guerrilleros y saboteadores, o constituirán, en último caso, masas neutras de meros derrotistas. Los dirigentes comunistas ya lo han dicho bien claro: en caso de una guerra, nadie piense que estas masas, en Francia y en Italia singularmente, se opongan por las armas al Ejército Rojo; antes al contrario, se colocarán a su servicio. Los Togliatti, Duclos, Thorez y Marthy lo han repetido hasta la saciedad. Nadie puede ignorarlo.

* * *

En la hora «H» y en el día «D», cuando el Kremlin lo quiera, esta máquina poderosa de la subversión mundial se pondrá en movimiento. El Extremo Oriente servirá perfectamente a los planes rojos gracias a la cooperación de chinos y vietnamitas. Quizá el Japón no escape incluso al zarpazo soviético merced a la cooperación de la flota, la aviación y los paracaidistas rojos. El estrecho de Behring puede ser otra ruta de la agresión. En el corazón de Asia la guerra arderá en seguida. El Irán, por razones de estrategia económica—la angustia del petróleo—, será, sin duda, el país primeramente asaltado por la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas. Pero el esfuerzo militar decisivo trasladará hacia Europa el centro de gravedad de la ofensiva soviética. Mientras el istmo de Finlandia lleva a Escandinavia y al mar libre; mientras el Bósforo aparece, para Rusia, como en los días de Pedro I y de Catalina II, como el señuelo ansiado del mediodía, todo ese confín, absolutamente llano, que conduce hacia Alemania, las riberas del mar del Norte y del canal de la Mancha, marcará, sin duda, los itinerarios preferentes del Estado Mayor rojo. Desde la «isla de Francia» y las «polders» holandesas, no hay hasta Moscú o Leningrado ningún obstáculo orográfico, ni siquiera topográfico. La llanura es amplia y dilatada. La cubren profusamente carreteras y ferrocarriles. Apenas un simple cerro, en Cassel, de 157 metros de altitud, merece en Flandes el honor de denominarse «monte». Desde tan modestísima colina se divisan, no obstante, seis naciones, 32 grandes ciudades y al menos un centenar de pueblos. Ni un solo túnel tienen que salvar las líneas férreas que desde la costa del canal se dirigen, por Alemania, a través de toda la llanura central europea, al corazón de Rusia. Tal es el óptimo terreno en que pueden moverse a su placer las divisiones acorazadas soviéticas, cual acerada punta estratégica, para invadir Europa.

Sobre esa ruta tradicional de las invasiones históricas de todos los tiempos, los rusos elegirían hoy, para moverse en tan amplísimo frente, dos direcciones fundamentales: la que, por Wesfalia y Renania, busca el Mosa belga, para penetrar en la cuenca de París, y la que, por Turingia y el Palatinado, pasa por Lorena a la cuenca superior del Sena. Estos itinerarios directores serán flanqueados, al norte, por otro que alcance Holanda y Bélgica, y por el sur, por el que, siguiendo el valle del Danubio alto y Baviera, pasa por Basilea y se adentra por el boquete que abre la gran falla que separa a los Vosgos de la Selva Negra.

El mediodía mediterráneo será buscado, también con afán, por el Estado Mayor soviético, a «golpe de divisiones», porque para ello le sobran efectivos, y nada importa en los métodos rusos el sacrificio humano. La ruta de Austria conduce al alto Adigio y a las regiones vitales, en la estrategia italiana, del Trentino y del Veneto. Yugoslavia es seguro que en semejante instante definirá su extraño interrogante. A Grecia conducen los caminos históricos del Struma y del Vandar, que tienen en Salónica su puerto, en el Egeo. Turquía será atacada igualmente desde el antepaís caucásico y desde Bulgaria. Los Estrechos serían el objetivo afanoso buscado en semejante ofensiva.

* * *

¿Qué puede hacer Europa ante semejante alud? Europa puede y debe defenderse. Estamos ante una novísima edición de *(Pasa a la pág. 59.)*



Gregorio Marañón.



Santa Teresa. (Fragmento del cuadro de J. A. Morales.)

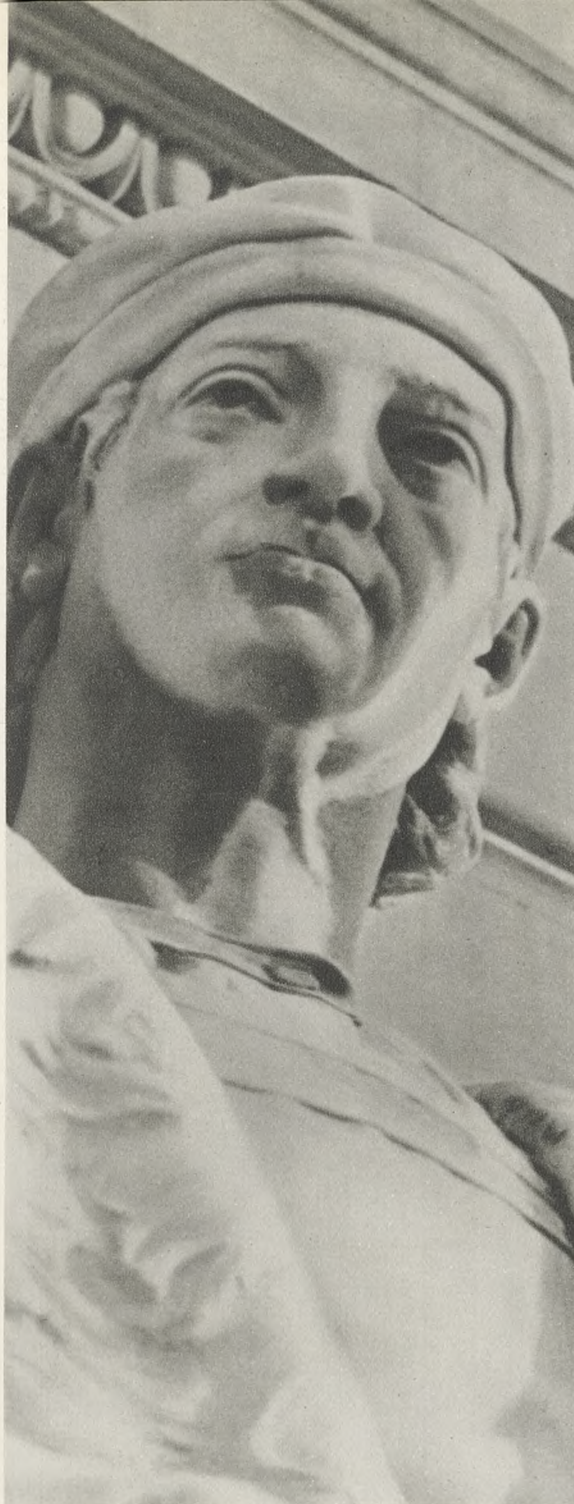
LA CIENCIA ESPAÑOLA Y SU CONTRIBUCION AL MUNDO ACTUAL

Por el Dr. GREGORIO MARAÑON

Cómo empezar las palabras que voy a pronunciar en representación de los hombres de ciencia españoles sin decir, ante todo, mi profunda emoción al hablar aquí, en este acto tan solemne y en este lugar memorable? Acaso lo mejor que pueda traer ante vosotros sea justamente mi emoción. La emoción tiene siempre una fragancia de sinceridad que pueden no tener las ideas, y por eso tantas veces la emoción mueve a los hombres con más ímpetu y quizá con más tino en el pensamiento.

Me imagino que los ilustres representantes de las Universidades del mundo que han venido a festejar este centenario estarán también transidos del mismo santo temblor que nosotros los españoles. Porque, desde fuera, una de las grandes fachadas de España es la Universidad salmantina, «emporio insigne de las ciencias», como la llamó Clemente VII, unida, en la realidad o en la leyenda (y para el cómputo de su fama es lo mismo), a las máximas peripecias del pensamiento y de la vida españoles, a la sabiduría de Alfonso X, al descubrimiento de América, a las lecciones inmortales de Francisco Vitoria, a la inquietud creadora de Fray Luis de León. Mas para nosotros, para los peninsulares, españoles y portugueses, para los hermanos entrañables de la América que habla español o portugués, esta ciudad y este edificio representan lo más genuino y tradicional del espíritu hispánico y a la vez todo su espíritu expansivo y universal.

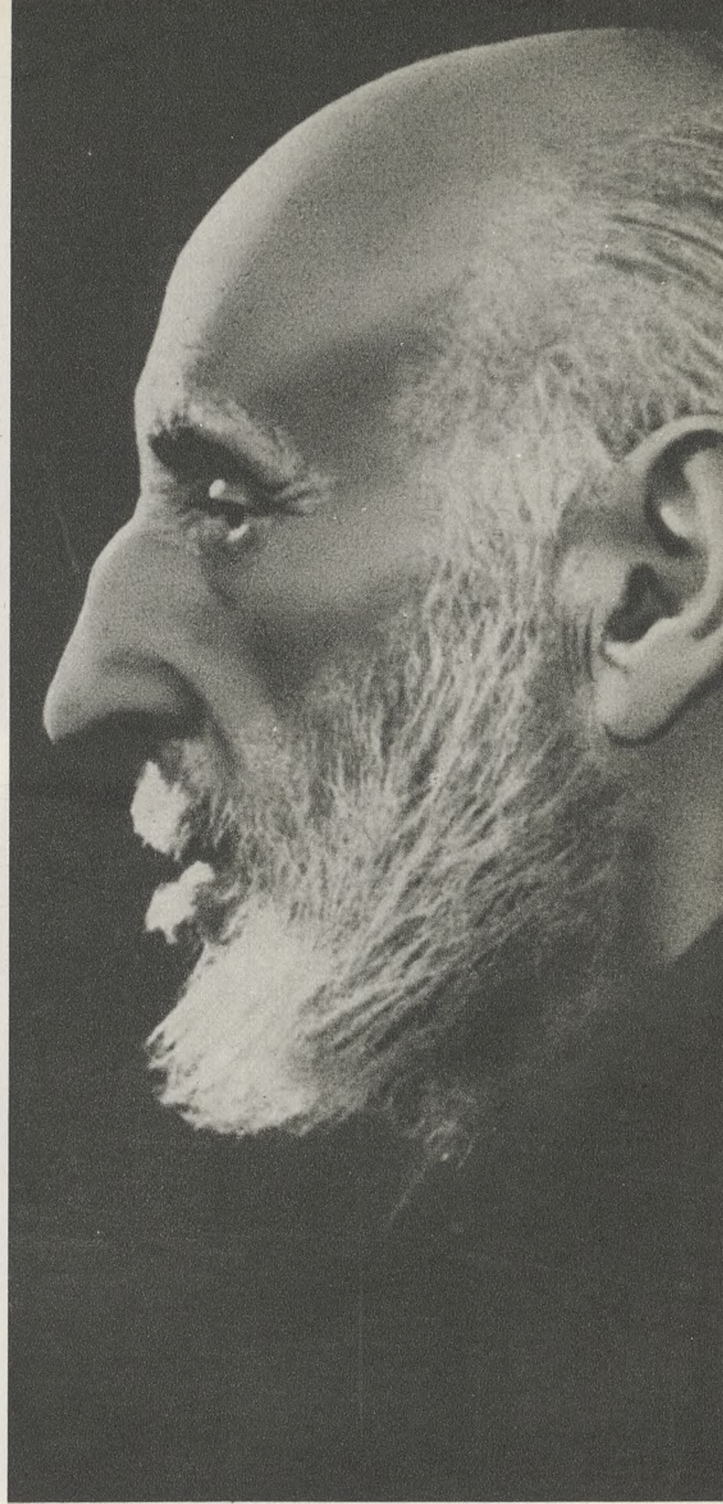
Sólo Toledo comparte con Salamanca este doble sentimiento de plenitud de vida española, con la diferencia de que Toledo es una ciudad vuelta al Oriente, sólo por Occidente castellana, y Salamanca, ciudad castellana pura, se vuelve, como toda Castilla, hacia sí misma. El alma de Toledo es, pues, como un crisol de civilizaciones diversas y la de Salamanca es ella misma la fuente creadora de su propia civilización. Toledo es una encrucijada de culturas y Sala-



Elio Antonio de Nebrija.



Fray Luis de León.



Ramón y Cajal.

manca es su propia cultura y por eso es una Universidad.

La presencia viva de esta Universidad, que resume en su majestuosa sencillez castellana lo mejor del espíritu español, invita a hablar de la ciencia hispánica y de su contribución al mundo actual. Y sólo por el hecho de plantearse aquí el problema tan arduamente debatido de la ciencia española, cobra inesperado equilibrio e inesperada claridad. ¡Qué maravilloso influjo el de un ambiente, el de sólo el nombre de una ciudad egregia! Sobre la ciencia española se ha discutido con pasión. La pasión de nuestra alma nacional, en la que reside dentro nuestro dolor y nuestra gloria, ha salpicado hasta las frías alturas del pensamiento. La ciencia española ha sido tema de una de las grandes polémicas de nuestro mundo intelectual, polémica dura, verdadera guerra civil. Desde el siglo XVIII los españoles se han dividido, una vez más, en dos bandos: uno, que exalta nuestra ciencia hasta las nubes, y otro, que la denigraba, la negaba quizá. Casi todas nuestras mentes señeras, en las generaciones pasadas y en la presente, han echado en esta lid su cuarto a espadas, y desde el otro lado de las fronteras han tomado partido los hispanistas más ilustres, igualmente prendidos en la sugestión y en el amor peninsular, cualesquiera que fuera su adversa o favorable actitud.

Todavía no se ha extinguido la áspera batalla. Yo mismo he intervenido en ella cuando me lo ha brindado la ocasión o cuando me la figuraba, porque el español tiene aptitud especial para convertir, sin darse cuenta, el terreno más plácido en campo de Agramante.

Pero ahora, al encontrarme aquí, veo claramente que el problema estaba mal planteado. La Universidad de Salamanca fué, sin duda, en muchos momentos de su vida, un hervidero de pasión. Pero entonces fué cuando era menos Salamanca. La Universidad de Salamanca fué y debe ser, esencialmente, una norma clásica. Como los organismos más equilibrados y robustos, puede tener en su historia episodios de agitación enfermiza. Salamanca los tuvo y quizá esos episodios nos salpican todavía con su arbitrariedad; pero el signo y el blasón de Salamanca ante la historia de la cultura es la serenidad. Salamanca inviste de orden a la pasión misma y así convirtió en clásicos perdurables a muchos de sus maestros que llegaron ardiendo de inquietud hasta sus puertas, y entre ellos a su penúltimo rector, el gloriado don Miguel de Unamuno, en cuyo cerebro y en cuyo corazón, en él siempre confundidos, batallaban día y noche todos los hervores seculares de nuestra raza, todas las fecundas inquietudes, que no suelen comprender los jueces de visión limitada, pero igualmente destinados al olvido, lo mismo los de Fray Luis de León como los de don Miguel de Unamuno.

Esta laguna clara de la sabiduría salmantina nos hace ver también a los hombres de hoy el error de haber disputado con tanta frivolidad acerca de la ciencia española. Defensores e impugnadores hemos manejado únicamente el criterio estadístico, y la estadística es lo más extraño al clasicismo, porque el clasicismo es claridad y exactitud y la estadística encubre hipócritamente, tras sus ringleras de números, los más hondos errores. Con este instrumento hemos valorado los puntos alcanzados por nuestra ciencia, y, sobre todo, por las llamadas ciencias exactas y físicas y naturales, y las hemos cotejado con los resultados obtenidos en estas mismas ciencias por los otros pueblos: tantos libros, tantos descubrimientos, tantos premios Nóbel... Esto es pueril.

Es evidente que con este criterio no podemos los españoles figurar en la vanguardia. Inútil es oponer la dialéctica a la realidad. Y en momentos de pesimismo, a veces nos parecía tener razón Cajal cuando en solemnísima ocasión exclamaba: «Al carro del pensamiento español le falta la rueda de la ciencia.»

Mas no está aquí la clave de la difícil cuestión y hoy lo vemos con claridad. No se trata de recoger los hechos y las briznas de hechos aportados por nuestros matemáticos, por nuestros físicos, por nuestros biólogos, sino, ante todo, se trata de meditar en lo que es la ciencia. Y con la idea de la ciencia bien definida, volver a medir lo que la contribución del pensamiento hispánico ha representado y representa en la historia del mundo.

La ciencia, según la definición clásica, es «el conocimiento de las cosas por sus principios y causas». Lo esencial de la ciencia no es, por tanto, el objeto del conocimiento, sino el modo, el sentido con que nos acercamos al conocimiento, cualquiera que sea el objeto de éste. Ciencia es clasificar plantas, hallar la fórmula de los cuerpos químicos y descubrir en el laboratorio los misterios de la fisiología. Pero también es ciencia encontrar el sentido de nuestra vida, resolviéndola con un criterio, con una filosofía; limitarla con severidad y a la vez dilatarla por las vías del pensamiento hasta el más allá, darle su razón y explicar sus sinrazones, sensibilizarla para el goce de las hermosuras terrenales y enriquecerla con las nuevas hermosuras que el genio humano es capaz de crear, y aproximarse, en fin a esa suprema razón de nuestro vivir, que es el misterio de por qué somos y adónde vamos. Ciencia es no sólo crear la posible felicidad material, sino ensanchar el universo de nuestros espíritus y llegar a creer en lo que no nos explicamos por esa vía de la fe, que es también ciencia, y acaso la de más alta calidad.

Esta otra ciencia, en apariencia inexplicada, en apariencia teórica y especulativa, que no me atrevo a llamar humanista, porque la palabra, con tener tan vasto contenido, es pequeña para lo que quiero decir, esta ciencia es la que nosotros y otros pueblos análogos tenemos que computar.

Esta ciencia, que, como digo, es sólo en la apariencia teórica, porque, gracias a ella, desde muchos siglos antes que nacieran los siglos de las luces el espíritu intenso del hombre primitivo pudo enriquecerse



San Ignacio de Loyola. (Del cuadro de Rubens.)



Alfonso X el Sabio.

con una serie de principios y de asociaciones de principios y de reflejos y de impulsos disciplinados que han dado a nuestra especie categoría egregia.

La ciencia práctica actual, maravillosa, pero que es sólo una cara de la ciencia, no hubiera sido posible sin la previa creación que realizó la ciencia especulativa de las tres grandes características del alma civilizada; a saber: la conciencia del propio vivir y la libertad inalienable del propio pensar, el sentido de la responsabilidad y el planteamiento de la otra vida.

Sólo, sí, cuando estas tres realidades dejaron de ser presentimientos para convertirse en sentimientos básicos, sólo cuando dejaron de ser balbuceos de un resplandor para convertirse en permanente claridad, sólo entonces el hombre empezó a sentir la voluntaria sumisión de los instintos a los deberes, en lo cual reside el secreto de la civilización. Y en este inmenso vuelo del alma humana, aun inacabado, aun sujeto a tristes caídas, el progreso científico, en el sentido limitado materialista con que hoy le concebimos, con ser prodigioso, es sólo un episodio y un episodio no fundamental.

Hoy se valora a los hombres y a los pueblos por su capacidad científica. A todos nos parece bien, y, sobre todo, claro es, a los que servimos a la ciencia con entusiasmo, casi con religioso ardor. Y más aún si somos españoles, porque nuestro amor a la ciencia se acentúa por todo lo que entre nosotros tiene de esforzada y de quijotesca esta vocación. Ahora podemos decir que al carro del pensamiento español no le falta la rueda de la ciencia, como decía Cajal; lo que pasa es que, con sus dos ruedas, no pudo avanzar sino a costa de un afán desmesurado, porque los caminos eran difíciles y había que ir desbrozándolos metro a metro, mientras que en otros países las vías abiertas a la investigación son desde hace tiempo caminos reales por los que no se sabe si el avanzar es un trabajo o una fruición.

Amamos tanto más a nuestra creación cuanto más duros han sido la gestación y el parto. Por eso es conmovedor el amor a la investigación de los españoles que se entregan a ella. Por modestos que sean los resultados de un filósofo o de un químico español, su esfuerzo y, por tanto, el cumplimiento de su destino y su contribución al progreso humano es tanto o más honroso que el de los investigadores que trabajan en los grandes institutos de los naciones poderosas, en los que el hombre es una pieza que marcha suavemente, casi sin esfuerzo, engarzada en un maravilloso engranaje.

Mas la ciencia no es esto sólo. Hay otras muchas que no son de aplicación inmediata y cuyo conocimiento y el de sus principios y orígenes son ciencia también. No representan ninguna ventaja material inmediata, no allanan ningún obstáculo de nuestra vida, ni alivian los dolores de la carne, ni multiplican el poder de nuestros músculos o la figura de nuestros sentidos. Son, en apariencia, teorías especulativas, propias de mentes dadas al ensueño y a la divagación. Pero tienen una maravillosa eficacia creadora de ideas límpidas, de dudas eficaces y de sueños, y de los sueños, como ha dicho un gran científico contemporáneo, pueden brotar tantos descubrimientos como de los tubos de ensayo o de los laboratorios de mecánica. A la larga, casi todo lo que inventan los genios que más prácticos nos parecen se ha soñado antes alguna vez.

Pues bien, en ese material de inefable ciencia, que puede no ser un libro ni una oración, sino sólo un gesto exacto o una costumbre limpia o un modo de vivir creador de otros modos más perfectos, en ese material es inmensa la aportación de nuestra raza. Nada puede representarlo y explicarlo mejor que esta Universidad y está bien que lo proclamemos aquí con entusiasmo y orgullo.

Tal vez me dirán algunos que esta actitud no sea actual. Pero no importa. Basta que lo haya sido, porque en el mundo del pensamiento todo lo que ha sido puede volver a ser y la resurrección del pasado es siempre fecunda. En cada momento de la humanidad los hombres creen que la civilización que ellos han forjado es una rectificación del ayer, una realidad nueva amasada con las cenizas de los errores antiguos. ¡Vana ilusión! Porque el bien de hoy no hubiera sido posible sin el mal de ayer, suponiendo que el ayer haya sido malo, que no lo es del todo casi nunca. De la antigüedad no sobrenadan todas las que se creyeron verdaderas y sí, en cambio, muchos de los que se creyeron errores. E incluso cuando el pensar de una época desaparece es porque se ha extinguido al dar a luz al porvenir, como esas madres que al parir mueren, precisamente para que sus hijos sigan viviendo.

Y así, ante el deslumbrante esplendor material de la hora que vivimos, lo que debemos preguntarnos es si ese esplendor material hubiera sido posible sin los siglos de teorización y de ensueño, sin las Universidades discursivas, imbuídas a veces de absurdos escolasticismos, como la de Salamanca y las otras de Europa, que durante la Edad Media iluminaron la patética inquietud del mundo occidental ante el presentimiento de América y después del hervor y la magnificencia de la Europa post-renacentista y la grandiosa incorporación del Nuevo Mundo a la vida universal.

Lo que debemos valorar no es, pues, si en este o en otro sector de las ciencias experimentales y aplicadas hicimos más o menos que los otros pueblos, sino nuestra contribución a las tres creaciones decisivas del hombre europeo: la del estado de conciencia libre, la del sentido de la responsabilidad de su destino y la del enlace de este destino terrenal con el ultraterreno.

Tres momentos esenciales marcan, a mi modo de ver, esa intervención de España.

Uno fué la escuela de traductores de Toledo, que salvaron para nosotros y, en parte, para toda Europa el tesoro de la ciencia antigua. El gran papel de encrucijada y crisol de civilizaciones genuinas en aquella


Juan Luis Vives.


San Juan de la Cruz.


Miguel de Unamuno.

escuela, a cuya cabeza estaba Raimundo, el obispo de Osma, bajo la protección de Alfonso VII, culminando su gloria en la corte de Alfonso X de Castilla. A la sombra fecunda de estos reyes convivieron tres religiosos y trabajaron juntos los hombres de ciencia de las tres razas. Alfonso VII mereció el título, envidiable, de «emperador de tres religiones», que equivale a decir emperador de la tolerancia. Todavía se discute la virtud de la tolerancia; pero hasta los que la niegan se enorgullecen de estos monarcas y aceptan como símbolo de la ciencia el nombre del rey que con tanta razón se llamó el Sabio, porque la sabiduría verdadera es no sólo conocimiento, sino también generosidad. Yo recuerdo con profunda emoción aquella tarde en que, en la catedral de Toledo, se abrió el sepulcro de Don Sancho IV, el hijo de Don Alfonso. Su calavera ceñía aún la corona que heredó de su padre, y, contemplándola, pensábamos todos que, bajo aquel círculo de oro y aquellos deslumbrantes camafeos, alentó la generosa visión de una humanidad en paz, no por la violencia, sino por la sabiduría. Esto es ciencia también, y de la más alta estirpe.

El segundo gran momento de la ciencia española es el que surge en torno al descubrimiento de América. Ya el descubrimiento y la colonización suponen una contribución inmensa a la creación del hombre, y no sólo el que poblaba el continente nuevo, sino el hombre occidental, cuya personalidad no pudo completarse hasta que el mundo dejó de terminar en el misterio del Finisterre. No se ha estudiado todavía lo que representaba, en el habitante de Europa, hasta el siglo XVI, la inquietud de un más allá, ignoto aquí, en la tierra, además del más allá celestial. Hay una nostalgia del bien que presentimos más turbadora que la nostalgia del bien pasado; nostalgia a veces inconsciente, pero capaz de apretarnos la vida y de frustrarla. Y esa sutil nostalgia de lo futuro, de lo misterioso, del Nuevo Mundo desconocido, es lo que da carácter a la psicología individual y colectiva de la Edad Media. Por eso, al desaparecer después del descubrimiento, la humanidad se transformó, sin darse cuenta, con un ritmo gigantesco, infinitamente superior al que pueden originar las más resonantes conquistas de nuestra época.

Pero, además, en torno al descubrimiento surgió una fiebre de curiosidad y de necesidad de resolver problemas nuevos y de buscar interpretaciones distintas a las formas de vida que nacían a los dos lados del mar. De aquí el formidable movimiento teológico, filosófico, político y biológico realizado por los pensadores, geógrafos, naturalistas y médicos españoles, que, entre nosotros, ha estudiado con profundidad y agudeza Julio Rey Pastor.

La ciencia debe a España no sólo el hallazgo de medio mundo, sino una parte considerable del conocimiento sistemático de este Nuevo Mundo. Cuando algunos discuten el volumen de los hombres de ciencia españoles en América, podría decírseles que quitasen, en la gran balanza del platillo español, cuanto quisieran. Porque siempre quedará el hecho del hallazgo, no causal, sino presentido, y la generosa visión que tuvo el español, desde la propia Reina Católica hasta el último aventurero, de lo que representaba el gran suceso como victoria para el reino de Dios; es decir, como descubrimiento lleno del sentido universal y eterno que distingue a la ciencia de suprema calidad.

La tercera aportación de España es su mística, que, en realidad, se inicia también en la gran aurora cultural que siguió al descubrimiento, una de cuyas grandes faenas creadoras fué la reforma religiosa, sin la que quién sabe si la mística no hubiera existido. La mística es teología y arte, pero es también ciencia. Fray Luis de León fué tan teólogo y filósofo como poeta, y sus poesías, como todas las de nuestra mística, tienen una profundidad psicológica que nos acerca cuanto es posible al máximo conocimiento del alma. La obra de Santa Teresa de Jesús es, además, de cuanto es, un documento de prodigiosa introspección y el ensayo más conseguido en toda la literatura psicológica de expresar con palabras el vuelo misterioso del alma hacia la eternidad. Ciencia es todo este momento religioso de los siglos XVI y XVII, de los que Menéndez Pidal ha dicho que están representados por una minoría directora que incluía los más altos valores de la nación: «teólogos que podrían descollar triunfalmente en el Concilio de Trento y servir de guías en las Universidades europeas; autores místicos, ascéticos, escriturarios, que figuran entre los mejores de cualquier país».

Estos tres afanes españoles tuvieron por apóstoles a aquel obispo Raimundo y a los dos Alfonsos intelectuales y tolerantes, y a los grandes varones que voy a nombrar, no al voleo, como suele hacerse en las apologías de las solemnidades, sino a conciencia de que cito a genios de altura universal. Son estos magnos creadores, de influencia culminar en la evolución humana, Nebrija, Vitoria, Las Casas, Vives, los Fray Luis—el de León y el de Granada—, San Juan de la Cruz, Santa Teresa de Jesús, San Ignacio, Juan de Huarte. No incluyo sino a los que unieron a su genio una conducta ejemplar, porque la conducta es también creación y ciencia. Yo no creo en las grandes cabezas si no las acompaña un grande y generoso corazón. Por eso excluyo de mis altos modelos a otros que los demás citan; sabios, sí, pero torvos o crueles personajes.

Los míos, los íntegramente buenos, contribuyeron con su palabra y con su gesto a fundir en sus moldes eficaces a la civilización europea y no sólo a la española. La ciencia universal de los Alfonsos y de sus sabios, de diversa cuna y religión, puso toques definitivos en la libre conciencia de la personalidad del hombre occidental. La explosión de saber que siguió al descubrimiento de América empujó al ser humano al hallazgo de su trascendente responsabilidad. Y el arte y la ciencia de los místicos dió su vida más generosa y más clara al anhelo *(Pasa a la pág. 62.)*



JOAQUIN RODRIGO

CUANDO Joaquín Rodrigo se acerca al piano, apoya en el teclado sus manos y un poco antes de comenzar vuelve la cabeza hacia el público—casi siempre íntimo y cordialmente elegido—y dice con su inefable sonrisa: «Bueno, todos sabéis que yo toco muy mal», elegiríamos este ademán para recordarle siempre. A él no le gusta tocar para los demás y siempre se disculpa. Pero poco después, cuando las primeras notas de su música suenan, y suenan de su propia mano, haría falta un poeta que de nuevo cantara en versos para él aquellas liras de Fray Luis: «Salinas cuando suena...» Se le queda quieta la sonrisa, los ojos sin luz se clavan en el cielo y un angélico menester parece que le prende y le pierde en el vacío, hacia donde nos conduce «sabiamente gobernados». Oficio de músico el suyo, en el sentido más verdadero y total de la palabra. Sus canciones, su *Concierto de Aranjuez,* su reciente *Música para un códice salmantino,* han puesto a la música española en un punto de universal categoría. Y él, después de cada triunfo, subrayará el comentario entusiasta de sus amigos con la misma sonrisa angélica de escapatoria, con el mismo no dar importancia a aquello de lo que ha hecho centro y orden de su vida. «Nada, chiquito, nada.» Y se quedará atento, como oyendo siempre la armonía que le dictan desde un cielo ignorado, y que él pasará al pentágrama en la más angélica traducción.

DULCE MARIA LOYNAZ

ESA «exquisita calidad de imponderable, de cosa que amenaza deshacerse», en frase de Gastón Baquero, sobre Dulce María, se vió pronto compensada—en el aire de España mejor que en ningún otro—cuando tuvimos memoria de sus orígenes. Un armazón vasco, de las más puras genealogías guipuzcoanas, daba a esta mujer, que apenas parecía un sueño, su insospechada y decidida fortaleza poética, su inquebrantable y tesonera vocación, su saberse portadora de una voz elegida que tenía que llevar sobre los vientos contrarios del mundo, y así tuvimos la suerte de oírla y de comprobarla. A los nombres ya en cadena de las mujeres poetas hispanoamericanas añadiría Dulce María Loynaz el suyo, de calidad y sutileza inigualables. Un nuevo temblor, una inusitada y fragante presencia, tenían sus versos—mantenidos siempre en una cuerda tensa, cordial y profunda—, que respondían perfectamente a la íntegra dedicación lírica de su autora. Porque Dulce María no es en poesía lo circunstancial, lo social o lo aleatorio; su vivir, su desvivirse poético, son al propio tiempo la existencia y la obra. Se dejará decir versos en sus salones o tendrá ella que cantarlos lejos de su isla. Y Cuba, desde ella, habrá sabido hacerse sonoramente universal—categoría ésta de la isla de las poetisas—por gracia de una ingrávida mujer de la que se ha podido decir con fortuna que es «poesía, ensueño y silencio».

Con un crucifijo y un violín a través de la selva

ERA el año 1589 cuando desembarcaba en Panamá un hombre de apariencia humilde y recia voluntad, un andaluz de la cordobesa Montilla—soles fuertes, temperamentos sobrios, rayanos en sequedad—, con el ánimo erguido, la pisada descalza, un crucifijo en el pecho y un violín pendiendo del cíngulo. No tardaron mucho en estar sus pies llagados y su piel curtida; mas, con el alma cristalina y una voz dulce, que invitaba a oírle, atraía a estos hombres, para quienes era muy lejano un horizonte de verdad. Francisco Solano hablaba con humana sencillez, con un amor entrañable por las cosas nimias de los hombres. Venía de tierras marroquíes, donde había conocido la uniforme identidad del hombre de todas las latitudes en su más neta esencia, y por eso se hizo pronto entender. Francisco Solano fué muy querido. Su magra figura y su cálida temperatura apostólica prendieron en el corazón de unos hombres a quien aquella voz daba paz balsámica en una lucha que no sólo era material, porque los indios tenían su fe y su odio, su alma llena de humana pasión por las cosas.

«Locos de la evangelización» fueron llamados estos hombres, y en esa misma locura caían centenares de ellos por los caminos de América, esos caminos por los que circula la civilización y por tierras donde no se ha asentado todavía.

Era joven Francisco Solano cuando llegó a Panamá. Su don de inteligencia iluminada le hacía aprender rápidamente los idiomas nativos y hablarlos en quince días como lo hacían los naturales. Allí supo que, más al sur, había otros hombres, como aquellos con quienes hablaba, que no habían oído nunca el verbo de la verdad. Reviviendo el mito pagano de Orfeo, Francisco, cuando le faltaban las palabras, cuando éstas no eran inteligibles, cuando ya había dicho mucho, echaba mano de su violín, que también hablaba. Hablaba para las almas en ese lenguaje inefable de la melodía, que hacía encender fuego de transposición y de arrobo en aquellos seres. La mágica facilidad con que convertía a los indios—y lo adoraban como un ser que hubiera descendido de lo alto—llegaba a levantar en su torno esa aura de lo sobrehumano que arrebata a los pueblos. Se aunaba en él la sencillez, la persuasión de su palabra y ese espíritu práctico para solventar lo cuotidiano de los hombres. Fieros paladines de la violencia cruenta quedaban desarmados por esa fuerza espiritual y caían, sumisos, a sus pies. El construía, con sus propias manos, iglesias y viviendas; enseñaba a curar, y esas labores artesanas que eran germen de civilización. El número de indios convertidos por él superaba al de cualquier otro evangelizador. Esa maestría, ungida por la gracia, para convertir en grato todo lo que, por necesario, era humano, inspiraba a los indios lo más entrañable, que es la confianza. Confiaban en el monje para todo. Cuando la rebelión se hacía torbellino, Francisco Solano, inmerso en ella, la apaciguaba con su palabra cálida de fe. Y los indios, que no conocen el valor de los símbolos, escuchan, se aquietan, reconocen la bondad que le inspira y saben que él está de su parte para todo lo que sea la justicia y el bien. Por eso la leyenda, jalonada de hechos heroicos, se teje con la sencilla estameña de la santidad, por unos hechos portentosos que provoca un hombre que habla idiomas indígenas con acento andaluz, un crucifijo y un violín.

Se introdujo en las intrincadas y desoladas selvas del Sur. Pasó a pueblos de distinta civilización y módulos de vida. Catorce años de su vida joven devoraron, en ardua tarea, los pueblos de Tucumán, San Miguel, ese Santiago del Estero que hace poco ha cumplido sus cuatrocientos años; allí construye una iglesia, que el pueblo admira, y su nombre se hace célebre en la provincia. Esta iglesia estaba realizaba con un don divino de previsión, mirando hacia el centro de la ciudad, por lo que, al desbordarse más tarde el río Dulce, fué únicamente lo que salvó de ella. Llegó a Esteco, esa ciudad que se perdió en un crepúsculo nebuloso de la civilización. Pasó a Caramarca y a Rioja. Al llegar, acababa de fundarse la ciudad de Todos los Santos; los dieguistas estaban ebrios de odio y esperaban ocasión de arrasar la ciudad, y fué en la Semana Santa de 1553 cuando bajaron los indios dispuestos a realizar su plan de venganza. Sus moradores acuden a San Francisco y le piden un milagro; el santo va hacia los ariscados indígenas, los encuentra en la puerta de Cochangasta y les habla con esa magia persuasiva, toca el violín, les hace llorar, e indios y españoles caen de rodillas ante el apóstol.

Se traslada después al Chaco. Todavía se recuerda. Lo cuenta el capitán Andrés García Valdés, comendador de la ciudad de Talavare. Un toro bravo corría en persecución de las gentes, que huían llenas de pavor. Francisco Solano fué a la bestia, la miró con sus ojos llenos de dulzura. El toro cayó a sus pies y le lamió las manos.

En medio del fragor de la lucha cruenta de la conquista surgió la humilde figura de San Francisco Solano como una eclosión célica: los odios, los duelos y la sangre eran apagados y restañados por el hombre que llevaba la paz y el perdón. Y el salvaje rebelde cedía ante este supremo argumento del amor,

Caminó por las montañas hirientes, paso a paso, sin desmayo, pero con fatiga, pisando agrestes trochas sus pies descalzos, y llegó a Chile. Allí encontró hombres que le desconocían; dió vida a su violín, la expresión de un alma que habla un lenguaje excelso. Cuando una palabra no es aún entendida y se encrespan los hombres, la voz del instrumento los aquieta y vuelve a mansedumbre.

Las realizaciones espirituales corren parejas con las materiales. Obras persistentes se rememoran y perviven. Los recuerdos esparcidos por las montañas de Córdoba, Catamarca, la Rioja, los Andes, los llanos de la Pampa, dan idea de la fecundidad de un hombre que no habría podido realizar tanto si Dios no le hubiera otorgado sobrehumanas fuerzas. Cuenta la tradición que en las jornadas extenuadoras, cuando su cuerpo desfallecía y pedía aliento su ánima, se tendía sobre la tierra, boca abajo, «besando el polvo», para hablar con Dios.

Los últimos destellos de su alma fértil los recogió el Perú. Pasó a este país después de agotar su energía en Panamá, Argentina y Chile. Mas tuvo arrestos para la obra evangelizadora, y fué el pueblo peruano quien más férvidamente amó al seráfico héroe. Las tribus congregadas oían la palabra poética y exaltaban la figura del «blanco», que llegaba hasta ellos en misión de amor. Tanto los indios como los españoles residentes en el reino adoraban la mágica potencia de San Francisco Solano, del cual ha dicho el místico riojano Joaquín V. González que «más de un milagro vino a sellar con la autoridad de Dios su palabra inspirada». Ya para todos los peruanos era un santo, Ellos fueron los que, al verle expirar en la paz suma, allá por el año 1610, se agruparon en exaltada reverencia para proclamarle santo, anticipándose a las concienzudas resoluciones de la Iglesia. Clemente X le beatificó en 1675, y fué canonizado por Benedicto XIII en el año 1726. Pero los limeños le tenían ya por santo, y fué proclamado por ellos patrono de la ciudad el 20 de junio de 1629. Pocos años más tarde (28 de agosto de 1633) lo haría Santiago de Chile, y antes lo habían hecho Panamá (en el año 1631), Cartagena (en el mismo 1631) y Cuzco (un año después).

En la devoción de los hombres de esas tierras pervive el santo del violín, un gran artista al servicio de la causa de Dios. Hoy se le venera como el hombre más extraordinario que ha pisado el suelo de América. Su imagen se multiplica en los altares, donde los hombres descendientes—a distancia de cuatro siglos—de aquellos que evangelizó se prosternan y alzan su mirada a la limpia del santo, que, con un crucifijo en la mano y el violín colgado de la cintura, parece que habla, con la suave armonía de su instrumento, como una oración sin palabras.

JOSE ALVAREZ ESTEBAN



LA CUECA, EXPRESION DEL ALMA CHILENA

Por ELIAS UGARTE FIGUEROA

Aunque el vals sigue siendo el viejo remozado de todos los salones del mundo, para la gente del pueblo, de los llamados bailes criollos o «de la tierra» de las cuadras y fondas del 1800, sólo sobrevive la cueca.

Y ello es cierto. A todos los chilenos nos parece esta danza algo así como el último eslabón de un pasado romántico y gallardo, aunque tenga el brío y el calor de nuestra época.

Sin embargo, no falta quien rememore los fenecidos bailes coloniales, ejecutándolos torpemente, o bien recitando los versos que los acompañaban con cierta nostalgia y simpatía:

... Anda, ingrata, que algún día,
con las mudanzas del tiempo,
llorarás como yo lloro,
sentirás como yo siento.
¿Cuándo, cuándo, cuándo,
mi vida, cuándo?
¿Y cuándo será aquel día
y aquella feliz mañana
que nos lleven a los dos
el chocolate a la cama?
¿Cuándo, cuándo, cuándo,
mi vida, cuándo?

O bien:

... Yo me enamoré del aire
y en el aire me quedé,
y como el amor es aire,
del aire me enamoré...

Nuestros abuelos, al término de estos versos, se quedaban como en suspenso, extáticos, en un mundo interior, soñando, viendo acaso a la muchacha núbil que les incendió el corazón en ese embriagador remolino de vueltas y revueltas:

... Tengo una escalerita
hecha de flores
para subir al cielo
de mis amores...
Aire, airé, airó,
¿quién te quiere más que yo?...

Era la letra de uno de esos «cuandos» y «aires» del alma. Chiloé—tierra de marinos audaces, de gente soñadora—no ha podido olvidarlos definitivamente.

OJEADA AL MUNDO DE LA DANZA

Si la poesía y la música son la más alta expresión del espíritu de los pueblos, sin lugar a dudas la danza no lo ha sido en menor grado, ya como la exaltación de un sentimiento religioso o la representación viva de algo.

Es preciso echar una ojeada retrospectiva para darse cuenta de ello cabalmente. Los no civilizados tienen sus *bailes imitativos*, en los cuales tratan de remedar los movimientos de algunos animales de su fauna. Se arrastran, saltan, se llenan de contorsiones, ataviados de plumas o de grotescas colas, hechas con hierbas trenzadas. Pero en todo ello, si no deja de haber un lastre de voluptuosidad, se conserva intacto el sentido religioso.

Tampoco se escapan en esos movimientos el deseo de imitar las faenas cotidianas: la acción de echar la simiente sobre los surcos, el incendio de las malezas para despejar la tierra y prepararla para el grano. La guerra misma está representada en esas danzas en figuras, mímicas o gestos agresivos, especie de simulacros de combate contra un enemigo invisible.

La Biblia nos habla de la profetisa María —hermana de Aarón—, quien, después de pasar el mar Rojo, celebró este acontecimiento con una danza.

Sin embargo, pese al origen religioso del baile, la mímica erótica no pasó inadvertida. Tanto es así, que las bailarinas de Flora escandalizaron al propio Catón, lo que no impidió que continuaran las titiriteras y las bailarinas impúdicas, el vino más embriagador de los festines.

Ello prueba que el amor, desde las más lejanas épocas, ha ocupado un lugar de preferencia en todas las manifestaciones de lo bello.

LOS BAILES EN AMERICA

En la época prehispánica, los indios de América tenían sus bailes profanos y religiosos. Aquéllos, para exteriorizar su alegría, su pasión, su entusiasmo; éstos, para agradar a los espíritus y solicitarles salud, lluvia y buenas cosechas.

Con la dominación española, y formada ya la sociedad de cada uno de los pueblos del Nuevo Mundo, de la unión de la raza indígena—negra en menor grado—y la de los conquistadores, éstos introdujeron sus costumbres y, como es natural, hasta sus propios bailes.

EN CHILE

Desde el virreinato del Perú nos llegaban modas de toda índole. Así, del arte coreográfico recibimos el «paspié», el «rigodón», el «minuet», el «vals», las «cuadrillas», etc., etcétera, que pasaron a ser los bailes aristocráticos en los salones de la época colonial, alcanzando su madurez a mediados de 1800.

Había otros bailes llamados de «chicoteo», esto es, menos serios, picarescos, de pareja suelta: la «zamba» y el «abuelito», que florecieron en 1812 y 1813; el «fandango» y el «bolero», de raigambre colonial; la «cachucha», que fué introducida por los oficiales del batallón de los Talaveras; la «gavota», baile francés; el «huachambé», el «ziquimiriquí», la «cachupina», la «solita», la «jurga», etc., muchos de los cuales se conservan en el folklore de Chiloé o los han visto bailar en algún villorrio de Linares. En 1817, el ejército de San Martín introdujo en Chile el «cielito», el «pericón», la «sajuriana», el «cuando», etc., sin duda de extracción europea.

La «sajuriana» era una especie de «zamacueca» zapateada y escobillada. En algunas chinganas de Chile la recuerdan:

... Mariquita Sajuriana,
hija del gobernador;
mi padre murió venciendo
por los campos del honor...

Estribillo:

Allá va esa bala
como piedra lisa;
los hombres tunantes
no tienen camisa.

Como se ve, igual que la «zamacueca», estos bailes, en su mayoría, eran un requiebro, una declaración de amor, un galanteo fino, más suave, más tímido que el de aquélla, pero no por eso menos expresivo. La única forma de decir lo que las rigurosas reglas morales de aquel tiempo obligaban callar a la mujer.

Las damas, en esos bailes, dejaban asomase miedosamente el «justán», lleno de finos miriñaques y blondas; las medias, de seda blanca y calada, mientras los pies, ágiles, menudos, calzados en fina cabritilla, bordada en seda y oro, describían romances de pasión frente a los apuestos mozos, que aguardaban su turno para expresar en sentidas estrofas su requiebro o para inquirir anhelosamente, con voz apasionada y trémula, al término de la danza, alzando sus derechas enlazadas: «¿Cuándo, cuándo, mi vida, cuándo...?»

Tampoco el pobre de la fonda vecina, junto a su humilde compañera, se sustraía a este regocijo. Ahí estaba, al son del arpa y la guitarra, «escobillando» su deseo con sus ojotas y su manta o su traje de tocuyo y su chupalla.

TODO PASA

Pero todo eso, que tenía rumor de sedas, tintes de romance en los salones elegantes o frescor de agua, olor a toronjil, color de campo en las fondas, ha ido extinguiéndose como a un son de queda eterno. Sólo la

«cueca»—como ya se ha dicho—ha saltado las vallas del tiempo y se ha incrustado como algo definitivo en el corazón del pueblo chileno, que la revive en cada fiesta íntima, en cada aniversario patrio. Aun no han logrado los bailes modernos soterrarla, acaso porque es el alma misma del roto. Se conserva como una medalla noble, que se exhuma en los fragorosos días de septiembre; en las juergas domingueras de los barrios humildes, saturados a vino y tragedia; en las trillas y rodeos, en las vendimias mismas, fiestas en que se celebra la abundancia, la alegría de ver maduro el trigo, llenos los surcos, prietos los racimos de las vides, multiplicadas las reses. Es una oración pagana al amor y al poder fecundante del sol y de los ríos.

SU ORIGEN

¿Cuál es el origen de la «cueca»? Eso no ha podido precisarse nunca. Vicuña Mackenna cree que la palabra originaria habría sido «zambaclueca», de raigambre africana. «Zamba», baile; «clueca», el período en que la gallina se dispone a empollar.

Más de alguna voz autorizada ha dicho que la «cueca» —por su semejanza con otras danzas picarescas españolas— fué traída de la Península por los conquistadores, luego de haberse difundido por Europa. Llegó al virreinato del Perú allá por 1824, desde donde pasó a Chile. En 1825 hacía furor en los elegantes salones de la aristocracia santiaguina, para luego conquistarse el corazón del pueblo de norte a sur de la República. Desde entonces comienza a evolucionar, a sufrir mutaciones de forma o externación, pero sin perder los caracteres principales de su coreografía. Así empieza a plasmarse, a cobrar nueva vida este baile nacional, que ha de durar hasta hoy, ya que ha sido forjado por el fervor del pueblo chileno. No es ya la «zamacueca», sino simplemente la «cueca», como quiere llamarla el roto, tal vez para explicar, en la brevedad del término, que ha podado en ella todo lo que le pareció incongruente con su espíritu, en ese maridaje entre lo exótico y lo autóctono.

Ya chilenizada, pasa a Mendoza. Rumbea hacia Bolivia, y, como si sintiera la nostalgia de algo que está tan cerca, retorna al Perú, donde se la ve ataviada con la gracia del huaso, la picardía del roto y la pasión del marinero. Reconociendo su transformación, allí se la llama «cueca chilena»; pronto, simplemente, «chilena»; por fin, despectivamente, «marinera».

Muchos han seguido las opiniones que a este respecto vierte Vicuña Mackenna, quien, como ya se dijo, cree que nuestro baile nacional ha sido introducido en Chile por los negros de la Guinea. Otros agregan, además, que fué Quillota—la tierra de las flores, de las frutas exquisitas y del rumoroso Aconcagua—la cuna de este baile. ¿Quién podría afirmarlo? Cierto que el negro—sembrador inagotable de su pasión coreográfica en el mundo—ha tenido el privilegio—como un olvido a sus cadenas—de bailarle a la libertad y al amor, al júbilo de los humanos, que nunca ha podido experimentar con creces.

Y la «cueca» resume todo eso que hace valedera la vida y grande al hombre.

SENTIDO DE LA «CUECA»

En la «cueca», la mujer siempre es asediada por el hombre, aunque a veces parezca que es ella quien toma la iniciativa. El galán, entre giro y giro, la corteja con el lenguaje de sus pies, del pañuelo, de sus manos. Le hace «la rueda»—como se dice en el campo—a semejanza del gallo con la gallina. Por eso ha dicho con tanta exactitud Joaquín Edwards Bello: «Es un baile de historia o alegoría, de conquista o de sumisión. En otros bailes, la mujer puede hacer, a veces, el papel de hombre; en la "cueca", nunca. Los sexos en la "cueca" quedan bárbaramente definidos.»



ESPEJO DEL ESPIRITU

Aunque sus giros, vueltas y compases conservan su estructuración primitiva, no es un baile que se someta rigurosamente a esta medida: varía notoriamente en el donaire, en la desenvoltura, en la audacia que cada cual quiere imprimirle. Quien la baila, le agrega algo de sí mismo y la renueva.

El huaso, por ejemplo, tiene su propia expresión, como la tiene el roto, el «pije», el marinero y el buceador de metales de la región norteña.

Esto hizo exclamar al sabio polaco don Ignacio Domeyko, que fué uno de los grandes admiradores de la «cueca»: «Después de haber visto bailar la "cueca", los bailes extranjeros se encuentran insípidos y prosaicos.»

No es desorbitado el juicio de Domeyko. Ni siquiera el de don Diego Portales: «No cambiaría una "cueca" por la Presidencia.» Porque este baile es picardía, que se desborda en sus figuras y en su letra. El gesto malicioso. Es todo una pasión sin fronteras. Nuevos tiempos, nuevas formas de expresión, que van desligándose de su marco tradicional y rígido. Hasta su zapateo, sus «huifas» y «tamboreo» tienen ahora algo más viril, más directo, que en la de esa otra «cueca» galana de las cuadras.

La «cueca» ha sido transformada por la audacia, hija de la época, propia del chileno. Otra cosa no podía sucederle a un baile tan personal, que cobra nueva vida a medida que el vino incendia las venas. Yo creo que es la única danza que no puede bailarse sin tener un motivo de pasión, exacerbado por el zumo delicioso de la uva.

Los compositores nacionales no han olvidado la «cueca». Por el contrario, han sabido adaptar la música y letra a los temas relativos al pueblo, a los asuntos del campo y de la mina, a los menesteres caseros, a los oficios simples, al roto especialmente, al roto fatalista, mugriento y atrevido, que ronda por las cantinas y es el intruso y el gracioso de siempre.

En las ramadas de los Dieciochos de Septiembre, los humildes, que son los más apegados a la tradición, acuden a esos lugares, donde crepita el bullicio y la alegría entre banderas, guitarras y pintadas mantas, que no son sino otras banderas que cantan la laboriosidad de los hombres del campo.

Ahí, el huaso, con su ramita de albahaca sobre la oreja, del brazo de su «china»—flor silvestre, hija del pueblo, con todo el maíz maduro en su sonrisa y todos los claveles en sus mejillas—, se pasea, en espera de que el canto empiece. Pronto suenan las guitarras, reboza el vino y el ponche en los «potrillos». Es preciso ver en ese zapateo de punta y taco, con tintineo de espuelas, cómo el galán se empeña en deslumbrar a su moza, que le mira, le sonríe y le esquiva, mientras un vaho de trébol pisoteado sube hacia el corazón como un incienso.

ARMERIAS HISPANOAMERICANAS

LA NOBLEZA QUE OBLIGA Y QUE SIGUE DANDO NORMA A LAS ESTIRPES DE AMERICA

Por DALMIRO DE LA VALGOMA y DIAZ-VARELA

Bajo un bosque de emplumados yelmos, inefables paisajes heráldicos, proyectados hoy en nuestra Revista, que así orea sus páginas del más noble aire que pueda siempre llegarle; un aire antiguo y señoril, el mismo aire que unge de castellanía la frente común de Hispanoamérica para infundir solemnemente en ella hidalgas consignas eternas, identificando al Linaje por los siglos de los siglos.

Son muy añosos blasones, timbrados de nobilícas coronas o de cascos altivos, perfilados hogaño sobre remotas geografías ultramarinas, en plástico trasunto del apellido español; la conciencia de estirpe, creyente y viril, habladora ahí con el verbo sin voz de esos «roeles» y esos «castillos», que cuartelan las armas de que se dice, al señorear por doquier—Chile y México, Costa Rica, Cuba y el Ecuador...—con la nunca rota armonía de su interno latido, hecho de antiguas sangres unánimes.

Pueden ser, una vez, las empresas de los Quirós, de Costa Rica; del capitán astur don José de Quirós, allá en el XVII, cuya esposa, doña Rosa María de Chaves y de Solís—buen concierto de nombre y condición, la infanzona—, había de proseguirle allá el altanero linaje, que se blasona de sabidísimo escudo de plata, dos llaves de azur en sotuer, acompañadas de cuatro rosas de gules, sumadas de tres lises de azur en faja, sostenidas de otra; la bordura, de gules, cargada de ocho aspas de oro.

O las de Vázquez de Velasco—«Vasquez de Velasco» ya—, familia palentina, a la que pertenecía el oidor de Su Católica Majestad Felipe IV, y presidente de Guatemala, don Pedro Vázquez de Velasco Esparza, capitán general de Lima y presidente de su Real Audiencia. Hábitos de Santiago, títulos del Reino—como el condado de San Antonio de Vista Alegre—y otras prestancias, confiriendo mayores realces al antañón linaje, que de nuevo exalta su vástago último, Rosa-María Granda Vázquez de Velasco, en virtud de recentísima rehabilitación a su favor del marquesado de Torre-Bermeja, creación de Don Felipe V, de 2 de octubre de 1727, con el vizcondado previo de la Imperial. Los recobrados florones, cabalmente lucidos ahora, pues, sobre el dintel de un hogar henchido de españolas nostalgias, también esencia de cuantos estudios genealógicos cultiva el consorte, Fernando de Trazegnies. Y su blasón, cortado: 1.º, de azur, castillo de plata, saliente de su homenaje un brazo que tiene en la mano una llave de oro, acompañado de un sol del mismo metal y de un creciente de plata, y 2.º, jaquelado de oro y veros en nueve jaqueles.

También el ducal escudo de los Castroterreño, en México. Familia unida a la de los condes de Ezpeleta de Veire, asimismo de la grandeza de España, con capitanes generales, visorreyes y albas cruces de San Juan de Jerusalén. Doña María de la Purificación-Joaquina de Ezpeleta y Alvarez de Toledo, poseedora de ambas dignidades, del marquesado de Montehermoso y del condado de Tribiana, unida al prócer historiador mexicano don Ignacio-Gerónimo López de Peralta de Villar Villaamil, y en cuyos hijos—Blanca, Fernando y Joaquín de Villar Villaamil de Ezpeleta—siguen títulos tales asegurando su castellana historia. El ducado, timbrándose de escudo de azur y tres palos de oro, cargado cada uno de vergueta de gules y brochante, sobre el todo una estrella de plata de ocho puntas, armas de don Melchor Antonio de Guadalfajara, primer conde de Castroterreño por real acuerdo del Monarca Carlos III de Borbón.

Y los Borja, del Ecuador, que prosiguen ahí la descendencia del duque de Gandía y marqués de Lombay, el celeste Francisco de Borja, estudiada en alguna obra por el académico ecuatoriano don Cristóbal de Gangotena y Jijón, fallecido ahora mismo, cuando bocetaba su viaje a España, para morir en ella, dejando así con tal designio—que Dios quiso fallido—trémulamente dicho su fervor hacia la patria originaria. El famoso blasón de los Borja, de oro, buey pasante de gules, terrazado de sinople; la bordura, de gules, cargada de ocho aspas de oro, cuartelado en el diseño que ilustra esta nota, con las armas de los Larráspuru, los Paz y los Duque de Estrada, en recuerdo de otras alianzas condignas.

A su vera, en la página de MVNDO HISPÁNICO, los Casa Flórez. Primer conde aquel virrey de Buenos Aires, don José Flórez Pereira, gentilhombre de cámara de Su Majestad y su embajador en las Cortes de Amberes y de Lisboa. Vástago del virrey del Perú y de Nueva España, don Manuel Antonio Flórez, caballero de Calatrava, que le dió herencia del blasón: de azur, tres lises de oro, bordura de gules cargada de ocho cruces de San Andrés, timbrado después, por merced del Señor Rey Don Carlos IV, con la corona de las dieciocho perlas: el condado de Casa Flórez, que tal Soberano le otorgara.

Y el escudo de plata, trece roeles de azur, que blasona a los Cangas—o López de Cangas—asturgalaicos, de quienes venía el coronel don Mateo López de Cangas, gobernador de Santiago de Cuba, en cuya descendencia, difundida por el otro continente, está el comisario ordenador don Vicente Manuel de Palacios, nacido en México; su nobiliaria cruz de la Orden de Carlos III, otro «acto positivo» más para el hidalgo linaje del abuelo aquel López de Cangas.

En Chile, la grata rotundidad de dos linajes vascos. De aquella Vasconia que infundiera en el alma chilena finas categorías, aguda y bellamente estudiadas por Jaime Eyzaguirre. La raza de este mismo pensador, que viene de Pedro de Eyzaguirre, señor de Eyzaguirre, en la anteiglesia de Jemein, merindad de Marquina, y su heráldica, el escudo de oro y árbol (abeto) de sinople, a su pie jabalí hembra, amamantando dos cachorros, en clara simbología—como bien conjetura su último usuario — de «la erección del linaje en lugar agreste y lejano», que había de dejar en Chile, por la gracia de Dios, una definitiva impronta de señoríos, servicio y altivez.

Análogamente a los Allendesalazar, tendiendo su cadena de hidalgas generaciones a través del mar, desde aquel Fortún de Salazar, primer señor de la torre solar de Salazar de Allende, en Irazagorría, al actual mayor de Caballería del Ejército chileno, Jorge de Allendesalazar Arrau, fundador y director del Círculo de Estudios Hispánicos y del Instituto Hispanochileno de Cultura, cuyos cargos pregonan su amor al solar originario, bien expresado en ofrenda de algún libro suyo a sus progenitores, «quienes consagraron en mí espíritu, y por siempre, inalterable devoción a la España señera y gloriosa». Blasón de esta estirpe, con cien cantores, de gules, las trece estrellas de oro, puestas en pal, y en su cantón diestro un creciente de plata y una cabeza de moro del mismo metal en el cantón siniestro.

Y los Caamaño, genuina raza de Galicia, trasplantado al Ecuador su heráldico pino de sinople, grietado de oro, acompañado de diez lanzas de plata, los hierros de oro, que en campo de gules recuerdan la linajuda condición de aquel don Jacinto Caamaño, caballero calatravo y marino de la Sacra Majestad, alcayde de Guayaquil, en quien se inicia la rama de esta alusión al enlazar aquí con doña Francisca de Arteta, también nacida en Guayaquil, como su padre, el caballero de la Orden de Alcántara don Pedro-José de Arteta, de cuya progenie colonial tanto conoce — y dice — el genealogista ecuatoriano Robles y Chambers.

Linajes, cuando menos, asistidos de una inicial hidalguía, muchos prestigiosos de más altas alcurnias, vencedores todos del tiempo y con la brújula íntima—cada estirpe consciente y ufana de su oriundez—señalando, sin fraude posible, hacia el «norte» de los orígenes. Y esas venerables piedras, esas polícromas vitelas antiguas—imposibles para otro comercio que el del espíritu—, levantando imaginativamente una inconmovible arquitectura, bajo los cielos de ultramar, para cobijarnos la descendencia del tronco español.

A veces es aún más: la materialidad misma de la propia piedra heráldica, superviviente de un noble solar en ruinas—Vascongadas o Santander—, desplazada al otro continente para timbrar de nuevo, con la rotundidad inefable de sus cansados cuarteles, algún hogar heredero de aquél, como el del ilustre Alfonso Bulnes, tan querido de nosotros, embajador actual de Chile, su país, en el Perú.

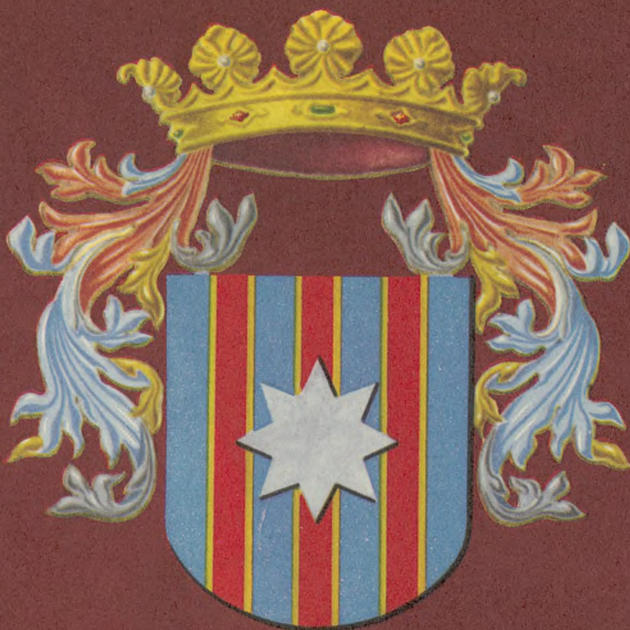
Bajo los editoriales auspicios del Instituto de Cultura Hispánica aparece ahora un buen libro, *Dignidades nobiliarias cubanas*, del relevante investigador antillano Rafael Nieto Cortadellas. Hasta doscientos cincuenta títulos, estudiados en estas páginas, siguiéndole la vicisitud a los mismos. Conferidos algunos a personalidades de la propia Cuba, engarzadas a su Independencia, como los marqueses de la Gratitud y de Santa Lucía; a su vera, otros, cual el primer conde de Cheste—«figura noble y simpática», escribe el autor—, conviviendo apaciblemente para la conjunta historia, cada uno con su perfil y significación, pero con idéntico engaste, genuinamente nuestro.

Dejando su lección de hispanidad. Inmarcesible palabra, de cuño nuevo y sentido antiguo, cuya vigencia aseguran para los siglos que Dios aun depare al universo mundo, los usuarios todos de estos entrañables blasones, que son algo más, mucho más, que mera exuberancia ornamental, porque esconden en la decidida cruz de su cuartelaje insigne clave de señoríos, definidores exactos de colectiva conducta y actitud.

«Hora es ya de desechar, como un infundio más, la interesada y torcida especie de haber sido los españoles que consumaron la tarea de incorporar al Nuevo Mundo a la cultura europea individuos de ruin estofa», sienta el muy erudito historiador y diplomático peruano Lohmann Villena. Una enorme leva de hijosdalgo salida de la metrópoli hacia Indias, para dejar en ellas la continuidad de *(Pasa a la pág. 60.)*



VAZQUEZ DE VELASCO (Perú).



CASTROTERREÑO (México).



QUIROS (Costa Rica).



CASA FLOREZ (México).



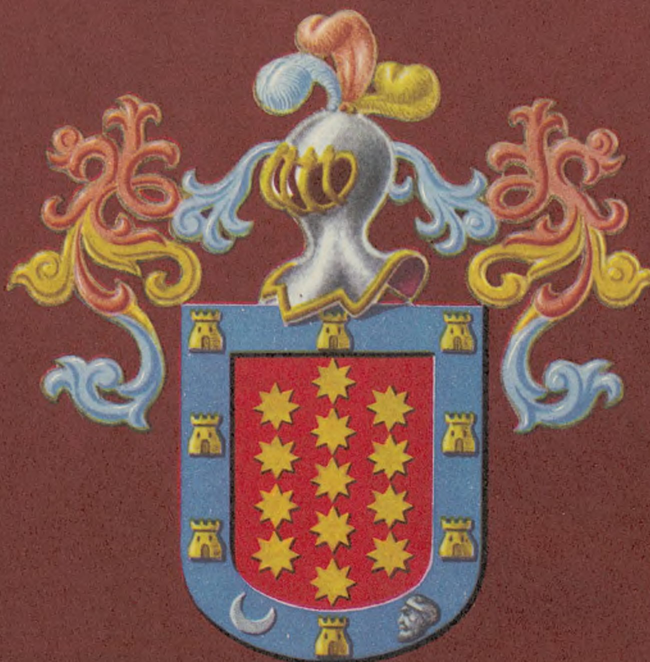
CAAMAÑO (Ecuador).



BORJA Y ALIANZAS (Ecuador).



CANGAS.



ALLENDE-SALAZAR (Chile).



EYZAGUIRRE (Chile).



VALENCIA

PROYECTAR para el año 2000 no es nada descabellado en un país habituado a la elaboración de catedrales con una lentitud de siglos. Valencia, la Valencia que los cónsules de la Roma imperial fundaron para los hombres que hoy somos—y que hace menos de un siglo tenía 100.000 habitantes y hoy cerca de 700.000—, se realiza en sí misma para los hombres que serán mañana. Cuando el siglo XXI comience, más de 12 veces 100.000 habitantes poblarán la soleada ciudad mediterránea. Y para esta urbe del futuro, la ciudad del presente allana los obstáculos. Una canalización racional del Turia, unida a un sistema de puentes, hará posible su crecimiento sin la arbitrariedad a que ahora se ve forzada. Un crecimiento que a toda costa eludirá la huerta, pulmón básico de la ciudad, incorporando sabiamente los poblados satélites a su centro matriz. El ferrocarril era la otra mitad del dogal que con el Turia impedía su extensión normal, y en este proyecto de Valencia futura, el ferrocarril quedará también domado a las nuevas circunstancias urbanísticas.

VALENCIA, HACIA EL AÑO 2000

Ruptura del dogal ferroviario.—Doscientos mil habitantes más en los últimos quince años.—El Grao y Manises, vitalidad valenciana.—Creación y habilidad en la artesanía.—El tesoro del agua.—Porvenir universitario.—¿Quién trazará la Valencia del año 2000?

Por JOSE OMBUENA

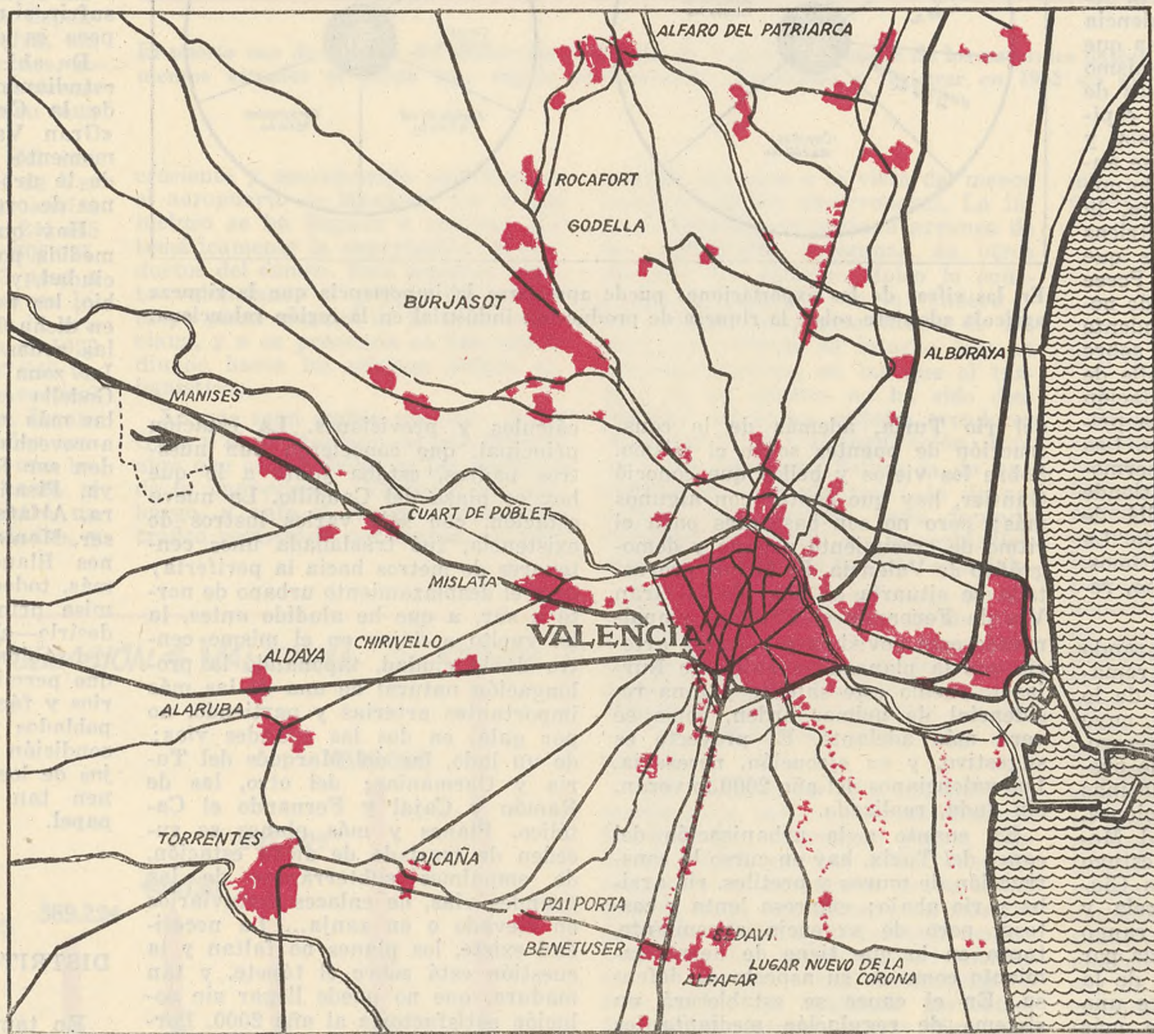
El día 20 de febrero del año 1865 comenzó la demolición de las viejas murallas. Valencia era entonces, como ahora, una ciudad limitada al norte, al sur, al este y al oeste por la huerta. Campos más amorosamente cultivados y tierras más feraces casi no las hay en toda la redondez del universo mundo. También es proverbial la densidad de su población. Cuando éramos niños se nos enseñaba que sólo en las riberas del Ganges se aglomera tanta gente en tan breve espacio. Valencia nace del feliz connubio del río y la huerta. Aquél se desangra por innumerables acequias para que ésta viva, y cuando ciñe los flancos de la urbe es ya tan sólo un cauce seco y anchuroso. La huerta es arca y despensa de la ciudad. Teófilo Gautier pasó por Valencia allá en los años de la efervescencia romántica, y escribió: «Valencia está situada en una llanura llamada la huerta, en medio de jardines y de plantaciones, donde el riego perpetuo mantiene una frescura muy rara en España. El clima es tan suave, que las palmeras y los naranjos se dan al aire libre, junto a las producciones del Norte. El Guadalaviar, atravesado por cinco hermosos puentes y orillado por un soberbio paseo, pasa muy cerca de la ciudad, casi al pie de las murallas. Las numerosas sangrías que se practican en su caudal para el riego hacen que sus puentes sean las tres cuartas partes del año un objeto de lujo y adorno.»

La huerta y el río son los padres de la ciudad. El mar es su aventura, una aventura no sin cierto aire furtivo, pues queda un poco a trasmano, y los valencianos no suelen buscarlo de frente. Resta un último rasgo en este perfil inicial de mi ciudad: el lago y la ciénaga, esto es, la célebre Albufera valenciana.

Cuando Sagunto cultivaba altiveces indomables y alianzas con Roma, aquí todo debía de ser aún delta del Turia y barrizal inhabitable, por el que merodeaban los indígenas de la primitiva Tyris. Pero muerto Sagunto, Valencia nace. Es un cónsul romano quien la funda y entrega tierras en derredor de ella a los ex combatientes de Viriato. El trueque de la lanza por el arado no debió de resultar fácil para aquellos primeros habitantes de la *Valentia Edetanorvm*, pero les reportó una lección que aun los mismos valencianos de hoy no han olvidado: la de drenar y canalizar. Los actuales cultivadores de arroz, que luchan en el cieno y contra el cieno; los actuales huertanos, que abren canales y acequias tierras adentro, son sucesores directos de aquellos primeros edetanos.

Pero volvamos a nuestro tema. Como iba diciendo, el año 1865 comenzó la demolición de las murallas. Fué el primer paso decisivo en la transformación de la ciudad medieval, que había persistido hasta aquella fecha; una ciudad de raíces agrarias, con sus encantos y sus defectos. El mismo Gautier había escrito: «Es una gran ciudad, llana, diseminada, confusa en su trazado, y sin las ventajas que da a las viejas ciudades edificadas en terrenos quebrados el desorden de su construcción.» Victor Hugo la veía erizada de campanarios: «Valence a les clochers de ses trois cents églises.» Mas no fiemos demasiado de los testimonios románticos, siempre un poco vencidos a la hipérbole. Con paciencia y minuciosidad dieciochesca, un esclarecido patricio valenciano, el padre Tosca, perpetuó la fisonomía de la Valencia de su tiempo en un plano primoroso y fidelísimo. Sus protagonistas seguían siendo los mismos: la urbe, resquebrajada por un dédalo intrincadísimo de callejas y ceñida por el medio abrazo de su río, casi seco, y por el cabal asedio de sus huertas. A la ciudad se la advertía populosa; a la huerta se la adivinaba fertilísima; al mar, aunque tan inmediato, no se le veía, ni casi se le presentía.

Era necesaria esta digresión retrospectiva porque fija los supuestos sobre los que va a establecerse el urbanismo valenciano de la segunda mitad del presente siglo.



Pueblos satélites y zonas residenciales que formarán parte del complejo de la futura Gran Valencia.

A MURALLA MUERTA, MURALLA PUESTA

Si alguien pensó que, abatidas las murallas, la expansión urbana de Valencia no iba a hallar obstáculos, se equivocaba de medio a medio. Quedaba el río. Quedaba la huerta. Por donde el río cruzaba, el ensanche fué frenado, ya que no impedido. La ciudad entonces se desparramó en dirección opuesta, hacia las huertas. Sobre los campos, presididos por barracas y alquerías, abriéronse calles,

alzáronse edificios, se dilató un ensanche impetuoso, que, en menos de un siglo, ha construído una Valencia nueva, mayor y más poblada que la antigua. La primera ronda, que sigue exactamente el curso trazado por las murallas derruídas, es hoy, casi íntegramente, centro de la ciudad. Y hasta los antiguos extramuros. Simultáneamente, la ciudad creció hacia el interior, se ensanchó, se acomodó, se urbanizó. Hace un siglo, año arriba, año abajo, se encrespaban los comentarios, propicios o adversos, en torno al proyectado derribo del barrio de Pescadores. Tengo ante mi vista un periodiquín satírico de la época, redactado en lengua valenciana, que lo califica de cuento de las *Mil y una noches*. El cronista, poco ganado por el ímpetu reformador del siglo XIX, propone, en cambio, otro proyecto. Escuchémosle: «Hay en Valencia—traduzco del valenciano—, en la misma salida de la estación, y en el mismo muro, es decir, frente al barrio de Pescadores, un viejísimo convento llamado de San Francisco, que va desde la puerta de la mencionada estación hasta la plaza del mismo nombre. El terreno que ocupa es grandísimo. Este convento sirve de cuartel. Pues bien, ¿no sería mucho más acertado que este convento fuese derruído, edificando en su lugar dos o tres calles de casas, que, además de buen aspecto, servirían de ejemplo y hermosura para la ciudad?»

Se derribó el barrio de Pescadores y se demolió el convento. El solar de éste es hoy la plaza del Caudillo. El solar de aquella infecta zona urbana se trocó en las manzanas situadas frente a la Casa de la Ciudad. Valencia entonces rebasaba escasamente los cien mil habitantes. Hoy anda por los seiscientos **mil.**

La etapa de las reformas urbanas y de la expansión de la ciudad había quedado abierta. Pero importa señalar que la vitalidad de Valencia iba—tanta es—mucho más aprisa que los planes incipientes del urbanismo local. Crecía y crecía a impulsos de la prosperidad económica y el espíritu emprendedor de su burguesía, y sería demasiado pedir que ésta se anticipase a su tiempo y previese lo que los demás no prevén. En efecto, la ciudad crece por capas concéntricas que se yuxtaponen, mucho más que por ramas que se extienden. Posee más vías de circunvalación que de penetración. Otro problema candente que los urbanistas tienen hoy sobre el tapete. La apertura de la calle de la Paz marca una fecha. La iniciación de las grandes vías también. La primera es una vía de penetración. Las segundas, de circunvalación: hermoso anillo de arboledas, que se tiende en torno a la ciudad más allá de lo que fué su recinto amurallado. La anexión de los poblados marítimos, nacidos junto al puerto del Grao, redondean la tarea.

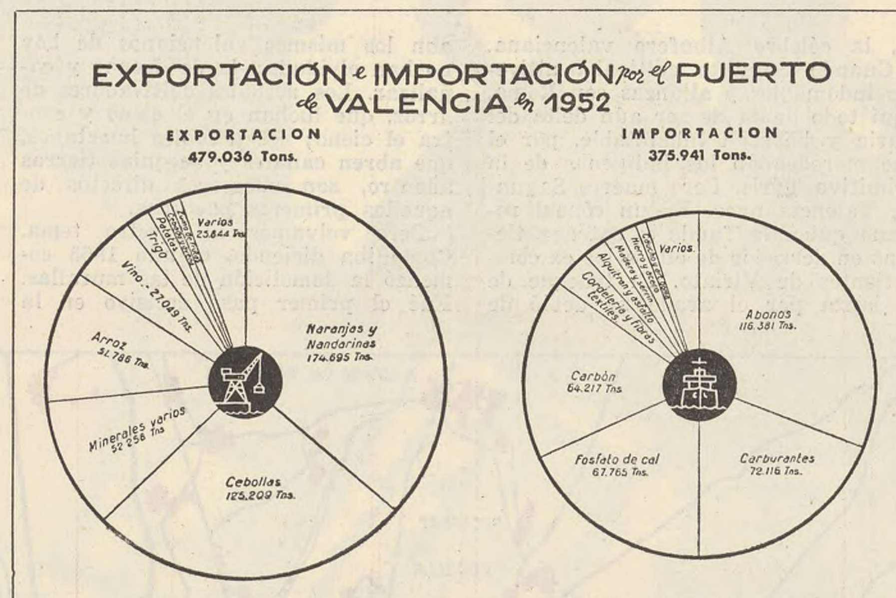
Lentamente se ha ido desplazando el centro de la ciudad. El foro romano estuvo en las proximidades de lo que hoy es templo catedralicio, cuyo subsuelo guarda un secreto tesoro, alumbrado de tarde en tarde, de preciosos mosaicos con mitologías latinas y lápidas con severas inscripciones. También aquél es, en la Edad Media, el centro de la urbe. Allí estuvo la Generalidad y la Casa de la Ciudad. El ascenso de la burguesía y las clases populares confieren rango a la plaza del Mercado, presidida por las nobilísimas piedras góticas de la Lonja; pero el siglo XIX conoce una dinámica urbana infinitamente más viva. Cuando Armando Palacio Valdés escribe *La alegría del capitán Ribot*, las calles burguesas y mercantiles son las de Zaragoza y del Mar. No mucho después pasan a serlo, sucesivamente, las de la Paz. San Vicente, Bajada de San Francisco, plaza de Castelar—hoy del Caudillo—, calle de Ruzafa... El centro de la ciudad se desplaza de norte a sur porque la ciudad crece de norte a sur. Explicación: la presencia de la muralla, invisible pero efectiva, del río, que frena su avance hacia el norte. Muchos de los problemas urbanos que ahora están en vísperas o vías de solución fueron determinados por ese crecimiento unilateral de la urbe.

Valencia no se aventura a tener su *rive gauche*. Pero es que el Turia, río seco, caudal nutricio de la ciudad, es poco menos que sagrado, y su cauce—mucho cauce para tan menguado caudal—ha sido necesario hasta ahora para abrir camino a las escasas pero no por eso menos temibles avenidas periódicas.

EL TURIA, PROBLEMA

Hojeando los principales proyectos que Valencia puede, quiere y se dispone a ver realizados de aquí al año 2000, salta el primero: la urbanización, canalización y regulación del río Turia, además de la construcción de puentes sobre el mismo. Sobre los viejos y bellos que conoció Gautier, hay que contar con algunos más; pero no son bastantes para el ritmo de crecimiento urbano y demográfico de Valencia. El último proyectado se situaría al final de la Gran Vía de Fernando el Católico, empalmando esta novísima y hermosa arteria con la planeada avenida de Burjasot, pueblo este satélite y zona residencial de primer orden, como se verá más adelante. El proyecto es sugestivo, y su ejecución, necesaria. Los valencianos del año 2000 lo verán, sin duda, realizado.

En cuanto a la urbanización del cauce del Turia, hay en curso la construcción de muros y pretiles, río arriba y río abajo; empresa lenta y costosa, pero de urgencia apremiante, tanto en lo que tiene de hermoseamiento como en su aspecto de defensa. En el cauce se establecerá un sistema de regulación mediante los oportunos canales, y se creará un tipo de parque inundable para los casos de crecida. El proyecto, que supone también una ligera desviación del río cerca de su desembocadura, ha sido ya elaborado por la Confederación Hidrográfica.



En las cifras de las exportaciones puede apreciarse la importancia que la riqueza agrícola adquiere sobre la riqueza de producción industrial en la región valenciana.

Porque los otros proyectos, más ambiciosos, tales como el alejamiento del río por terrenos más distantes de la ciudad, o el de cubrirlo a su paso por ella, parecen hoy un sueño de arbitristas muy poco aconsejable. ¿Pensarán lo mismo los valencianos del año 2000?

EL FERROCARRIL, SEGUNDA MURALLA

Volvamos al punto de partida. El año 1865 comenzó la demolición de las murallas valencianas; pero, una vez abatidas éstas, la ciudad siguió cercada por el medio abrazo que le tiende el río. Ya hemos visto que no faltan inmediatos proyectos para romper este asedio, pero, aun así, quedaría en pie una segunda muralla: la de los ferrocarriles. No uno, sino varios planes hay ahora mismo en estudio para romper el dogal ferroviario que cerca a la ciudad, yugula sus vías de acceso y cierra toda posibilidad de expansión. La ciudad ha crecido muy por encima de todos los cálculos y previsiones. La estación principal, que conocieron aún nuestros padres, estaba junto a lo que hoy es plaza del Caudillo. La nueva estación, con sólo varios lustros de existencia, fué trasladada unos centenares de metros hacia la periferia; pero el desplazamiento urbano de norte a sur, a que he aludido antes, la ha vuelto a dejar en el mismo centro de la ciudad, taponando la prolongación natural de una de las más importantes arterias y partiendo, no por gala, en dos las grandes vías: de un lado, las del Marqués del Turia y Germanías; del otro, las de Ramón y Cajal y Fernando el Católico. Planes y más planes se suceden de traslado de dicha estación, de empalmes subterráneos de las grandes vías, de enlaces ferroviarios en elevado o en zanja... La necesidad existe, los planes no faltan y la cuestión está sobre el tapete, y tan madura, que no puede llegar sin solución satisfactoria al año 2000. Porque no se trata aquí tan sólo de la estación Valencia-Término, sino también de los centenares de pasos a nivel de las más diversas cataduras establecidos en pleno perímetro urbano y cruzados en las principales vías de expansión. El día que Valencia rompa el dogal ferroviario que la asfixia—y en ello se está—será tan memorable para ella como aquel otro en que fueron derruídas las murallas.

FINALMENTE, LA HUERTA

Mas no es eso todo. Paremos un instante nuestra atención sobre las premisas y los supuestos demográficos. Valencia contaba el año 1857 con poco más de cien mil habitantes. Al terminar el siglo, esa cifra había sido literalmente doblada. El año 1936 andaba ya arañando los cuatrocientos mil moradores. El brinco dado de entonces acá es fabuloso. El año 1950 la coge rondando los seiscientos millares. ¿Y el año 2000? Dicen los que se aplican a esos cálculos que, dado el ritmo previsible de crecimiento, y a la vista de los datos suministrados acerca de la natalidad, la mortalidad y la inmigración, Valencia ingresará en el siglo XXI con un millón doscientos mil habitantes.

Es decir, junto a la ciudad actual habrá surgido otra ciudad equivalente. Pero ¿dónde? Para el observador superficial puede que no haya obstáculos. Valencia no está encajonada entre ríos o entre montañas abruptas, sino en una vasta planicie. Su expansión, considerada desde este punto de vista, no presenta dificultades. Sin embargo, al llegar a este punto, aparece en escena un nuevo personaje—el economista—, rebosante de temores. Su tesis es clarísima: cada kilómetro cuadrado que gana la ciudad es un kilómetro cuadrado que pierde la huerta; son bocas que se abren; son despensas que se cierran. El traumatismo que la economía y el abastecimiento de la urbe pueden sufrir, si no del todo inquietante, tampoco es despreciable.

De ahí las previsiones que vienen estudiando los urbanistas al servicio de la Corporación Administrativa «Gran Valencia», encargada, en el momento, de canalizar el crecimiento de la urbe. De ahí también los planes de ordenación urbana.

Hay que salvar la huerta, en la medida posible, de la expansión de la ciudad, y hay que engrosar, en cambio, los poblados satélites englobados en dicha Gran Valencia y situados en las zonas de menor interés agrario. La zona residencial de Burjasot y Godella es, en el momento, una de las más recomendadas. Otros pueblos aprovechables para el mismo fin pueden ser Paterna, Catarroja, Alboraya, Picaña, Paiporta, Sedaví, Bétera, Alfafar y también quizá Benetúser, Manises, Cuart de Poblet, Tabernes Blanques, Aldaya y bastantes más, todos del cinturón urbano. Premisa principalísima es—no hay que decirlo—el establecimiento de una red rápida y suficiente de transportes, que permita los desplazamientos diarios y fáciles entre cada uno de esos poblados y el casco urbano. Sin esa condición previa, que está aún muy lejos de lograrse, todos los planes tienen tan sólo virtualidad sobre el papel.

DISTRITO MARITIMO

En tanto—muy mal si persiste la tela de araña ferroviaria, y muy bien si no persiste—se habrá terminado la total soldadura del núcleo primitivo de la ciudad con su Distrito Marítimo. Sea como fuere, eso habrá sucedido ya el año 2000. Actualmente, sólo una comunicación importante,

debilísimo cordón umbilical, enlaza a Valencia con su puerto: el antiguo camino del Grao, avenida de Luis Felipe García Sanchiz, que no pasa de ser una vía de denso tráfico, a medias urbana, a medias suburbana. Pero Valencia tiene ya varios brazos tendidos hacia sus barriadas marineras: el hermoso paseo al mar, yugulado por una vía ferroviaria; la proyectada pista de tráfico rápido hasta el puerto desde el puente del Angel Custodio; la avenida de Jacinto Benavente, que empalmaría con el camino de Nazaret, de no impedirlo un paso a nivel; la avenida de José Antonio, que muere a orillas del río, ante un puente exclusivamente ferroviario... Todas son vías llamadas a confluir en el Distrito Marítimo, vertebrando uno de los ensanches más racionales de la ciudad y centrando una zona demográficamente densa, con barriadas residenciales e industriales, pues de todo hay allí.

* * *

LOS DOS PUERTOS: EL GRAO Y MANISES

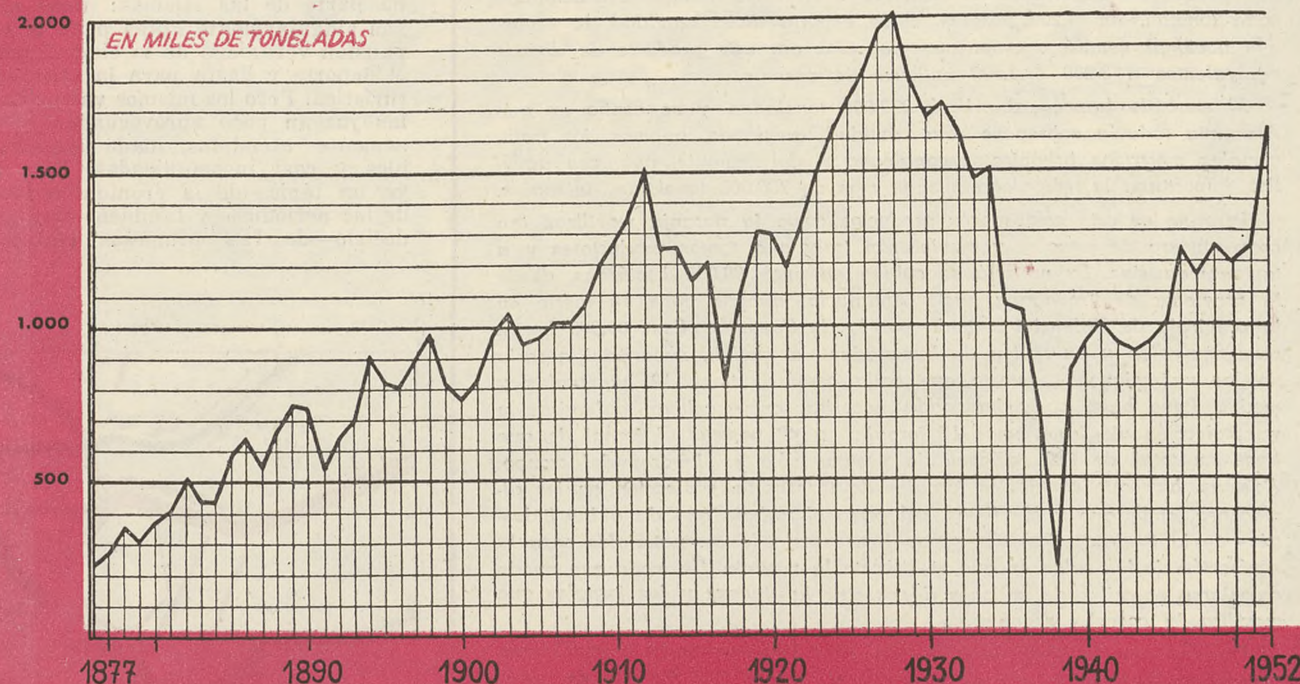
He mencionado el puerto. Es una de las claves de la vitalidad valenciana. Es un puerto enteramente artificial, ganado palmo a palmo al Mediterráneo merced a obras inteligentes y tenaces. Es un puerto también esencialmente exportador, pues por él afluye a Europa entera la riqueza agrícola valenciana. El primitivo embarcadero construído en el Grao ha ido proliferando en extensos muelles e instalaciones, que crecen sin cesar. Cada lustro, cada año, aumenta la superficie de atraque. Cada lustro, cada año, se amplía su calado. Cada lustro, cada año, se crean nuevas dependencias, se le dota de nuevo utillaje mecánico, se proyectan nuevas dependencias. El año 2000 dispondrá, sin duda, de muchas más: almacenes, silos, diques secos para reparaciones. Así está proyectado. También su zona franca.

El puerto nos da la cifra del desarrollo comercial e industrial de Valencia. Su movimiento de mercancías se cifraba, el año 1877, en 241.445 toneladas. En 1900 era ya de 807.025. Sigue ascendiendo, y en 1913 pasa a ser de 1.508.562. Después, tras un levísimo descenso, motivado por la primera guerra mundial, alcanza en 1929 su *record*, no superado: 2.007.869 toneladas. Sigue un descenso vertical con ocasión de nuestra guerra, durante la que padeció graves daños materiales, y el año 1939 inicia una recuperación, ininterrumpida hasta el momento. El año 1952 registró un movimiento de 1.610.759 toneladas, y ello cuando otros puertos de la región y de la provincia acusan una importante actividad.

Su tráfico en el año 1952 se desglosa así: exportación, 479.036 toneladas; importación, 375.941 toneladas. El capítulo más importante de aquélla lo constituye la naranja. El capítulo más voluminoso de ésta es el de los fertilizantes. Indicio fidelísimo de la índole esencialmente agraria de la economía valenciana.

Simultáneamente se registra una creciente y considerable actividad en el aeropuerto de Manises, por el que incluso se ha llegado a realizar sistemáticamente la exportación de productos del campo. Este segundo puerto valenciano—el puerto del aire—es ya pieza esencial de la vida valenciana, y a su presencia se han subordinado hasta los mismos planes urbanísticos.

Lo que sean ambos puertos—el del Grao y el de Manises—el año 2000 es algo que cae de lleno en los dominios de lo imprevisible. Valencia, sin embargo, y ante el ritmo creciente del tráfico registrado por ambos, no puede dejar de estudiar y gestionar las mejoras de ambos y su perfecto ensamblamiento en la vida local.



El puerto nos da la cifra del desarrollo comercial de Valencia. Después de los naturales descensos de las dos guerras, en los momentos actuales se inicia una rápida recuperación, llegándose a registrar en 1952 un movimiento de 1.610.759 toneladas.

OJEADA A LA INDUSTRIA

La economía valenciana es de raíz agrícola, pero es también, y cada vez más, industrial. Sin sobrevalorar realidades, ello está a la vista del menos perspicaz de los observadores. La industrialización valenciana arranca de las actividades artesanas de otros tiempos. Un ejemplo típico lo constituye la industria de la madera y del mueble, que, arrancando de los antiguos talleres, se integra hoy en grandes fábricas, en las que el trabajo de los obreros no ha sido desposeído aún de los reflejos creadores de la habilidad y la inspiración. Junto a esa industria florece la de una calificación más rigurosa: la de astilleros, por ejemplo, cuya fecunda actividad cristaliza en importantísimas aportaciones a la flota española.

Entre uno y otro extremo, sin olvidar la vecina presencia de los altos hornos de Sagunto, Valencia exhibe hoy la gradación más completa de una notable actividad fabril, en la que las industrias de base agrícola ocupan —y es natural—un lugar muy destacado.

Pero también en este capítulo las predicciones serían aventuradísimas. La industria valenciana pugna, desde su origen, con las dificultades dimanantes de la escasez de materias primas en su área geográfica más inmediata. Obstáculo insalvable no ha sido ése. La industriosidad—madre de la industria—que caracteriza a este pueblo ha realizado portentos. Lo que se aprecia, y esto rima con el temperamento valenciano, es que en la producción valenciana brillan siempre considerables vetas de ingenio artesano. Valencia ha realizado primores con la seda, la cerámica y el mueble, pero ha construído también petroleros, transbordadores y locomotoras. Se perfila también en ella una interesante industria química, susceptible de un vasto desarrollo. Produce no poco material eléctrico.

Esto que voy a decir es algo más que una corazonada; esto es una deducción de los rasgos esenciales del talento y laboriosidad de los valencianos: si algún día se nos dijese que en Valencia se produce un instrumental de precisión, o fotográfico, o de óptica, o de relojería de la mejor calidad, lo encontraríamos naturalísimo. ¡Y quién sabe si de aquí al año 2000!...

CRECIMIENTO de la POBLACIÓN de VALENCIA

1857	1900	1930	1936	1940	1949	1975	2000
106.435	213.150	320.195	389.224	450.756	602.821	875.000	1.200.000

Gráfico demostrativo del crecimiento demográfico de la población valenciana desde el año 1897, en el cual están incluídos los cálculos para los años 1975 y 2000.

AGUA

Mas volvamos a los problemas que suscita el crecimiento demográfico. Ya hemos considerado el daño irreparable que podría seguirse de una desordenada pugna entre la ciudad y su huerta. Cada edificio que se alza suele ser un campo fertilísimo que se pierde. Pero el conflicto reviste otro aspecto no menos atendible, y es el de que el campo y la ciudad no se disputan tan sólo el suelo sobre el que se asientan: se disputan también el agua de que se abastecen, los huertanos para el riego y los ciudadanos para su consumo y necesidades.

Y el agua en Valencia es un bien punto menos que sagrado: un tesoro inapreciable. Con agua abundante, esto es, ampliando las disponibilidades actuales del valioso líquido, pueden conseguirse estas dos cosas: extender las zonas de regadío tierras adentro, para convertir en huertas muchos secanos actuales y compensar de ese modo las mermas que los campos padecen por la expansión de la ciudad. También se logra asegurar un suministro suficiente a la voluminosa y creciente población.

Todo un vasto plan para construcción de pantanos y canales hay ya trazado, y está en marcha, apuntando a uno u otro fin. La realización de los pantanos de Contreras, Tous y

1.400.000 toneladas de naranjas

EN ESTA CIFRA SE CALCULA LA COSECHA ESPAÑOLA DE 1954

A 3.200 millones de pesetas en divisas ascenderá la exportación

En 1.400.000 toneladas se calcula la cosecha naranjera de este año, y, deduciendo de esta cantidad las naturales mermas debidas a accidentes climatológicos y la naranja destinada al mercado interior, se confía en que podrán ser exportadas de 1.000.000 a 1.100.000 toneladas. Calculando cada tonelada en 3.200 pesetas, si se exporta dicha cantidad, la economía nacional vendrá a tener unos ingresos por este producto de divisas equivalentes a 3.200 ó 3.520 millones de pesetas.

El mercado francés absorberá 220.000 toneladas, y se confía en que Alemania todavía sobrepase esta cantidad, quedando, además, los tradicionales mercados británico, escandinavo y del Benelux, que, con aquéllos, importaron la temporada pasada más de 700.000 toneladas de agrios.

Pero no es esto sólo: pocos productos como la naranja movilizan tan gran número de jornales y suministran trabajo a tantos productores y a tantas industrias. La naranja se cultiva en unas 80.000 hectáreas, desde la provincia de Tarragona hasta Andalucía, aunque tiene su fuerte en la provincia de Valencia, seguida por la de Castellón. Esas 80.000 hectáreas equivalen a un millón de hanegadas—la medida superficial agraria de los valencianos—, puesto que cada hectárea tiene 12 hanegadas y media. Pues bien, cada hanegada necesita, entre cultivo, pulverización y recolección del fruto, unos 17 jornales, a 40 pesetas el jornal, lo que hace un total de 680 millones de pesetas sólo en labores del campo. Además, hay que contar los jornales de transporte, confección en los almacenes, embarque y los fletes, así como el trabajo que da a las industrias de la madera, clavazón y papel, necesarios estos materiales para la confección de las cajas en que se exporta la naranja. De modo que puede calcularse en miles de millones de pesetas la riqueza y los jornales que moviliza la cosecha naranjera.

En otro aspecto, tiene también una vital importancia la economía naranjera en lo social, donde es un factor de estabilidad, ya que en pocos cultivos como éste está tan repartida la propiedad. Las 80.000 hectáreas están distribuídas entre 65.443 cultivadores; es decir, que, por término medio, cada uno de ellos es propietario de 14 ó 15 hanegadas.

En la provincia de Valencia, de un estudio de 162 pueblos de la misma, resulta que hay en ellos 47.223 propietarios de 86.574 fincas de naranjo. Las fincas de hasta una hanegada son 1.153; las de hasta dos, 11.772; las de hasta cinco, 40.130; las de hasta 10, 28.077; las de hasta 20, 6.480; las de hasta 50, 3.503; las de hasta 100, 764; las de hasta 200, 230, y fincas de más de 200 hanegadas sólo hay 70. De todo esto se deduce que una gran masa de campesinos son propietarios de un producto que proporciona buenos ingresos.

En las demás provincias productoras también se observan análogas características. En Castellón existen 21.924 propietarios o cultivadores; en Murcia, 3.250; en Alicante, 3.478; en Málaga, 1.046; en Almería, 850; en Sevilla, 700; en Baleares, 490, y en Tarragona, 508. Todo ello, naturalmente, en la misma proporción antes señalada respecto a la extensión de las tierras en cultivo.

Las principales variedades de naranja y mandarina y el tiempo de su consumo son los siguientes:

MANDARINA.—Primera, «común», que es la de mayor producción. Su consumo va de noviembre a enero. Segunda, «clementina», cada vez más extendida, de gran calidad, especialmente la que se produce en la zona de Carcagente. Tercera, «satsuma».

NARANJA.—Primera, «navel», de la que se ha dicho que «es la mejor naranja que ha aparecido en el mercado inglés, y su porvenir es indiscutible». Su consumo va de últimos de noviembre a últimos de enero. Segunda, «cadenera», sin hueso. Su producción principal está en la zona de Carcagente (Valencia), y es una de las mejores variedades. Su consumo va de diciembre a enero. Tercera, «común», de noviembre a enero, representando en estos meses el mayor porcentaje de producción, cultivándose en toda la zona naranjera.

Después vienen las naranjas de segunda temporada, que son: Cuarta, «sanguina», desde enero hasta finales de abril. Quinta, «verna», con centros de producción en Valencia y Murcia. Dura hasta el mes de julio.

También están las precoces de Málaga, que empiezan a cosecharse en octubre, y la tardía de Valencia, «lete», cuyo cultivo no está aún muy desarrollado.

Una variedad notable es la llamada naranja amarga, que sirve para la confección de las famosas mermeladas de «gusto inglés». Se produce principalmente en la provincia de Sevilla, ya que alcanza el 80 por 100 de la cosecha, estando el resto repartido entre la de Málaga, con un 16 por 100, y pequeños núcleos de producción en Córdoba y Cádiz.

Forata son ahora los objetivos inmediatos, sin que falten otros menores e igualmente interesantes.

La seguridad de las cosechas de la provincia, de los cultivos de la huerta y del abastecimiento de la ciudad exigen una celosa administración del patrimonio hidráulico. Y en ello se está ahora.

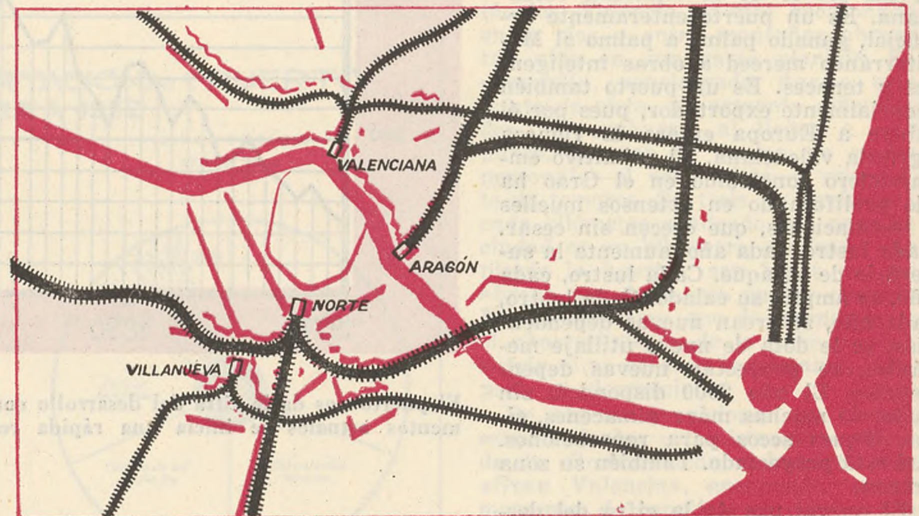
PLAYAS

Los valencianos tienen conciencia de que poseen unas playas extensísimas, acogedoras y hermosas en buena parte de las mismas: unas playas singularmente aptas para la expansión veraniega de la ciudad, para el deporte y hasta para la atracción turística. Pero los mismos valencianos las juzgan poco aprovechadas, escasamente atendidas, nada confortables y casi incomunicadas. Esto es ya un tópico de la croniquilla local de los periódicos y también—hay que decirlo—de las promesas edilicias.

también, sin duda, su hombre. Y la avenida del Oeste, que ahora avanza entre derribos, llegará a su fin. Y se realizará la proyectada—proyectada tantas veces—plaza de la Reina, se abrirá la prolongación de la calle de Serranos, así como una vía que enlace el centro urbano con la aislada barriada de Cuarte, y hasta quizá dispongan los valencianos del «Metro», del que ya se trata periódicamente. Asimismo funcionará el nuevo Hospital Provincial que la Diputación edifica, lo que permitirá acometer la tan necesaria urbanización de la zona que el viejo hospital ocupa y obstruye. La zona universitaria se habrá enriquecido con las deseadas nuevas Facultades de Derecho y de Filosofía y Escuelas de Comercio y del Magisterio. Parques y jardines de nueva creación se multiplicarán por todos los distritos...

* * *

Esto no son fantasías lejanas, sino realidades que ya se entrevén en el porvenir más próximo. Simultánea-



Valencia y su dogal ferroviario. Como antes las murallas, las líneas ferroviarias, juntamente con el río Turia, sin canalizar, obstaculizan hoy la natural expansión.

Hasta se ha planeado un «paseo-mirador del Mediterráneo», que habría de discurrir entre el mar, de una parte, y pinos, acogedoras residencias e instalaciones deportivas, de la otra. Un día habrá de ser—y aun restan muchos de aquí al fin de siglo—que la desatención se convierta en esmero, y la incomunicación, en una suficiente red de transportes. Ese día, las playas valencianas—Malvarrosa, Levante, Nazaret, Pinedo y Saler—serán elementos importantísimos en la vida y el ornato valencianos.

LO QUE MAS IMPORTA

Ya están dibujadas las líneas generales de lo que va a ser, probabilísimamente, la Valencia de los años venideros. Un hombre, el marqués de Campo, trazó el semblante de la Valencia de la Restauración. Siguiendo sus huellas, la ciudad emprendió un camino de progresos, reformas y superaciones. Otro hombre, otro alcalde, el marqués de Sotelo, allá por los mil novecientos veintitantos, culminó aquella etapa. Bajo su mirada, Valencia se transformó barrio por barrio, calle por calle. La tarea de forjar la Valencia del año 2000 hallará

mente, la ciudad habrá velado por la conservación de su valioso patrimonio artístico y monumental, de su antigua personalidad y de sus zonas más típicas y características. Ni tan melancólicamente añorante que olvide su progreso, ni tan furiosamente renovadora que menosprecie su pretérito, Valencia se dispone a seguir el camino que le está trazado. La fuerza que la mueve es superior y anterior a la voluntad de los hombres que la habitan y que la hacen. Esa fuerza brota de su genio secular, de sus piedras, de su poderosa economía, de sus campos circundantes, labrados con ciencia y paciencia; de su pueblo tenaz y laborioso, alegre y socarrón, del *seny* de sus patricios mejores y de esos hombres anónimos que la pueblan, tan apegados al terruño, que aun se enternecen al escuchar una *albá;* tan arraigados en el pasado, que todavía ríen añejas gracias sainetescas de un Escalante; tan dotados de espíritu de superación, que en un santiamén cambian la bicicleta por la moto para correr entre acequias y marjales; tan graves, que forman una agrupación musical para interpretar a Beethoven, y tan abiertos, que tararean, en campos y talleres, la melodía *hot* de la última hornada.

Eso—el espíritu—es lo que importa. Lo demás le será dado a Valencia por añadidura en este siglo y en el que se avecina.

El perfil más peculiar de la Valencia de antaño no se ha perdido, a pesar de los ensanches y el trazado de la moderna urbanización. Por el contrario, la gracia dieciochesca de un arco de triunfo y la majestad cuadrangular de un edificio público son el mejor pórtico a sus calles, en las que aun se aprecian las etapas pasadas.

VALENCIA, DESDE EL AIRE



VALENCIA es, ante todo, la capitalidad de una cultura del agro, cuyas formas más sabias permanecen vivas a través de una decantación de siglos. Su núcleo urbano es casi vegetal, porque Valencia ha crecido al mismo ritmo y a la misma medida con que sus hombres han ido acrecentando su capacidad para el noble arte del cultivo de la tierra. Pero Valencia es también una ciudad abierta al mar. Abierta al mar más que marinera, porque a sus playas llegaron desde arenas remotas los hombres que le dieron su dimensión mediterránea universalista y su dimensión humana de afincada a la tierra. Dicen que cuando las gentes del Cid, allá por las lejanías del siglo onceno, desbordaron sus murallas, abrieron sus ojos a la sorpresa, habituados como estaban a la rigidez ascética de Castilla, ante el vergel que se ofrecía a su vista. Quienquiera que ahora la visita, abre también sus ojos a una sorpresa nueva ante el espectáculo, verdaderamente extraño en nuestro tiempo, de cómo urbe y campo se entrañan en simbiosis perfecta. Valencia, vista desde el aire, nos da en abstracto la medida justa de la gran ciudad que es efectivamente. Pero la dimensión espiritual hay que tomarla pie a tierra, porque de la tierra viene. Y así como la huerta llega justamente hasta el último rascacielos de la última estribación urbana, el huertano, sin renunciar por un momento a su noble y característico atuendo, llega siempre hasta el corazón histórico, cultural y religioso de la ciudad, hasta la Lonja y hasta la Catedral. Desde su puerta, un día a la semana y siempre por los siglos de los siglos, el Tribunal de las Aguas, compuesto por los «hombres buenos» de la huerta, decide en los litigios del regadío, sin un solo legajo, sin el más ligero trámite burocrático. Mantiene así enhiesta, por el peso de su propia ruralidad, esa bandera del humanismo que, a través de Vives, Valencia tiene siempre ofrecida a España. La ciudad del Turia aparece hoy en las páginas de MVNDO HISPANICO en la exuberancia de su masa urbana, formada gracias a la magnífica exuberancia de su huerta.



Valencia en todo su esplendor, realidad de lo que ha podido ser la urbe en nuestros días, gracias a su enclave felicísimo entre huerta, naranjos y arrozales feraces, y a la orilla del gran mar de la Civilización.

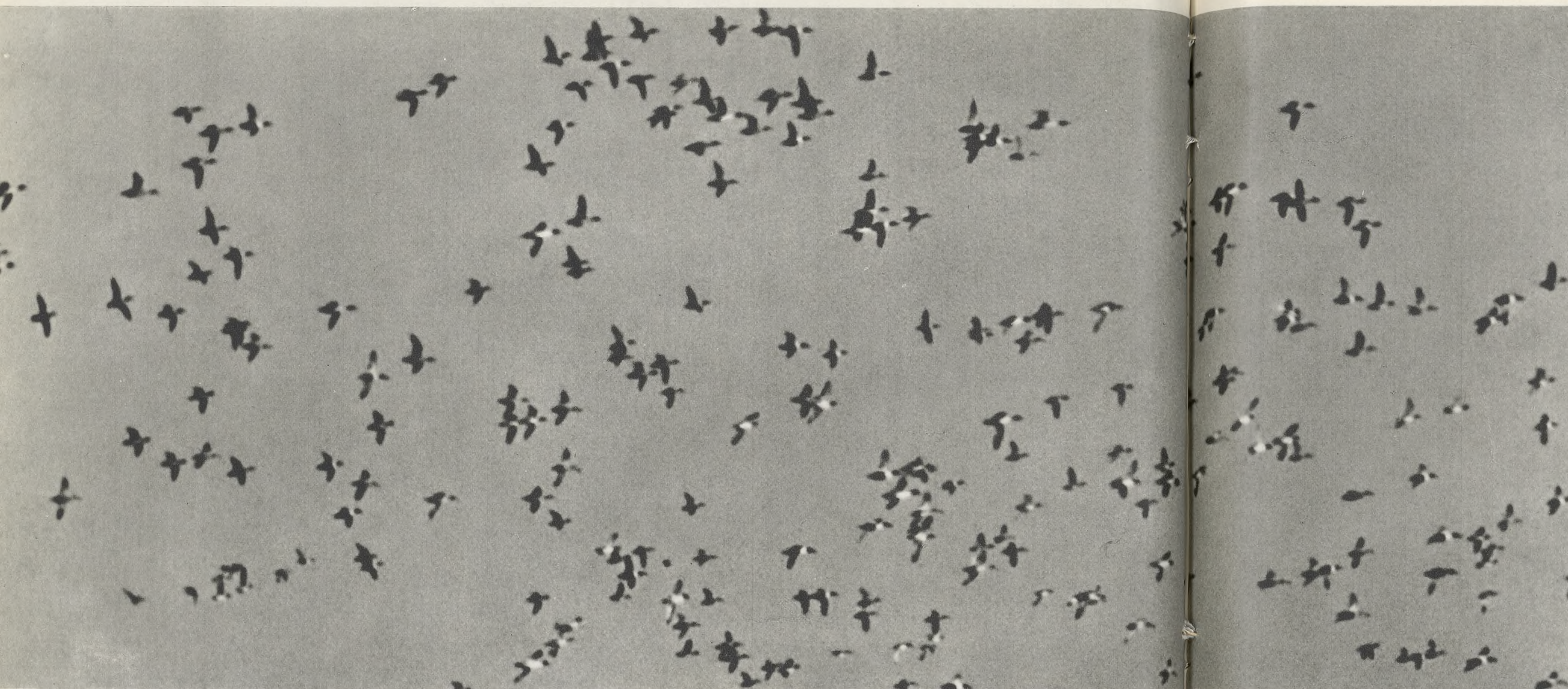


El bien plantado coso valenciano, una de las grandes cátedras de la tauromaquia de España, presenta a vista de pájaro, y a la vista de nutrido público—España convocada allí—, el vistoso paseo de las cuadrillas.

Frente a la Valencia más tradicional, que se preocupa en todo instante de que la ciudad no pierda su clásica y sabida fisonomía, se preparan ya por otros lugares —hacia donde Valencia tiene que buscar su año 2000— estos modernísimos trazados, que vendrán a completar el cuerpo de la privilegiada urbe del porvenir.



Entre el Mediterráneo y los campos de arroz, entre la ribera huertana y la realidad del hierro saguntino, la ciudad, abierta a todos los horizontes, se extiende como un joyel, donde la flor del naranjo es el ornato de su riqueza.



Sobre las aguas bordeadas de blancos pueblos de la Albufera valenciana, se levanta confiada la bandada de patos—el característico pato de las tierras de arroz, tan codiciado de los buenos cazadores—, que a la señal convenida se verá diezmada por la carga mortífera que le será lanzada desde más de cien puestos avezados.

TIRO DE PATOS EN VALENCIA

55.000 PESETAS POR UN PUESTO

400 PATOS EN UNA TIRADA

LOS CAZADORES DISPARAN INSTALADOS EN BARRILES ENCUBIERTOS CON RAMAJE

Todos los sábados, desde mediados de noviembre a mediados de enero, se celebran las famosas tiradas de patos de los llamados vedados artificiales, tiradas a las que concurren las mejores escopetas de España y a las que han asistido ilustres personalidades nacionales y extranjeras.

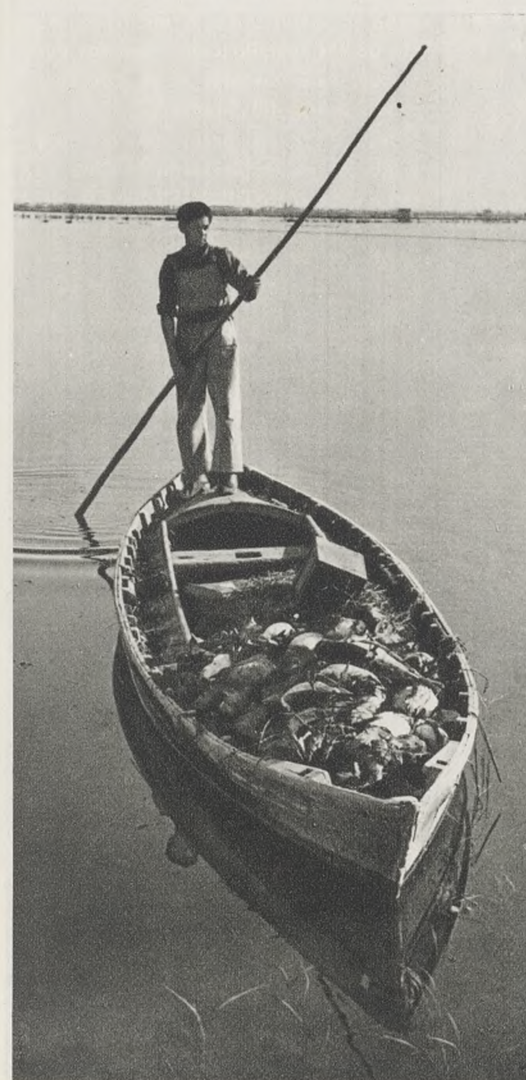


Una sagaz organización en el sistema de caza de la Albufera hace que, a pesar de la sistemática batida de todos los inviernos, los patos vivan confiados en su elemento natural, ajenos a todo el aparato bélico que contra ellos se mueve temporada tras temporada. El cazador debe observar las normas rigurosamente.

ESTAS tiradas son únicas en el mundo. En los demás lugares en que se tira a los patos, cazándose tanto o más que en Valencia, las aves pasan, mientras que en los vedados artificiales vuelven a estos lugares durante todo el día. Por eso gozan de tanta fama no sólo en España, sino en el extranjero. Se llaman vedados artificiales a las tierras de arroz, sumergidas bajo el agua en esta época del año. Están situados en los pueblos valencianos típicamente arroceros, como Sueca, que en sus dos vedados, el viejo y el nuevo, tiene unos setenta puestos; Cullera, con 50; Silla, con 32; Sollana, con 26; Albalat de la Ribera, con 13, y uno pequeño en Algemesí. Algunos años también los hay en Tabernes de Valldigna. Estos puestos se subastan públicamente y alcanzan precios muy elevados. Ha habido año en que por el mejor puesto, el número 1 de Sueca, situado en la partida del Tamarital, se han pagado 55.000 pesetas.

Este año se pagaron por dicho puesto 29.000 pesetas. Hay que tener en cuenta que cada puesto es para cuatro cazadores. Además de lo que se paga por él, tiene otro tanto de gastos en cebo, cartuchos, etc. Los ingresos que se recaudan en estas subastas están destinados por los respectivos pueblos a obras de beneficencia y a obras de previsión social, así como al arreglo de caminos, de acequias, etc., con cuyos trabajos se mitiga el paro invernal. La recaudación se aproxima al millón de pesetas. Las tiradas son ocho o nueve, como máximo, según el número de sábados, seguidas por una, llamada la «tiraeta», que sólo dura hasta las nueve o diez de la mañana, en el lunes siguiente al último sábado.

Empiezan al alba, cuando hay luz bastante por poniente para poder tirar a los patos, y duran hasta la una de la tarde, cuando la corneta que dió la señal para el comienzo toca para recogida y remate de los patos caídos en los respectivos puestos. Una hora antes de comenzar la tirada se introducen los cazadores en los puestos, instalándose allí en sendos barriles de roble, revestidos con ramas de adelfa. Dentro tienen paja y un asiento giratorio para *(Pasa a la pág. 62.)*



Gondolero de la carga suculenta, el barquero transporta hasta la ribera el fruto de la tirada.



Unos momentos antes de la puesta del sol ya nadie puede disparar sobre las aguas de la laguna. Es la hora en que los hombres vuelven con su carga.



Los hombres de Albalat de la Ribera, de Algemesí, Cullera, Silla y Sollana van retirando una tras otra, después de la tirada, las piezas cobradas.



Como masas de junco verde son los toneles en los que, diestros, se apostan los cazadores, que a la oportuna señal sembrarán la muerte en las filas cándidas de la bandada.



Las últimas luces vespertinas mueren sobre las aguas de la laguna, y todavía algún rezagado continúa recogiendo las piezas de un día pródigo.

UN VIAJE GRATIS A HISPANOAMERICA

UN VIAJE GRATIS A ESPAÑA

CLUB DE AMIGOS DE «MVNDO HISPANICO»

MVNDO HISPANICO abre un excepcional concurso entre sus lectores y simpatizantes, con arreglo a las siguientes bases:

Base 1.ª Todo lector de MVNDO HISPANICO que nos envíe CINCO suscripciones por un año a nuestra revista será considerado como socio del Club de Amigos de MVNDO HISPANICO.

Base 2.ª Se entrará a formar parte del Club de Amigos de MVNDO HISPANICO con cinco puntos por las primeras suscripciones, y a cada nueva suscripción que el mismo socio nos envíe se le hará acreedor de un punto más.

Base 3.ª El día último de septiembre de 1954, y ya en lo sucesivo al finalizar el mes de septiembre de cada año, se hará un recuento de las suscripciones enviadas por los socios del Club, contándose los puntos que cada uno haya obtenido en el año para otorgar los premios correspondientes.

Base 4.ª El socio del Club de Amigos de MVNDO HISPANICO que haya obtenido mayor número de suscripciones dentro del año será acreedor a un

PRIMER PREMIO

consistente en un viaje a un país de Hispanoamérica si el socio es español, y a España si el beneficiario es de algún país de Hispanoamérica o Filipinas. El viaje, en avión, podrá realizarse desde Madrid a cualquiera de las poblaciones de Hispanoamérica donde tengan estación las líneas de Air France, o desde estas mismas poblaciones a Madrid si el ganador es hispanoamericano. El viaje será de ida y vuelta y la estancia de veinte días.

Se otorgará un

SEGUNDO PREMIO

consistente en 5.000 pesetas en un lote de libros, que el interesado seleccionará entre los catálogos de las editoras españolas.

Y a éste seguirán los

TERCEROS PREMIOS

consistentes en 2.000 pesetas en libros de entre los editados por Ediciones Cultura Hispánica.

Base 5.ª Se concederán otros premios a los socios que hayan enviado más suscripciones y que no hayan obtenido ninguno de los tres primeros premios, y además cada año se harán beneficiosos sorteos entre todos los socios del Club.

Base 6.ª Se entrará a formar parte del Club desde el momento en que llegue a nuestra Administración el importe de las suscripciones conseguidas por el socio. Y mientras una sola de las suscripciones enviadas por el socio esté vigente, él seguirá formando parte del Club.

Base 7.ª Al socio se le dará cuenta de su inclusión en el Club de Amigos de MVNDO HISPANICO, así como de los puntos que vaya obteniendo en su ficha, para que pueda llevar un control paralelo al nuestro.

Base 8.ª En caso de empate, se celebrará sorteo en la Administración de MVNDO HISPANICO, invitándose al acto a diversos agregados culturales y de Prensa de los países hispanoamericanos y filipinos.

Nombre y apellidos del nuevo suscriptor ....
Dirección: *Calle / Plaza* ...., *Barrio / Pueblo* ....
ciudad ...., *departamento* ...., *nación* ....
Forma en que se hará el pago ....
(Por cheque o giro postal)

Envía la suscripción D. ....
que vive en .... *y que entrará a formar parte del «Club Mvndo Hispánico» una vez que se reciba el importe de la suscripción que ha gestionado.*
(Firma del nuevo socio)

Remítase a:
Sr. Administrador de «Mvndo Hispánico». Alcalá Galiano, 4-Madrid.

Para formar parte del CLUB MVNDO HISPANICO formalice este boletín, cortándolo o copiándolo en una cuartilla.



«Vino el Arcángel San Gabriel a anunciar a Nuestra Señora la Virgen María...» El cronista—en este caso el pincel prodigioso del Beato Angélico—viene a pregonar desde su sala del Museo del Prado, en el marzo de la Anunciación, la buena nueva de este Año Mariano a las muy marianas gentes hispánicas.



EL RANCHO

BAJO el título Poemas nativos, *a partir de 1920 comienza el poeta uruguayo Fernán Silva Valdés a publicar versos, como éstos de «El rancho», que tuvieron una gran repercusión literaria en su época y crearon el movimiento llamado «nativismo». Esta manera de contar lo racial ha sido constante esencial en la vida y en la obra del poeta. Silva Valdés ha sabido entrar en el alma del pueblo y encontrarse con ella. Esta dedicación ha consagrado al autor de los* Poemas nativos, *poniendo bajo su signo a toda la poesía criollo-autóctona del Río de la Plata y aun del continente.*

Retobado de barro y paja brava;
insociable, huyendo del camino,
no se eleva, se agacha sobre la loma
como un pájaro grande con las alas caídas.

Gozando de estar solo,
y atado a la tranquera a ras de tierra
por el tiento torcido de un sendero,
se defiende del viento con el filo del techo.
Su amigo es el chingolo;
su centinela gaucho el terutero

Por la boca pequeña de una ventana
apura el mediodía en un solo bostezo;
de mañana despierta con el canto de un gallo
y de noche se duerme con el llanto de un niño.

Es creyente a la vez que fatalista;
a supersticioso nadie lo iguala:
se persigna al chistido de la lechuza
o se tapa los ojos por no ver «la luz mala»
y se encorva de miedo cuando aúllan los perros
—con las cerdas del lomo despeinadas—
porque pasa la Muerte, chúcara e invisible,
montada en pelo
en la yegua sin freno de la Leyenda.

Es torvo como el gaucho hasta en su mansedumbre;
como aspira tan poco nunca sale de pobre,
y guarda con orgullo como único tesoro
—expuestas en un marco con alardes artísticos—
la estampa de un caudillo
y una divisa bordada en oro.

Ni altivo ni bizarro, humilde, nada más;
ignorante a la gracia y al donaire,
adornan su mal gesto curtido de intemperie
un nido de hornero y un clavel del aire.
Es viejo ya, sus quinchas han visto tres patriadas;
agringarse los criollos, acriollarse los gringos;
si no le salen canas le nacen cicatrices,
y aceptando el destino de concluir en tapera,
mira pasar los años y crecer los gurises.
echado boca abajo y con el lomo al sol.

En los atardeceres en que se pone triste
revisa sus recuerdos de un vistazo hacia adentro
y encuentra cuatro fechas que lo hicieron vibrar;
cuatro fechas que son
los puntos cardinales de su emoción:
una boda, un velorio, un nacimiento
y una revolución.

Cuando se quede solo, sin poder con el viento,
y caiga de rodillas, será tan poca cosa;
su historia tan vulgar: un placer, una cuita,
que cabrá en las seis cuerdas de una guitarra
y en los seis suspiros de una vidalita.

COMO VIVEN LOS INDIOS COLORADOS

LA TRIBU OCUPA UN RINCON DE LA COSTA DEL ECUADOR

POR HUMBERTO TOSCANO
FOTOS: BODO WUTH

Los indios *colorados* pertenecen a la jurisdicción municipal de Quito. Se puede salir, una mañana cualquiera, de la capital del Ecuador—que hace cuatrocientos años ya tenía Hospital y Escuela de Bellas Artes—y llegar, hacia el atardecer, a la selva donde moran los *colorados*. El camino es largo porque tiene que trepar a los Andes y luego descender a la tierra cálida, orillando siempre el abismo. Los *colorados* son ahora apenas unos 3.000; pero en siglos remotos ocuparon buena parte de la sierra y de la costa del Ecuador. Por raza y por lengua son parientes de los *chibchas*, y en los viejos documentos se los designa con el nombre de *compaces*. La civilización los ha ido arrinconando cada vez más hacia el norte. Hace años moraban en el poblado que aun se llama, por antonomasia, Santo Domingo de los Colorados; pero cuando los alcanzó la carretera, se marcharon a San Miguel.

Son pacíficos. Sus lanzas de *chonta* ya no les sirven más que para sus bailes; para *(Pasa a la pág. 41.)*

El instrumento musical del «colorado» es la marimba—el primitivo y noble instrumento americano—, de dos metros de largo, hecha con piezas de bambú, como tubos de órgano invertidos. A cada tubo corresponde una tecla de «chonta» pulida. Se toca con palillos de «chonta» rematados en dos bolas de caucho natural.







Contraportada: **En la contraportada se ve la hogareña estampa de una madre «colorada» con sus hijos, la deliciosa ingenuidad del niño y la recia figura del hombre. El «rancho», que antes se hacía sólo con cañas de «guadúa», ahora ya comienza a admitir los más sólidos materiales salidos del «aserrío» de los blancos. La tela del somero traje listado se fabrica en el telar familiar, pero aquellos trapitos de vivos colores han sido comprados en Quito o al mercachifle que recorre la selva. Mañana el niño irá a la escuela y ya no querrá pintarse la cara ni llenarse de «achiote» la cabellera.**





Uno de los quehaceres más importantes del «colorado» es su adorno personal. Con una mezcla de «achicte» y de grasa da a su cabellera el aspecto de un casco. En el cuerpo se pinta rayas negras. De lo que el blanco le dió, lo que más aprecia es la escopeta, pero también el espejo tiene su importancia...

La selva no tiene secretos para el «colorado». Desde niño aprende a conocer los animales y las plantas. Aquí los vemos descansando después de una partida de caza, en su «rancho», abierto al sol y al viento. El muchacho sueña, sin duda, en el día en que podrá echar al hombro la escopeta y hacerse cazador.

Este niño, que ya ha recibido sus lecciones de cosmética y que cada año recibe una ritual azotaina en castigo de todas las travesuras del mismo, ya no podrá envejecer con la holgura primitiva de sus antepasados.







Esa canoa no sirve para la navegación. Es el recipiente en que se hace fermentar el guarapo de caña de azúcar, la bebida típica de los indios «colorados».

(Viene de la pág. 39.) la primitiva faena de la caza prefieren la escopeta. Cultivan la tierra en muy reducida escala. Viven de un magro comercio y, sobre todo, de sus habilidades médicas combinadas con la hechicería. En los campos del Occidente reciben el nombre de *botánicos* o *médicos vegetales;* combaten certeramente las fiebres palúdicas, las mordeduras de serpientes y ciertos males infantiles. Entre los indios de la sierra gozan de extraordinaria fama de brujos y su clientela va a buscarlos desde remotos lugares.

Pero la civilización los va atenazando. En su misma selva han visto, sin duda con pesar, un hospital moderno, *bull dozers, jeeps*... Más al norte se están tendiendo las paralelas de un ferrocarril y cada día llegan a su vecindad nuevos colonos.

A menudo se los ve en Quito (les gusta tratar sus asuntos directamente y no es raro que envíen emisarios a ver al Presidente de la República). En el último Congreso Eucarístico de Quito los *colorados* recibieron la comunión, vestidos un poquito más que de costumbre, pero con su cara pintarrajeada y su cabellera embadurnada con *achiote* y grasa. Dentro de cincuenta años serán un bello recuerdo de la América virgen.



El teatro Nacional, uno de los más formidables coliseos de toda la América hispana, es, además de una joya artística de primer orden, una especie de catedral abierta al culto de nuestro idioma, por la calidad del teatro que es norma suya albergar.



Al fondo del gigantesco cráter del volcán Poás bulle la lava hirviente. He aquí el géiser mayor del mundo. A veces, cuando el volcán está en erupción, las columnas que hacia el espacio lanza adquieren una altura verdaderamente impresionante.

COSTA RICA



Menguada superficie junto a grandes elementos. Abierto a los dos mares más grandes de la tierra, Costa Rica, el país de los volcanes, del banano y de las playas interminables, nos ofrece día a día una cotidiana lección de serena grandeza. Nada es sorprendente para el hombre de esta tierra, que sabe convivir con el bosque de robles gigantescos, con el volcán cuyo géiser es el más grande de la tierra y con la presencia gigante de los dos grandes mares, que en otro tiempo fueron fáciles caminos para las incursiones de los filibusteros ingleses, franceses y holandeses. La antigua Veragua responde a esta presencia de los elementos gigantes, con formas de vida que parecen dictadas por una placidez atemperada. Desde la fina policromía de las cerámicas chorotegas hasta su genuina decoración de los carromatos que transitan por las carreteras bordeadas de bosques, toda una concepción del matiz artesano se nos da en esta tierra, adonde la luz del Occidente llegó por primera vez con el último viaje del Almirante. A los ciento veintinueve años de su independencia, Costa Rica es hoy un país ávido de establecer su presencia en los destinos del mundo por el camino que le es dado a los pequeños países: por el desarrollo de su cultura y por el fortalecimiento de la paz auténtica mediante una norma de vida. Como sintomática rosa de los vientos, hay una especie de dictado de comprensión en su enclave, casi corazón de hemisferio, vértebra de las dos Américas y vértice de los dos mares. Sin duda, el tiempo responderá a su actitud sin gesto, a su grandeza sin extensión, poniendo en sus manos, como en las manos todas de todos los pueblos de buena voluntad, el destino unitario, que, al margen de todo lo que se estima gran política, es el lógico final del mundo de nuestra habla: comunidad de espíritu, de labor y de pensamiento.

Al este del Parque Central, la severa silueta neoclásica de la Catedral Metropolitana; es el norte católico de San José—la capital de Costa Rica—y una de las más bellas iglesias con que la fe del pueblo llenó el país de los grandes volcanes.



El teatro Raventós, uno de los grandes centros culturales de Costa Rica, se yergue serenamente en una avenida de palmeras de su graciosa capital, San José.



En el corazón mismo de la capital, el Parque Central —del cual es este bello quiosco—alberga los mejores ejemplares de la riquísima flora de Costa Rica.

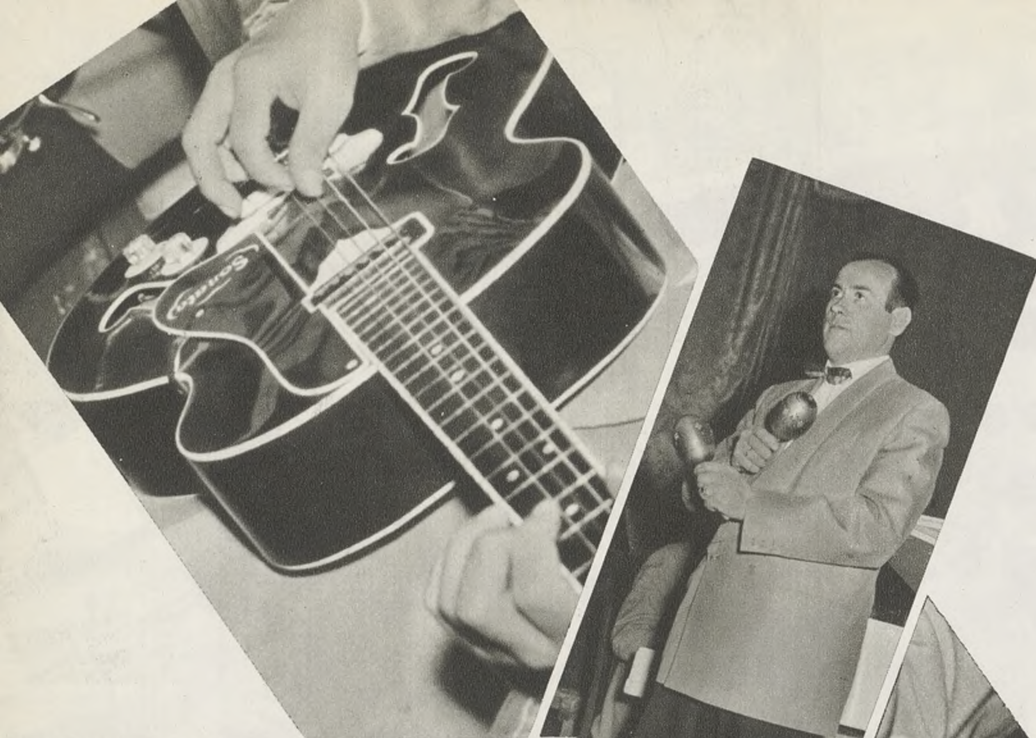


La sede de la Dirección General de Aeronáutica, enclavada en el aeropuerto internacional de La Sabana, centro de todas las comunicaciones aéreas del país.



En Sarchi, en la provincia de Alajuela, dos lindas muchachas posan con sus trajes típicos junto a la característica carreta. No sólo el traje y la carreta son lo específico de Costa Rica, sino la belleza femenina, cuya fama es proverbial. La naturaleza magnífica del país ha encontrado en la raza su correspondencia.







CANTANDO EN ESPAÑOL

EL «CIELITO LINDO» Y «LA PALOMA», QUE SIN CESAR RECORREN EL MUNDO

HABANERAS, CUECAS, TANGOS Y VALSES FUNDEN AMERICA Y ESPAÑA





Por EUGENIA SERRANO

NUNCA nos podemos ver tan estupendamente claro nuestro perfil como nos lo ven desde fuera. Un perfil definido por el mundo es el de la hispanidad, una hispanidad en la que América latina entra con un 90 por 100, o acaso más. España es una provincia más de una nación musical. La española, que se ha visto confundida muchas veces por argentina. La española, que le dicen en Italia o Francia: «Aquí tiene usted compatriotas», señalándole turistas chilenos, o peruanos, o colombianos..., sabe cuán de verdad es para el mundo ese complejo de la hispanidad. Aunque sus componentes a veces no lo vean claro. Acaso porque a los propios árboles les es muy difícil saber que son un bosque total.

Y un bosque total de música y canciones hispanoamericanas, iberoamericanas o americohispanas, como ustedes prefieran, domina Europa. Está de moda en todas partes una canción española. Una canción que dice:

Ese lunar que tienes,
cielito lindo...

Cuando explicamos que se trata de una cueca chilena, la orquesta, cortésmente, dice que sí, que bueno... Pero a la hora de las canciones españolas, de las bellas canciones del mundo, la vuelve a tocar. Claro que, en cambio, considera como muy americana una habanera. ¡Qué bonita e internacional es esa de *La paloma*!

Aquí las ideas son un poco más claras. Una habanera y una rumba... Todas proceden de la tierra de las bellas sobremesas. Café, tabaco, ron... Y un poco de nostalgia de esa mulatita deliciosa:

Chiquita bacana de la Martinica...

La chiquita está definida españolísimamente. Pero fruncen el entrecejo cuando se les explica que esa habanera tan bonita de *La paloma* la inventó un músico vasco, un señor que se llamaba Iradier. Además, ¿para qué explicarlo? España y América española son consideradas las mismas en los oídos del mundo que canta sus canciones. Y que las oye enternecido.

Sí; *Valencia*, el pasodoble archipopular, se sigue tocando por ahí. Y después, *El relicario*. Pero en el momento que la cosa se pone seria, y los músicos nostálgicos, suena el tango. Lo mismo da *Siglo XX, cambalache; Buenos Aires, mi patria querida*, y *Adiós, muchachos*... Todo es uno y distinto. Para Europa se trata de la misma tierra musical. Si usted jura y rejura que el tango es un producto típicamente argentino, el pasodoble madrileño y los corridos mexicanos, no le creen mucho. Porque ¿cómo explicar luego que el chotis más popular, ese de «Madrid, Madrid...», lo ha hecho un mexicano, Agustín de Lara? Claro, así los franceses se cansan de nuestras distinciones y lo apañan para sí. Conservan la música del acertado mexicano y dicen: «París, París...»

En Nápoles se ha hecho un hospital, mejor dicho, una residencia infantil para niños huérfanos de guerra. Para productos de esta guerra última que ha revuelto el mundo desde los cimientos al rostro. Y como el rostro—por la ocasión de mestizajes a que da lugar la resaca de todas las victorias—de estos niños de guerra muchas veces ha salido inesperadamente rubio, o inesperadamente negro, ¿saben ustedes a qué título recurren los periodistas en sus informaciones y las radios en sus *slogans* para aludir a los problemas de la generosa fundación napolitana?... *Angelitos negros*. Sí; son justo *Los angelitos negros* de Machín... *Los angelitos negros*, traducidos al francés, al italiano. *Los angelitos negros*, que han conseguido conmover el sensible corazón de Nápoles. En Nápoles, donde ya se sabe, si usted es español, le dirán:

—Le gustan los tangos, ¿verdad? Siendo español...

Claro que gustan... Y acaso tengan razón esos músicos populares que tocan, mientras se come, en las tabernitas corrientes. Y los otros de los grandes hoteles de la Costa Azul para viajeros de avión particular. Sí; los tangos argentinos. *La cumparsita*, que sigue dominando el mundo, haciendo soñar y llorar al mundo.

¿Y después? ¡Oh, después!... *El vals de las olas*... Sí; de una orilla a otra del Atlántico. De la España dulce y de *saudade*—¡cómo se bailaba el vals en las reuniones de Pérez Lugín!—, que no choca, enlazada a la Argentina.

¿Y los boleros? Los boleros han sido insultados por todas las bocas sesudas del mundo musical español. Boleros pecaminosos armónicamente, culpables, delicuescentes, cursis. Bien; pues en el mundo musical de por ahí fuera, en el mundo verdadero que paga la música que escucha, baila o canta, ¡qué expectación oyendo

...que el destino cruel nos separó...!

Sí. *Caminemos*..., con la letra española. Con la letra española, silbada en eses, si es Italia; gargarizada en erres blandas, si es Francia. *Caminemos*... Para después encontrarnos con algo que sabe a América:

Caminito que el tiempo ha borrado...

Las mejores orquestas internacionales dan siempre, en sus programas conjuntos, una de cal y otra de arena en lo que ellos entienden que es música española. Por ejemplo, la cal mordiente de los pasodobles, de los chotis, de los corridos, presididos por las dos tarascas universales de la frivolidad:

María Cristina me quiere gobernar.

La otra es más sensual y melancólica. Es esa chica que ya sabéis:

...te mueves mejor que las olas,
María Dolores, mujer española...

Y esto es español... Yo no lo sé. Yo creí que era un soñador *blue* americano eso de

Siempre que te pregunto
que dónde, cómo y cuándo...

Quizás..., quizás... sea español. Porque por ahí ese *blue* se canta en español. Y a mucha honra.

¿Bailar? ¿Qué vamos a bailar? ¿El *bayao*? No; si somos españoles, tocarán cosas en honor nuestro. Y dirán, mejor dicho, afirmarán:

—Ustedes deben de saber bailar muy bien la zamba... y el mambo...

Dios mío... Con lo difícil que es bailar bien, a base de bien, una zamba brasileña... y hasta un mambo... Imposible explicar. Si son ustedes españolas, ¿por qué no saben bailar esto?

* * *

Toda la Riviera francesa, toda la Riviera italiana, todos los *dancings* de Nápoles, de Roma, de Capri, no tienen ideas muy claras sobre la discriminación de música y danza españolas y americanas. Pero tienen una opinión extraordinaria del enorme valor de estas músicas y ritmos. Y en el Folies de Niza, o en la Rupe de Roma, el empresario del *tabarén*—¡qué bonito es decir *tabarén*. a lo decimonónico!—les pondrá en el mismo programa, considerados como unidad de espectáculo, *La danza del fuego*, de Granados, y los musicalísimos indios tapahuaras... Sienten ante las dos vertientes de la hispanidad la misma reacción de asombro y aplauso.

Es curioso; no sé si la raza tiene un perfil único. Cultural, literaria, políticamente... No sé si por fortuna es así... O si somos dos rostros de Jano, mirando, sin verse nunca, de espaldas el uno al otro, a diversa cara del Atlántico.

Pero hay una misteriosa unidad musical. Que ha captado el mundo externo. Una sangre. Una gracia y nostalgia comunes. Un brío y una tristeza afines, que van y vienen de América a España, de España a América.

Y que existe, no en el papel, sino en la realidad. Oigan ustedes, por esa Europa que ya empieza a hablar demasiado inglés bárbaro y reciente, una canción, un baile americano. Cierren ustedes, sí, cierren ustedes, los ojos de nostalgia y de emoción... Cerrando los ojos los nervios están más quietos y se bañan más en la música. Luego, que les pregunten:

—Es de su tierra, ¿verdad?... Por eso lo siente tanto...

Perdonadme, tangos argentinos, zambas brasileñas, corridos mexicanos, cuecas chilenas, rumbas y habaneras..., y vosotros, mundo musical indígena de la América virgen, que en vuestra flauta de hueso habéis cogido algo del sollozo de la dulzaina de Castilla, de la pena árabe. Perdonadme porque yo diga:

—Pues, claro, es de mi tierra... Somos del país de las canciones hermosas...

Un hermoso país que habla español de América, con quejidos de pájaro. En compensación, chinita linda, tú también puedes decir cuando suena un pasodoble, o una folía canaria, tan orgullosa como yo lo estoy de lo que es directamente tuyo:

—Sí; es de mi país...

* * *

Hermosa tierra esta de la música que va acompañada de palabras españolas. Y en las que hay algo de corazón común a través de dos continentes que la Europa viva agita, mezcla y unifica en la misma cotelera universal.

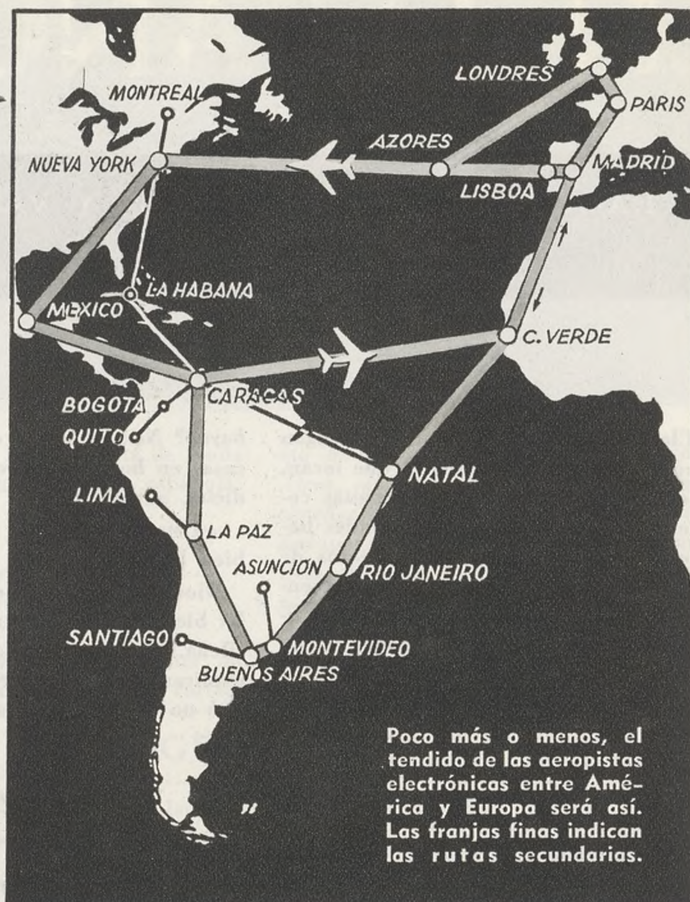
(Ilustraciones fotográficas de BERNARDO, con la colaboración de la orquesta CUBANACAN.)



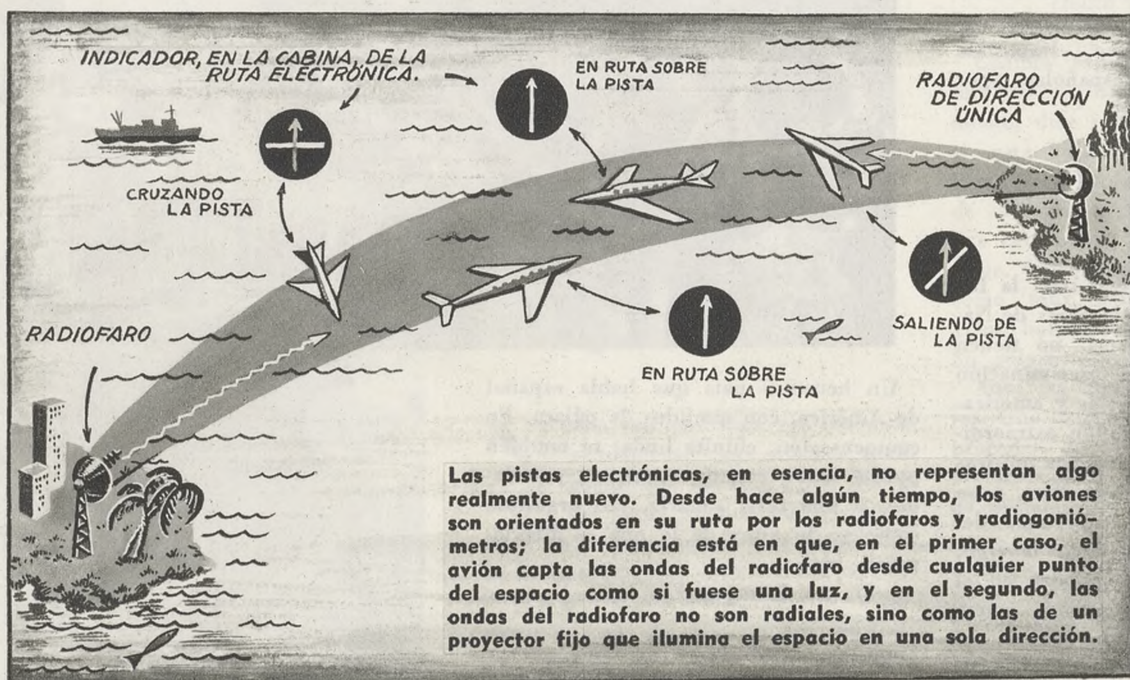


AEROPISTAS ELECTRÓNICAS

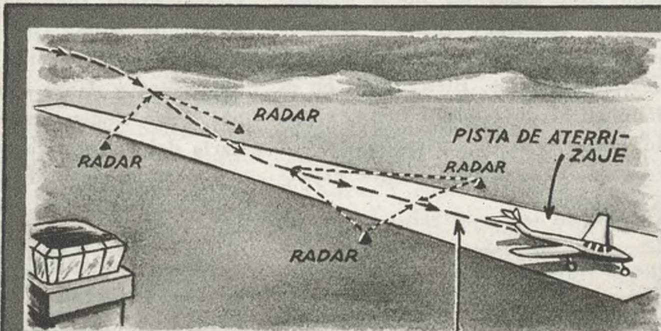
A pesar de que la Prensa nos trae a menudo la noticia de un accidente aéreo, es lo cierto que cada día que pasa el transporte por aire va ofreciendo más seguridades. Las rutas comerciales, dentro de poco tiempo, circularán por unas pistas electrónicas, lo mismo que el tren camina por el carril. Con estas pistas electrónicas se prescindirá de las tripulaciones en las aeronaves de mercancías y en las de pasajeros, aun cuando en este caso se conserve el piloto para casos de emergencia y confianza de los viajeros. Las pistas electrónicas, por lo costoso de su instalación y mantenimiento, seguirán unos trazados estudiados minuciosamente según una necesidad geoeconómica. Para mayor seguridad, como ocurre hoy en las autopistas, la distancia más corta no será la línea recta; el incremento, cada día más intensificado, de la velocidad compensará el ángulo del recorrido.

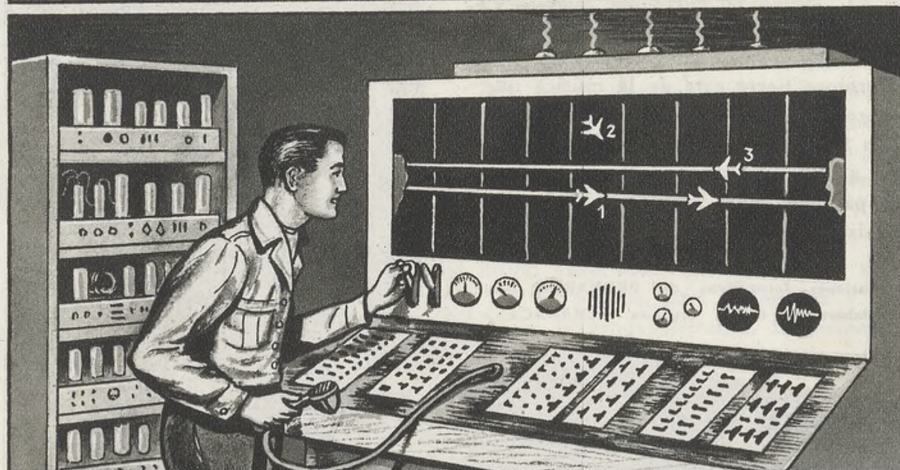


Poco más o menos, el tendido de las aeropistas electrónicas entre América y Europa será así. Las franjas finas indican las rutas secundarias.

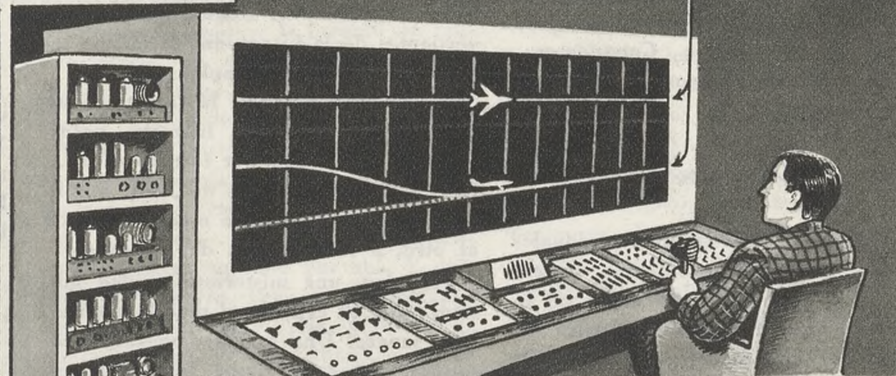


Las pistas electrónicas, en esencia, no representan algo realmente nuevo. Desde hace algún tiempo, los aviones son orientados en su ruta por los radiofaros y radiogoniómetros; la diferencia está en que, en el primer caso, el avión capta las ondas del radiofaro desde cualquier punto del espacio como si fuese una luz, y en el segundo, las ondas del radiofaro no son radiales, sino como las de un proyector fijo que ilumina el espacio en una sola dirección.



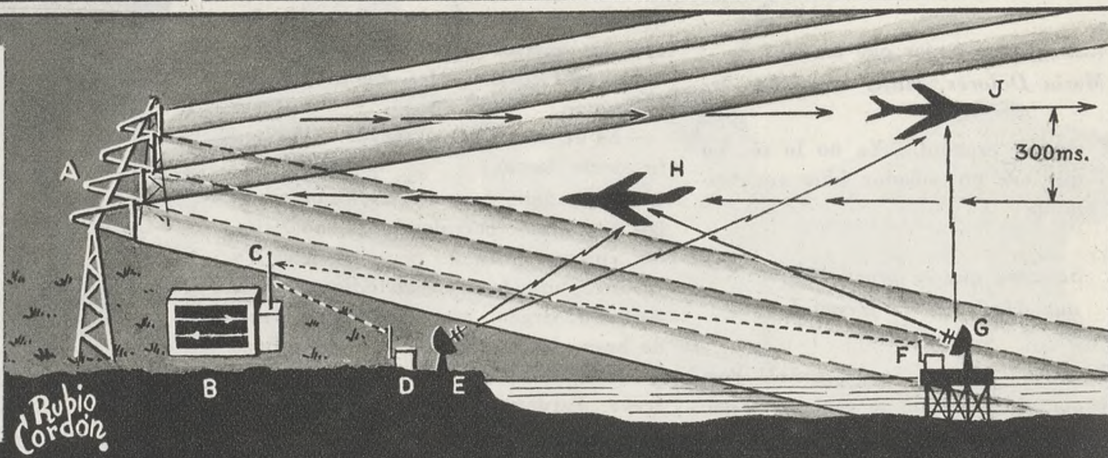


En los aeropuertos terminales, la ruta de los aviones es seguida en una pantalla. El operador, desde tierra, conduce los aparatos equipados con pilotos automáticos. El altímetro del avión hace que las rutas de ida y regreso se realicen a niveles distintos, aun cuando en el mismo plano.



El avión, que ha realizado su trayecto controlado desde tierra, puede aterrizar sobre la pista de cemento, si la visibilidad es suficiente, conducido también desde tierra. Para ello, una pantalla que tiene marcados el eje de la pista y la trayectoria que en alzado ha de seguir el avión para su correcta toma de tierra, asegura la maniobra. El operador del aeropuerto maneja los mandos para conseguir que los dos puntos luminosos, que corresponden a un solo avión, caminen por sus trayectos.

El radiofaro (A) proyecta los haces de rayos solamente en planos verticales. El piloto del avión, que tiene en una pantalla esquematizada la trayectoria de las ondas del radiofaro, procura no salirse de ella. Estaciones de radar (E, G), que jalonan la ruta, transmiten por radio (D, F) a la pantalla del aeropuerto las posiciones (H, J) de los aparatos en vuelo. Dos canales de emisión se utilizan, para mayor seguridad, en todas las operaciones de mando a distancia.





MATE Y RODEO EN EL PARAGUAY

Por JOSE ANTONIO BILBAO

AUN no ha amanecido y ya los hombres, agrupados en torno al fogón, comienzan el rito del mate amargo. Sentados en banquetas, forman la rueda, muda al principio y más animada después a medida que el despabilamiento aparta de los párpados y de los miembros los últimos restos del sueño. Algún bostezo tardío y un desperezarse lento, marcado a compás en el estiramiento de brazos y piernas, señalan la huída de la laxitud, que embebe, como una esponja, el cuerpo salido de la yacija campera. Los leños humeantes crean su niebla densa, iluminada por el chisporroteo alegre, que se deshace en estrellas rojas y diminutas, pronto absorbidas por el aire. La caldera—«pava» la llaman en mi tierra—deja oír el murmullo del agua hervida, íntima confesión del vapor asomándose por el pico de hierro o colándose, desesperado, por los intersticios de la tapa, que su misma fuerza levanta y estremece intermitentemente. En rudas manos tostadas, el «ca'ay» (mate calabacino), con la hierba («ca'á»), dentro, está listo para la primera cebadura. La bombilla o cánula de metal, introducida apenas en el mate, recibe el primer chorrito de agua caliente, que va mojando lentamente la hierba para que no se queme. Luego el cebador da las primeras chupadas y llena hasta los bordes el mate, en cuya estrecha boca se ha formado una verdosa capa de espuma. Está a punto. Y comienza el calabacino a dar vueltas de mano en mano y de boca en boca, saciando la apetencia de los presentes. El mate es la deseada y obligada infusión de todo campesino y de la generalidad de los paraguayos. Es algo así como un nexo de unión, como un lazo íntimo que anuda los sentimientos y las charlas. Preludio del alba y epílogo del crepúsculo (1).

En ese ambiente penumbroso y acogedor

(1) He preferido, para facilitar la lectura, poner entre paréntesis, y a continuación del vocablo guaraní, su equivalente castellano.

de la cocina, la viril rueda, el machazo corro, cobra una intimidad tal, que casi podríamos decir que se desnuda. No falta la confesión de un amor, la crítica burlona, la graciosa anécdota, el chiste sabroso, el recuerdo de una moza o mujer con ribetes pecaminosos y otras cosas relacionadas con la dura pero sana vida de los campos. Nadie se encona ni se resiente, y a un chiste sigue otro, aunque a más de uno le toque de cerca el chascarrillo. Y una carcajada y otra rompen el cristal del silencio circundante, sólo turbado por los laúdes de los grillos, esos poetas de la hierba o de los agujeros, que cantan agazapados en la sombra.

Son doce hombres rudos, de rostros cetrinos,
los que junto al fuego matean contentos.
Sus ojos son ojos que amaron caminos
y ataron paisajes con nudos de tientos.

Son mis hombres, más que subordinados, camaradas. Con ellos, durante muchos años, he compartido el pesado pero aleccionador trabajo ganaderil. Hemos desayunado auroras, devorado leguas, sorbido, gota a gota, la sangre del crepúsculo. Nos ha calado hasta los huesos la lluvia implacable, entumecido el frío y calcinado el sol en el arreo, en el rodeo, en las recogidas y en las rondas vigilantes. Y siempre iguales: sobrios, medidos, y, sobre todo, valientes y abnegados.

Penetro en la cocina. Al humo de los leños, ahora brasas, ha sucedido el del cigarro «poguasú» (grueso) y el del cigarrillo. Me dan los buenos días en castellano y añaden en guaraní:

—Mba'eichapá ne cô'ê? (¿Cómo ha amanecido o cómo está usted?)

Les respondo en la misma lengua:

—Ipôrânte, ha pêê? (Bien, ¿y ustedes?) (1).

Me sumo a la rueda, meto baza en la conversación y paladeo el amargo sabor del mate. La charla, en el idioma nativo, tiene resonancias cálidas y fluye armoniosamente. Corrental del alma sin meandros.

Han pasado las horas y es el momento de prepararse para marchar. El enorme lápiz del alba aun no ha trazado su raya amarilla. El cielo, claveteado, domina con su negrura intacta; pero ya el lucero guiña su ojo de plata.

Dos hombres juntan la caballada y la arracinan contra una esquina de la cerca. Siseos, palabras dichas en voz baja, tranquilizan a los equinos, y como las pupilas se han hecho a la noche, cada hombre sabe cuál es su cabalgadura. Los bozales se cierran sobre las nobles frentes y los cabestros sirven para llevar los caballos hasta el galpón. Con cuidada atención son ensillados. Primero el cabezal, con el freno y las riendas; luego la jerga, de lana; la carona, el recado o montura, la cincha, que ciñe el vientre del animal y sujeta estos arreos, y, por último, los cojinillos, de piel lanada de oveja; el sobrepuesto y la sobrecincha. Uno a uno han cumplido los peones esta labor maquinal, pero precisa y matemática. Con unas palmaditas en las ancas o una caricia en el cuello gratifican la tranquilidad de los brutos o tratan de dominar la inquieta sangre de los menos mansos.

¡Arriba! Y todos a una nos largamos al campo para cumplir la jornada. Pasada la tranquera, enderezamos por el camino que resuena bajo los cascos de los caballos como parche de tambor. El fresco de la madrugada nos mete entre costilla y costilla su daga fría, y el relente, en su final descenso, humedece la tela del poncho. Uno que otro fósforo llamea fugaz. Conversan los hombres, ríen, fuman. Yo devoro a solas mi pensamiento, porque me gusta estar callado, metido en los hondos repliegues del espíritu, cuando el latido preanunciador del alba viene presionando la sangre del paisaje.

Andadas dos leguas, la tenue claridad comienza a manchar, tímidamente, la cara del naciente. Poco a poco gana en fuerza y se da en oros pálidos, en ocres y en rojos sucesivos. Madura se abre como una granada y se rompe en haces rutilantes hasta cubrir el cielo y la comarca con un velo puro, brillante, transparente. Y con ella —llave maestra—el bosque se despierta, levantando la bandera del trino eufórico, del rumor desasosegado, del chillar áspero y bronco de los monos machos. Una onda de color, de luz, de música y de gritos, se extiende por los aires, sube por los árboles y se acuesta sobre el verde colchón de las praderas ilimitadas.



Antes de dividirnos en grupos de a dos y de a tres en procura de la hacienda que sale de los dormideros montaraces, contemplo a mis hombres. Todos son cetrinos de color, de talla más que mediana, de músculos elásticos, de facciones varoniles. El aire y el sol los quieren bien y ellos pagan este amor con pasión casi salvaje. No aman los espacios cerrados y el tumulto de las ciudades. Devotos de la libertad — que en el campo se da sin remilgos—, prefieren la vida bravía, pobre, a la comodidad encarcelada de los perímetros urbanos.

Son como hermanos del alba,
son amigos del lucero.
Toman el pulso a la aurora,
velan al sol en descenso.

Su atuendo campero es sencillo y práctico. Camisa o chaqueta cerrada, con tres o cuatro bolsillos para guardar el cigarro, el naco y los fósforos, la pequeña libreta de notas, el pañuelo de tela burda y los billetes y monedas. En vez de ceñidos pantalones, usan bombachas anchas de gruesa y sufrida tela, que protegen de las rasgaduras de pinchos y cuernos con pierneras de cuero curtido que suben hasta los muslos. No van calzados, y en esos pies de dura y quemada epidermis, las espuelas, con rodajas de agudos dientes, se sostienen merced a finas tiras de cuero, que, partiendo del tobillo, se cruzan en el empeine y se abrochan con botones de fino trenzado. El sombrero de «pirí» (paja), aludo y con barbijo, les protege la nuca y la frente de los ardores solares, y el largo cuchillo—arma y utensilio—asoma su mango de hueso o madera por detrás de la cintura. En la mano derecha, el rebenque o el arreador. El trenzado lazo de cuero, recogido en círculos, con su argolla de metal, que cierra el nudo cuando cae sobre las astas o menea las patas cuando se tira el pial, simboliza el esfuerzo humano dispuesto a dominar el ímpetu animal. Hábiles jinetes, el caballo no tiene para ellos secretos.

Mientras el sol asciende y sediento se bebe el rocío y lanza en mano se precipita contra las aguas de charcas y lagunas, nosotros dirigimos nuestros caballos hacia los manchones de hacienda que pastean en sus comederos habituales. Los cuatro puntos cardinales se llenan de voces y silbidos, y los vacunos, acostumbrados a estas maniobras, primero miran y luego comienzan a andar y trotar en la dirección indicada de antemano por los expertos guiadores.

En lugares estratégicos, cerrando las entradas a los arbolados, se hallan apostados los vigilantes. Y cuando un lote, capitaneado por un mañero, busca el cobijo del monte, los guardias gritan o silban y tuercen la dirección de la tropilla. Los perros, duchos en estas lides, cooperan eficazmente. Infatigables, atentos al llamado, con las orejas tiesas y las rojas lenguas colgando, galopan detrás de los jinetes en los precisos momentos en que uno o dos o tres vacunos rebeldes intentan salirse del rodeo o romper la fila para escabullirse. Y los torean en círculo y los más audaces se prenden de los morros, y ni el más hábil cabeceador es capaz de sacarse de encima tan dolorosa pesadilla. Obedecen, sin embargo,

(1) La «h» se pronuncia como «j». El guaraní tiene inflexiones guturales y guturonasales; de ahí el frecuente uso del acento circunflejo para cargar la inflexión.

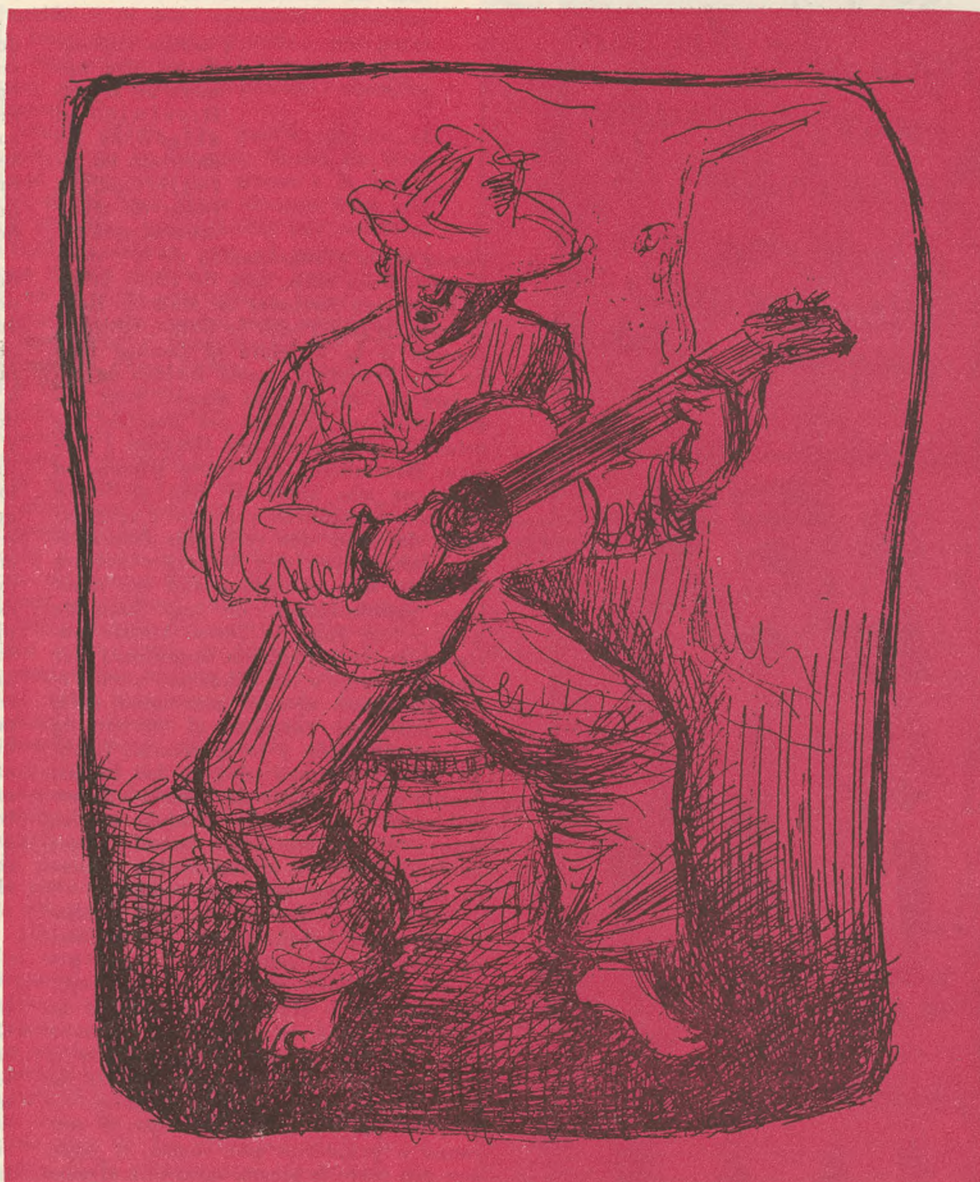
al grito, a ese «salai» (1) peculiar y sonorísimo.

Desde distintos ángulos convergen las puntas de ganado hacia el lugar elegido. Mientras llegan, nos dedicamos a pastorear la hacienda, ya reunida, que muge, se cornea, se embiste. Los terneros balan llamando a las madres; los toros olfatean, rijosos, a la vacada, y los más impetuosos saltan sobre las hembras o buscan camorra con los demás padrotes. No faltan los animales inquietos que tratan de escapar por las buenas o por las malas. Nunca veréis tranquilos a estos «saguaás» (salvajes) de las praderas. Les llamo solitarios empedernidos, anacoretas vacunos, amigos de la penumbra de las «islas», en cuyas orillas pasan buena parte del día. Desconfiados a más no poder, huelen, que no oyen, el movimiento o la presencia del hombre. Y se meten en sus cuevas verdes hasta que pase el peligro. Odian la compañía de sus congéneres normales; les asquea la muchedumbre, aislándose del contacto vulgar y denso. Esta «élite» astada es la rémora más nefasta de nuestros campos, porque forma escuela y tiene seguidores. Como en las estancias no necesitamos líderes ni profetas, el condigno castigo que merece su rebeldía es la castración, si son toros, y el encierro en pequeños y limpios potreros si son novillos. Hasta que se reformen o engorden para la venta.

Ya está completa la tropa. Delante van los peones punteros abriendo la marcha, y su grito de «¡Hopa, hopa!», y su largo silbido («uii, uii, uii, uiiiiuuu»), son señales que la hacienda entiende. Cuidan los flancos tres hombres por lo menos y cubren la retaguardia otros tantos. Mientras marchamos, un coro plañidero de mugidos y balidos llena el aire claro. Los corceles, sudorosos e inquietos, tascan el freno, levantan la cabeza y nos salpican con la espuma verdosa de sus belfos. Al menor amago emprenderán la carrera o se alzarán en el estupendo movimiento de la caracolada. Los caballos criollos—en cuyas venas bullen gotas de la vieja sangre andaluza—son incansables, ágiles, pequeños de estatura, de remos finos, pecho abierto y ancas redondas. En la disparada sólo el viento los vence, y en el trabajo rinden más de lo que su físico, al parecer, puede permitirles.

Se ha formado el rodeo. Los vacunos no son llevados a los corrales, y de ahí al brete si el trabajo es de rutina. La inspección cuidadosa permite descubrir a los «abichados», cuya cura se hace de inmediato tumbándolos a fuerza de lazo y calcular los problemáticos porcentajes de parición o de preñez. El carimbo, marcado a fuego en la quijada, proporciona la edad exacta del animal y sirve para el aparte, selección y clasificación de madres, sementales y crías. Esta labor inspectora dura a veces horas, y cuando todo lo necesario se ha hecho, se abre el rodeo y los vacunos regresan, lentamente, a sus habituales comederos. Y ahí empieza la desesperación de las madres buscando a las crías, y el coro resurge, potente e ininterrumpido, hasta que, con el andar de las coristas, se aleja y se pierde en la lejanía.

A casa o a tomar el «tereré», si la faena ha sido agobiadora. Y otra vez la rueda cordial se forma al aire libre, bajo las copas sombrías y acogedoras de los árboles. El «tereré» es el mate frío, o, si queréis darle otro nombre, llamadle «bebida de hierba». En las manos de varios hombres aparecen las criollas guampas lustrosas y corvas. Ya tiene el corro su estimulante apropiado, su bebida grata, su engañatripas necesario. Y con el «tereré» se aclaran los semblantes, huye el ceño adusto, desaparece el gesto cansino. La sonrisa se abre y la risa emula el canto del pájaro que todos llevamos dentro. La anécdota, el chiste, la sátira, son saetas que salen de las bocas y van a caer directamente en uno y por reflejo en otros. Pero esta vez el tema no se remonta a lejanías o recuerdos. Sale de la cantera del trabajo que se acaba de hacer. Quién más, quién menos, se vió en figurillas, cayó del caballo o los rebeldes le jugaron una mala pasada. Y todos ríen, se desbordan como arroyos, chancean a gusto. Y como el «tereré» no ha concluído, la alegre charla peonil dura lo que dura el agua traída para las cebaduras.



Los hombres saborean la bebida hasta la postrera gota, manifestada en el rezongo de las últimas chupadas, que al subir por el interior de la bombilla semeja un ronquido de durmiente. No lejos del corro, flojas las cinchas, los caballos pacen la hierba densa y verde, ajenos al sol, que, próximo al mediodía, cae implacable sobre la llanura y penetra, como puede, en la misteriosa alcoba de los bosques. Es la hora propicia para que vuelva la modorra a enturbiar las pupilas y la mariposa del sueño a posarse sobre los párpados. Regresamos. Cabalgaduras y jinetes desean llegar cuanto antes a las casas. Las primeras, para verse libres y renovadas con la frescura del baño a que las someten después de tan ruda labor; los segundos, para saborear y deleitarse con el espeso locro y el asado jugoso.

Por la tarde, si el trabajo a campo abierto no requiere continuación, los peones dedicarán las horas al arreglo de sus pilchas, a trenzar un lazo y a dar de comer, a la caída de la tarde, a los sementales estabulados. Cuando la campanita del oratorio lance al aire los dulces y claros sones de su bronce y las alas vibrantes de los ángeles jueguen sobre la línea roja del crepúsculo, volverá el fogón a recibir la visita de los hombres y el mate dará sus vueltas interminables, mientras la guitarra cálida y el último canto de los pájaros recogen la emocionada despedida de la naturaleza, próxima a arrebozarse en la sombra.

Después, la noche, desnuda y tibia, irá encendiendo las luces de los cielos, y los grillos, como reseros nocturnos, lanzarán, constantes, sus «¡Hopa, hopa!», mientras arrean las tropas del silencio.

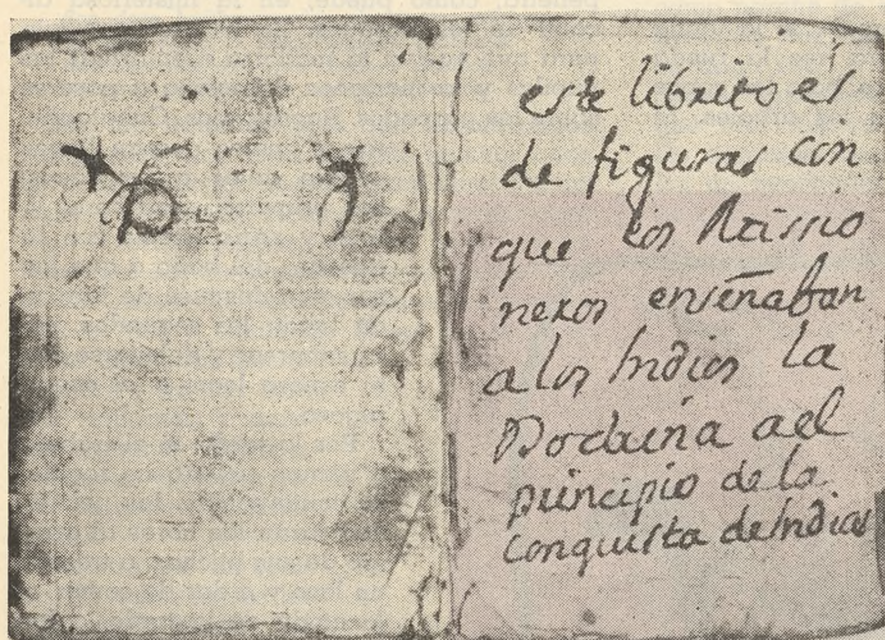
VOCABULARIO NO GUARANI.

«Abichados», agusanados; «barbijo», barboquejo; «bichera», gusanera; «carimbo», número de fecha de marcación; «carona», doble pieza de cuero basto colocada sobre la jerga; «cebar», preparar adecuadamente el mate, echarle el agua dentro; «cebador», el que ceba; «cebadura», acto de cebar; «cincha», cinturón de cuero ancho, con encimera y argollas; «cojinillos», pieles estaqueadas de oveja, recortadas y dispuestas sobre la montura (conservan la lana); «guampas», astas (la parte ancha y hueca se emplea para recipiente, jarro y algunos otros usos camperos); «islas», arbolados rodeados de llanuras; «jerga», jerguncillo, mandril tejido a mano; «locro», sopa espesa de granos de maíz con cecina; «manear», sujetar las manos del animal; «maneador», sujetador de cuero; «mañero», mañoso; «naco», tabaco para mascar; «pialar», sujetar las patas con el lazo (no es cosa fácil y la habilidad está en hacerlo con el animal que camina o se halla parado); «pial», acción de pialar; «pierneras», polainas altas; «pilchas», arreos y prendas personales.

---

(1) Es curioso el empleo de este vocablo. Deduzco que es una contracción de «sal de ahí». Poco a poco se fué apocopando y se transformó en uno nuevo, de gran precisión.

COMO APRENDIERON LOS INDIOS A REZAR





EL CATECISMO EN JEROGLIFICOS DE FRAY PEDRO DE GANTE

Por FRANCISCO ESTEVE BARBA



Ya hemos explicado en otro número de MVNDO HISPÁNICO el origen de las doctrinas en jeroglíficos, su razón de ser y utilidad que tuvieron en la evangelización de la Nueva España. Pues bien, una de ellas—la de la Biblioteca Nacional de Madrid—lleva la firma de fray Pedro de Gante. Quizá la pensara o la dirigiera el famoso lego de San Francisco, quizá incluso la dibujara por sus propias manos. Fray Pedro—todo un símbolo—es uno de los primeros misioneros que llegaron a México. Desembarcó en Nueva España en 1523—un año antes de que arribaran los doce apostólicos varones—, acompañado de otros dos religiosos franciscanos, Johann van den Auwera y Johann Dekkers, más conocidos con los nombres, españolizados, de fray Juan de Aora y fray Juan de Tecto. Ambos murieron en la expedición organizada por Hernán Cortés a las Hibueras; pero Pedro de Gante alcanzó una larga vida, que puso por completo al servicio de la evangelización y la enseñanza. Cuando llevaba algunos años en las Indias, rogaba a sus amigos de España que escribieran a su familia dándole nuevas suyas; él casi no podía hacerlo, pues había olvidado su idioma nativo a fuerza de no hablar más que español.

Había nacido por el año 1480, probablemente, en Aybghem Saint Pierra; hoy, un suburbio de Gante; antaño, una pequeña población situada en las proximidades de la ciudad. No sabemos de quién era hijo, pero hemos de pensar que descendía de muy altas personas si nos atenemos a un expresivo párrafo de una de sus cartas, dirigida a Carlos V: «...pues que V. M. e yo sabemos lo cercanos e propincuos que somos, e tanto que nos corre la misma sangre...» «Dame atrevimiento—escribía en otra ocasión—ser tan allegado a Vuestra Majestad y de su tierra.»

Su ascendencia no le hizo vanidoso; antes bien, se distinguió por una auténtica humildad, porque no quiso ser durante toda su vida sino lego, sin pretender dignidad ni aceptar cargo. Había venido a España con el Emperador, y aquí tuvo nuevas del descubrimiento y la conquista llevada a cabo por Cortés. Esto le decidió a trasladarse a donde mejor pudiera servir a Dios.

En México fundó el colegio de San Francisco, y en adelante puso en los indios todos sus amores. Pronto empezó a conocerlos y a entender sus condiciones y quilates. Como observara que la adoración a sus dioses consistía en cantar y bailar delante de ellos, se le ocurrió componer «motivos muy solemnes sobre la Ley de Dios y de la fe». Lo mismo que les enseñaba a leer la doctrina con sus figuras, les hacía cantar con su música los misterios cristianos. También les proporcionaba elementos para que pintaran las mantas con que se cubrían para danzar, una vez que hubo observado cómo acostumbraban vestirse de alegría, de luto o de victoria, según la causa y la significación de sus distintos bailes.

No sólo les enseñaba «diversidades de letras y cantar y tañer diversos géneros de músicas». Sabemos por varios autores que existían junto a la escuela otros aposentos y singularmente cierta famosa capilla de San José, contigua a la iglesia y colegio de San Francisco, donde se enseñaba a los indios a pintar y a esculpir, de modo que de allí salían las imágenes y los retablos para los templos de todo el territorio, al mismo tiempo que los cantores y los músicos necesarios para celebrar el culto en todas las iglesias. Bajo la dirección de fray Pedro, los indios practicaban desde los oficios de la cantería y la carpintería hasta el arte del bordado, pasando por las técnicas propias de los sastres, de los zapateros y de los herreros. Como donosamente escribe Mendieta, eran «como monas, que lo que ven hacer a los unos lo quieren hacer los otros»; por eso dominaron bien pronto todo aquello, e incluso llegaron en sus trabajos a una perfección mayor de la que los oficiales españoles hubieran deseado que alcanzaran, celosos de la clientela que podían restarles.

* * *

Pero aquí vamos a hablar de la doctrina en jeroglíficos de fray Pedro de Gante: un catecismo tan pequeñito, que casi debía perderse entre las manos de los catecúmenos. Cada dos de sus diminutas páginas, divididas en cinco líneas, deben leerse como si fueran una sola, de modo que la primera línea de la primera página se prolonga en la primera línea de la segunda, y así cada línea se continúa en la que tiene enfrente, no como en nuestros libros, en que los renglones se ordenan exclusivamente dentro de cada carilla.

Los signos no son de esos que son creación y patrimonio de todo un pueblo o de toda una cultura, que los han ido elaborando con el tiempo; es decir, como los egipcios, o los caldeos, o como los signos alfabéticos que nosotros manejamos. Por el contrario, están hechos para un reducido círculo de personas; acaso no tuvieran expansión más allá de los muros de San Francisco; tal vez sólo fueran conocidos por los catecúmenos de fray Pedro, porque probablemente cada evangelizador tenía los suyos. Son arbitrarios y convencionales, pero no dejan de ser curiosos. Como conocemos la mayor parte del texto del manuscrito, compuesto de las oraciones que tenemos siempre en el corazón y

en los labios, no es difícil descifrarlo, al menos en parte. Aquí quiero rogar al lector que siga conmigo atentamente, una por una, las líneas del precioso y pequeño códice, cuya reproducción incluye entre sus páginas este número de MVNDO HISPÁNICO. Los signos se nos antojan, a primera vista, incomprensibles. No hay tal cosa, sin embargo. Veamos. En primer lugar, parece que hay una figura persignándose. ¿No es así? Luego viene otra figurilla con dos cruces, una sobre la cabeza, otra sobre una de sus manos, como apoyada en un dedo extendido. Es un signo que quiere decir *santo* o *santa*, como no tardaremos en comprobar en otros casos. A continuación, la cruz; después, un signo que parece una flor radiada; luego, un hombre con una lanza—el enemigo, al que volveremos a encontrar en el credo, en el papel de Poncio Pilato—y una mano con el índice extendido, que es la *salvación* o la *liberación*. No es difícil establecer el texto: «Por la señal de la santa Cruz, del enemigo líbranos o sálvanos.» Luego vienen dos cabezas y una mano apuntando a una estrella. Son partículas gramaticales, cuyo alcance concreto es difícil asegurar, pero que veremos continuamente repetidas, en el papel de artículos o como pronombres. A continuación, un rectángulo y tres barrotes, que, inscritos en él, al parecer sustituyen a las letras INRI: es la palabra *nombre;* la cabeza de antes, que aquí significa *del*, y la figura, que, en todo caso, viene a expresar la idea del *Padre*, bien sea el padre de una persona, como en el cuarto Mandamiento, o bien, como aquí, la primera persona de la Santísima Trinidad. El Hijo se dibuja de frente, y el Espíritu Santo queda sugerido por una extraña ave con las alas abiertas. Por primera vez vemos luego el signo de *amén*, indefectiblemente colocado al final de cada oración; de modo que el sentido de estas líneas, que es muy claro, completa la fórmula que empleamos para persignarnos: «En el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo. Amén.»

Ahora empieza el *Padrenuestro. Padre:* de nuevo la figura del Padre, y luego, otra sentada—sugiriendo la idea de *estar*—sobre un círculo estrellado, que es el cielo; mas, por si fuera poco, hay luego otro círculo azul que incluye cuatro estrellas: «Padre, que estás en los cielos.» De la boca le sale al signo siguiente como una flor roja; es una figura que bendice: bendito, pues, santificado, bendito tu nombre.

La frase *venga a nos* no se deja interpretar fácilmente; pero la palabra *reino*, sí; es el mismo ideograma de la Tierra: una esfera azul transida por una T, coronada por una cruz, pero que aquí está sostenida por una mano. La Tierra, sostenida, mantenida por la mano de su dueño, constituye el reino. Luego hay cuatro dibujos cuya lectura podría proponerse así: *tierra, hágase, voluntad, cielo*, o lo que es lo mismo: «hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo». El *hágase* lo veo en la figura de cuya boca salen como dos circulitos; estos dos circulitos, siguiendo una fórmula muy utilizada incluso por los jeroglíficos puramente indígenas, son, sin duda alguna, la palabra, y la palabra en este caso es el *fiat*, el *hágase*, porque *hágase* fué la palabra por la que Dios creó el mundo. En cuanto al símbolo de *voluntad*, podría ser esa mano que señala tal vez un escrito, como la que se repite, páginas adelante, al iniciarse la enumeración de los Mandamientos de la Ley de Dios.

Breve y precisa es la expresión gráfica de la petición del pan nuestro de cada día: es una mano rodeada de cuatro pequeños círculos con el valor de *hoy*, seguida de dos figuras, una de las cuales recibe el pan, coronado por una cruz, que la otra le entrega. Más confusa es la expresión «perdónanos nuestras deudas»; pero luego hay dos figuras iguales, sin color, que significan *nosotros*, a ambos lados del signo del pecado, y seguidas de otro personaje imponiendo las manos sobre la cabeza de otro más pequeño: «nosotros perdonamos a nuestros deudores».

No es muy claro el «no nos dejes caer en la tentación», pero sí el «líbranos de mal», porque *líbranos* se expresa con la misma mano señalando a la derecha que hemos visto utilizada en la fórmula «de nuestros enemigos líbranos, Señor», y el *mal*, con una especie de puñal o daga. Por último, el consabido *amén*, que va al final de todas las oraciones.

Por primera vez aparece la Virgen en la introducción a la salutación angélica: «Dios te salve, María; llena eres de gracia; el Señor es contigo.» *Bendita*, en el Avemaría, se expresa con el mismo signo que se empleaba para dar a entender en el Padrenuestro el *santificado*, y la frase «entre las mujeres», por figuras que significan la mujer en unos casos y la madre en otros, según se podrá comprobar en el modo de escribir el cuarto Mandamiento. La conjunción *y* es muy aparatosa: atraviesa la línea como una columna; casi parece una separación más que una unión; pero al otro lado continúa: «bendito Jesús».

«Santa María (de nuevo aparece el símbolo de la Virgen), Madre de Dios (una figura con dos cruces a la espalda), ruega (una figura de cuya boca sale un circulito, una palabra) por nosotros, pecadores, ahora (con el mismo signo que vimos empleado para escribir *hoy*) y en la hora de nuestra muerte.» La muerte es una momia muy esquemática.

Comienza a continuación el Credo. «Creo en Dios Padre, Todopoderoso.» La Omnipotencia se expresa por una figura con el índice extendido. Como símbolo de Creador, la figura tiene ante sí una pequeña imagen del cielo: «Creador del cielo y de la tierra.»

«Creo en Jesucristo, su único Hijo, Nuestro Señor, que fué concebido por obra y gracia del Espíritu Santo, y nació de Santa María, Virgen; padeció (unas disciplinas, símbolo del padecimiento) debajo del poder de Poncio Pilato (cuya figura es idéntica a la del enemigo que aparece en la fórmula que nos sirve para persignarnos); fué crucificado, muerto y sepultado (un rectángulo negro expresa la sepultura); resucitó al tercer día (tres soles superpuestos) de entre los muertos (la consabida forma esquemática de la momia), subió a los cielos (un hombre subiendo por una escalera, y a continuación el símbolo del cielo) y está sentado a la diestra de Dios Padre Todopoderoso.»

«Desde allí ha de venir a juzgar a los vivos y a los muertos. Creo en el Espíritu Santo, en la Santa Iglesia Católica (un edificio rematado por dos cruces), en la comunión de los santos, en el perdón de los pecados, en la resurrección de la carne y en la vida perdurable» (un árbol de la vida, que da idea de la existencia). Antecede a cada uno de los artículos de la fe el signo de la palabra *creo*, compuesto de tres cruces enlazadas. (Hasta aquí las reproducciones que damos en estas páginas.)

De las dos oraciones que siguen, la segunda tiene elementos del *Yo, pecador*. Después de una complicada explicación del misterio de la Santísima Trinidad, a partir de la página 35, se lee una relación de los Artículos de la Fe, de los cuales—explica el Catecismo—los siete primeros pertenecen a la Divinidad, y los otros siete, a la Santa Humanidad de Cristo.

Estos números se expresan por un elemental procedimiento de círculos superpuestos, agrupados en dos mitades por encima y por debajo de una línea horizontal; en cuanto a los Artículos, que repiten los del Credo, no es preciso insistir sobre ellos. El mismo sistema de numeración emplea el autor del Catecismo para referirse a los Mandamientos de la Ley de Dios, que comienzan a partir de la última línea de la página 47. Aquí la palabra *mandamiento* se expresa con una especie de díptico, un escrito, al parecer, en pergamino, y para referirse a la ley, se utiliza la misma mano que en el Padrenuestro se empleaba para referirse a la voluntad de Dios.

Son diez Mandamientos—explica la Doctrina—; los tres primeros pertenecen al honor de Dios, y los otros siete, al provecho del prójimo. En cuanto a la idea de *prójimo*, se da a entender por dos bustos o cabezas, separadas por un rectángulo verde y situadas sobre otros tres, de los cuales el central es rojo. Inmediatamente se enumeran los preceptos. El primero, «amar a Dios»; *amar* se significa por una especie de oferente, que lleva en su mano no se sabe qué objeto. En cuanto al segundo, no hay sino dibujar una figura de cuya boca sale el signo de la palabra, y, por consiguiente, habla; nombra, en este caso, el nombre de Dios el consabido rectángulo con el INRI inscrito, aquí algo más claro que en la primera ocasión en que tropezamos con él. «Santificar las fiestas» está expresado con una cruz, un dintel coronado por el mismo signo, de donde penden *(Pasa a la pág. 60.)*

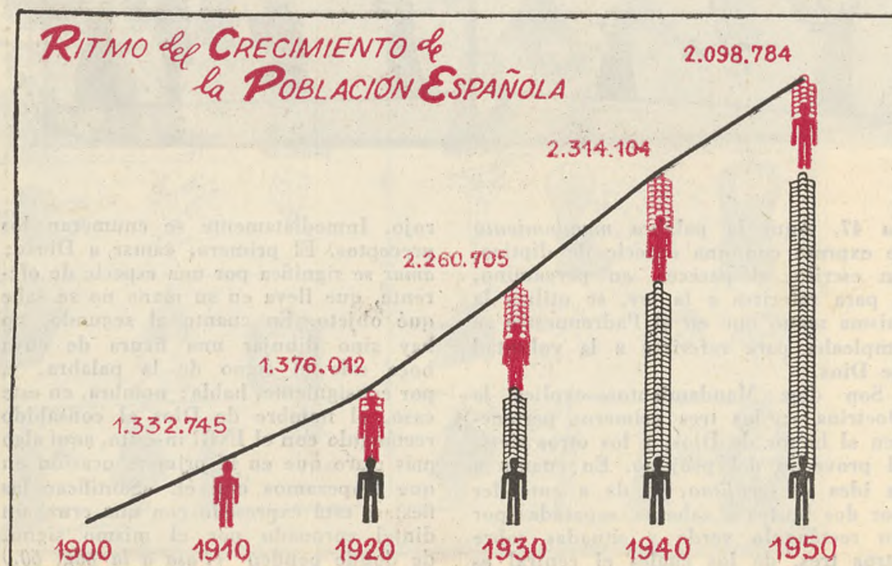


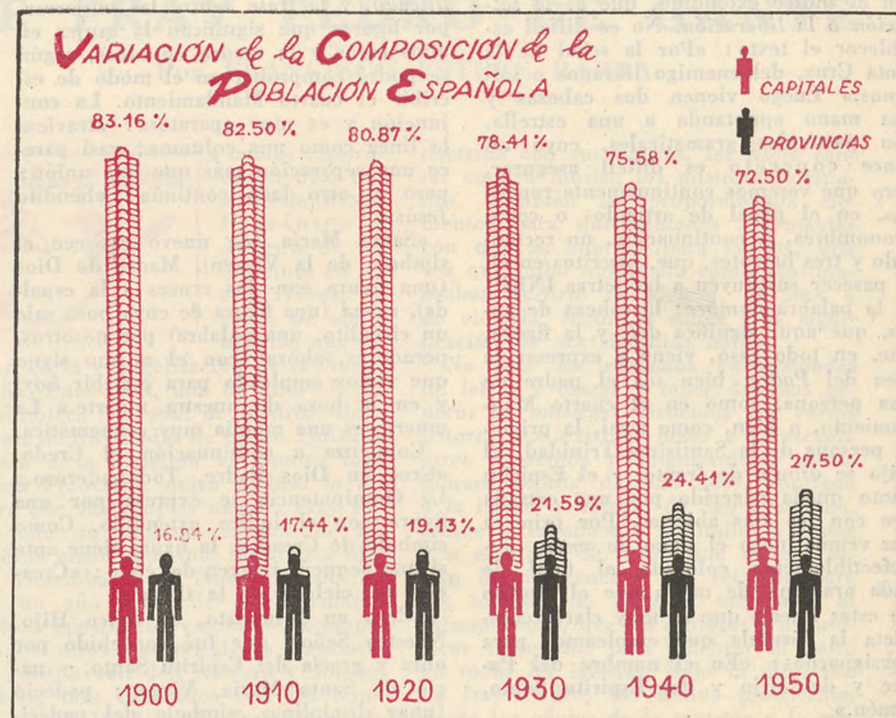
ALGUNOS ASPECTOS DE LA POBLACION ESPAÑOLA

Por F. SOBRADOS MARTIN

POBLACION DE HECHO EN ESPAÑA — CENSO 1950

PROVINCIA	Capital	Por km²	Provincia	Por km²
Alava	52.206	272	118.012	39
Albacete	71.822	58	397.100	27
Alicante	104.222	524	634.065	108
Almería	76.497	261	357.401	41
Avila	22.577	240	251.030	31
Badajoz	79 291	51	815.780	38
Baleares	136.814	687	422.089	84
Barcelona	1.280.179	17.300	2.232.119	284
Burgos	74.063	861	397.048	28
Cáceres	45.429	26	549.077	28
Cádiz	100.249	11.139	700.396	96
Castellón de la Plana	53.331	498	325.091	49
Ciudad Real	34.244	118	567.027	29
Córdoba	165.403	133	781.908	57
Coruña (La)	133.844	3.718	955.772	121
Cuenca	24.836	36	335.719	20
Gerona	28.915	4.131	327.321	56
Granada	154.378	1.715	782.953	63
Guadalajara	19.131	127	203.278	17
Guipúzcoa	113.776	1.896	374.040	198
Huelva	63.648	427	368.013	36
Huesca	21.332	227	236.232	15
Jaén	61.610	146	765.697	57
León	59.549	2.290	544.779	35
Lérida	52.849	249	324.062	27
Logroño	51.975	666	229.791	46
Lugo	53.743	169	508.916	51
Madrid	1.618.435	2.810	1.926.311	241
Málaga	276.222	667	750.115	103
Murcia	218.375	233	756.721	67
Navarra	72.394	3.147	382.932	37
Orense	55.574	741	467.903	67
Oviedo	106.002	667	888.149	82
Palencia	41.769	440	233.290	29
Palmas (Las)	153.262	1.548	375.227	92
Pontevedra	43.221	527	671.609	153
Salamanca	80.239	2.767	411.963	33
Santa Cruz Tenerife	103.446	685	418.101	121
Santander	102.462	2.561	404.921	74
Segovia	29.568	1.556	201.433	29
Sevilla	376.627	2.615	1.099.374	78
Soria	16.878	46	161.182	16
Tarragona	38.841	1.079	356.811	57
Teruel	18.745	986	236.002	16
Toledo	40.243	174	527.474	34
Valencia	509.075	3.771	1.347.912	123
Valladolid	124.212	627	347.768	42
Vizcaya	229.334	3.822	569.188	263
Zamora	38.320	270	315.885	30
Zaragoza	264.256	254	621.768	36
TOTAL	7.693.413	522	27.976.755	55
Ceuta	59.936	3.155	59.936	155
Melilla	81.182	6.765	81.182	765
TOTAL CON CEUTA Y MELILLA	7.834.531	531	28.117.873	56





Según el último de los censos realizados, la población española, de hecho, superaba en 1950 los 28 millones de personas.

La estructura de esta masa humana, según el sexo, estaba configurada de la siguiente manera: 13.542.159 varones, frente a 14.575.714 hembras, es decir, la población femenina superaba a la masculina en 1.033.545 personas.

En general, todas las provincias tienen mayor número de hembras que de varones, exceptuándose Guadalajara, Huesca, Lérida, Segovia y Valladolid, correspondiendo la diferencia mayor entre el sexo femenino y masculino a Barcelona y Madrid, con unos excedentes de 173.137 y 133.965 varones, respectivamente.

EVOLUCION

Con arreglo a los cuatro censos realizados en lo que va de siglo, la población española ha mostrado una tendencia ascendente, superando en 1.374.279 habitantes el realizado en 1910 con relación al de 1900. En los censos sucesivos y relacionados con los precedentes, el ritmo de crecimiento fué el siguiente: 1.397.642 para 1920. 2.288.344 para 1930, 2.037.183 para 1940 y 2.103.595 para el último, correspondiente a 1950.

El incremento total obtenido en la primera mitad del siglo asciende, pues, a 9.501.243 habitantes, correspondiendo el mayor a la diferencia entre 1930 a 1920, y el menor, a la de 1910 con relación al primero del siglo. En 1940 el aumento es menor que el obtenido anteriormente. Este descenso en la proporción del crecimiento se debe fundamentalmente a que durante este período se padecieron los tres años de la guerra española, que evitaron matrimonios, por una parte, y para el que aumentaron las defunciones, por otra.

Para 1950 la proporción del crecimiento aumenta nuevamente, superando a la del período anterior, aunque no llegara a alcanzar el ritmo correspondiente al de 1930.

En 1955, y según los cálculos realizados por la Dirección General de Estadística, se habrán superado los 29 millones de personas, y para 1960, se llegará a la cifra total de 30 millones.

DENSIDAD

España tiene una densidad media de 56 habitantes por kilómetro cuadrado.

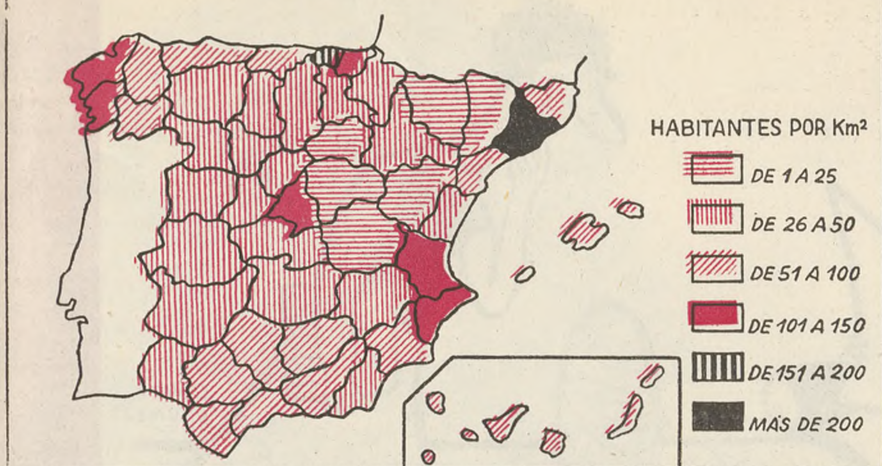
Las provincias más densamente pobladas son las de Barcelona y Madrid, con 284 y 241 habitantes por kilómetro cuadrado, respectivamente, siguiendo Guipúzcoa, con 192.

La zona que tiene mayor densidad de población es la costera, siendo las provincias situadas sobre el litoral las únicas que superan la cifra de 100 habitantes por kilómetro cuadrado, excepción hecha de la capital de la nación.

El profesor Perpiñá Grau, en su obra titulada «De estructura económica y economía hispana», hace un interesante y original estudio de la densidad de población en España, dividiendo el territorio nacional en círculos concéntricos (1).

Así, dice que si trazamos, tomando como centro a Madrid, cuatro círculos concéntricos con radios de 100 en 100 kilómetros, la primera corona representará el 10 por 100 de la extensión total de España; la segunda, el 20 por

(1) «De estructura económica y economía hispana». Madrid, 1952.



100; la tercera, el 47 por 100, y la cuarta, sólo el 26 por 100, ya que se extiende por el mar y por el territorio portugués.

La distribución completa de la población española por municipios y número de habitantes de los mismos aparece expuesta en el cuadro siguiente:

MUNICIPIOS DE ESPAÑA (PENINSULA E ISLAS ADYACENTES) Y SU POBLACION DE HECHO EN 1950

MUNICIPIOS	Número	Población de los mismos
Hasta de 100 habitantes	64	5.357
De 101 a 500 habitantes	2.975	922.847
» 501 » 1.000 »	2.077	1.472.892
» 1.001 » 2.000 »	1.623	2.304.616
» 2.001 » 3.000 »	732	1.793.409
» 3.001 » 5.000 »	754	2.921.020
» 5.001 » 10.000 »	584	4.054.930
» 10.001 » 20.000 »	256	3.360.742
» 20.001 » 30.000 »	62	1.444.739
» 30.001 » 50.000 »	33	1.212.766
» 50.001 » 100.000 »	30	1.884.194
» 100.001 » 500.000 »	21	3.332.672
» más de 500.000 »	3	3.407.689
TOTAL	9.214 (1)	28.117.873

(1) Incluídos Ceuta y Melilla.

La población por kilómetro cuadrado correspondiente a la zona central es de 21.800 habitantes; la segunda zona o primera corona tiene una densidad de 34 habitantes por kilómetro cuadrado; la tercera, de 25; la cuarta, de 48, y la quinta, de 84.

La segunda corona tiene una densidad mayor que la tercera debido a los núcleos urbanos y agrícolas existentes como consecuencia de la proximidad al gran núcleo que supone la capital de España. A partir de la segunda, se observa que la densidad es mayor, hasta llegar al máximo para la corona que comprende las provincias costeras.

DISTRIBUCION

La población española podemos caracterizarla como esencialmente rural, ya que el número de municipios que no alcanzan la cifra de 10.000 habitantes es de 8.809, con una población total de 13.475.071 personas, que supone casi la mitad del número de habitantes de la Península.

La mayor cifra absoluta corresponde a los 584 municipios con población comprendida entre 5.000 a 10.000 habitantes, cuya suma total asciende a 4.054.930 personas.

Las ciudades de gran población son escasas, existiendo únicamente veinticuatro con más de 100.000 habitantes y sólo tres cuya cifra supera al medio **millón**.

MOVIMIENTOS

Vamos a distinguir dos clase de movimientos, claramente perfectibles y perfectamente diferenciados, puestos de manifiesto por la población española.

1.—Emigración.

En el movimiento emigratorio español pueden destacarse varios aspectos, pero nosotros vamos a ocuparnos únicamente del grupo de españoles que abandonaron el suelo nacional bajo la condición de emigrantes y con destino a los países iberoamericanos, ya que esta corriente ha sido, por razones conocidas, la más importante en todo tiempo. Este movimiento aparece reflejado, en sus diversas alternativas, en el cuadro siguiente:

EMIGRACION TRANSOCEANICA ESPAÑOLA (1)

Años	Emigrantes	Preferencia
,909	111.058	Argentina
1910	160.936	»
1911	139.683	»
1912	194.443	»
1913	151.000	»
1914	66.596	»
1915	50.359	Cuba
1916	62.247	»
1917	43.051	»
1918	20.168	»
1919	69.472	»
1920	150.566	Argentina
1921	62.479	»
1922	73.512	»
1923	93.246	»
1924	86.920	Cuba
1925	55.544	Argentina
1926	45.183	»
1927	45.867	»
1928	48.555	»
1929	50.212	»
1930	41.560	»
1931	14.355	»
1932	10.152	»
1933	6.742	»
1934	15.655	»
1935	16.961	»
1936	10.709	»
1937	161	Cuba
1938	1	Argentina
1939	651	»
1940	2.345	Cuba
1941	4.322	Argentina
1942	2.239	»
1943	1.491	»
1944	1.536	»
1945	2.736	4
1946	5.575	»
1947	13.532	»
1948	19.156	»
1949	44.835	»
1950	59.137	»
1951	61.334	»

Según puede observarse en los datos anteriores, el movimiento emigratorio español representa unas cifras considerables para los primeros años consignados en la serie. Este movimiento disminuye a partir de 1914 y se recupera hasta conseguir cifras equiparables a las de los primeros años en 1920. Los años sucesivos, y hasta 1930, demuestran un desarrollo más o menos uniforme, pero con tendencia descendente. Este descenso se acentúa a partir de dicho año, y es particularmente notable en los años comprendidos por la contienda española (1936-1939), durante los cuales la emigración fué prácticamente nula. Una vez concluída la misma, las cifras de emigrantes siguen siendo reducidas, como consecuencia del bloqueo político internacional a que sometieron la generalidad de los países a España durante los años 1940 y sucesivos. A medida que las relaciones con el Gobierno español se van normalizando, este movimiento vuelve a acentuarse hasta adquirir en los últimos años un volumen análogo al obtenido para la segunda decena del siglo.

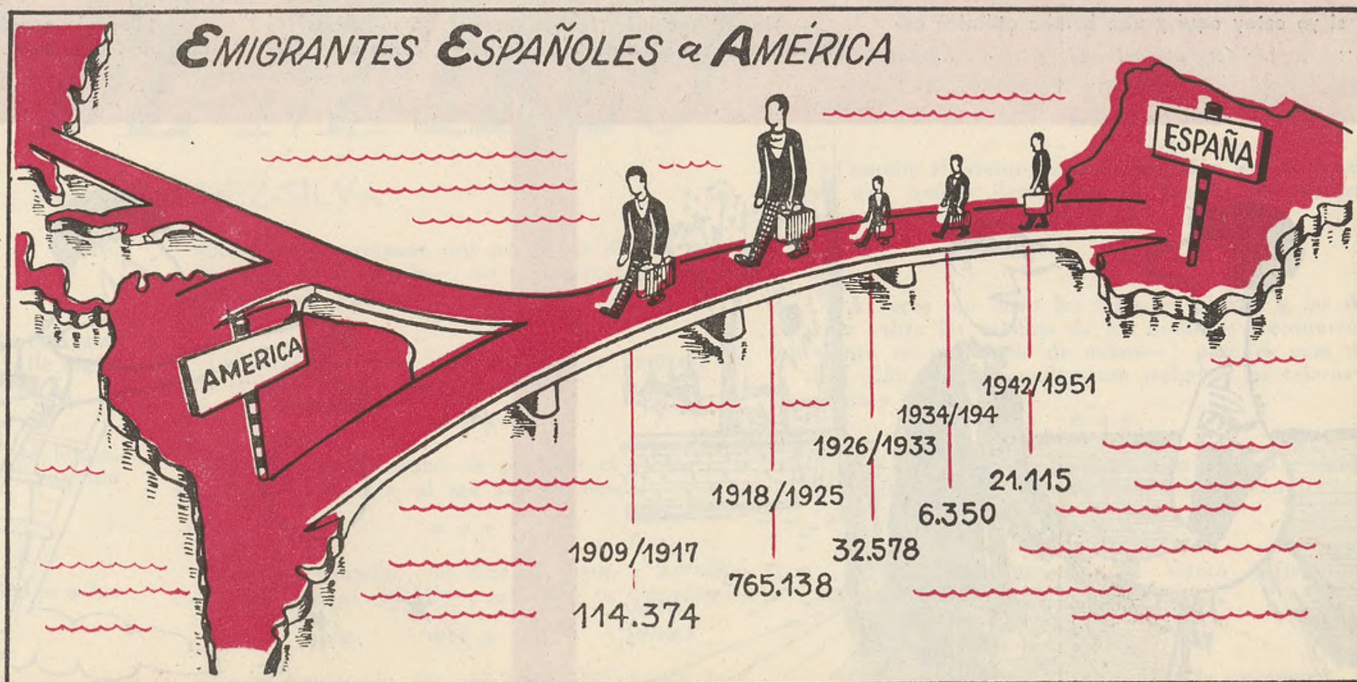
El mayor contingente de emigrados españoles está distribuído tal como se indica en el cuadro anterior, destacando la Argentina sobre todos los países iberoamericanos y turnando esta primacía con Cuba.

(1) Hasta 1948 corresponden los datos a los existentes en la publicación «Problemas actuales de la emigración». Mariano González Rothwos. Madrid, 1949. Los años sucesivos están tomados del «Anuario Estadístico de España», 1952.

2.—Movimiento interior.

Es perfectamente conocido, y especialmente manifiesto en los últimos veinte años, el desplazamiento de la población española campesina hacia las capitales de provincia en general, y particularmente desde éstas hacia la capital de España. Así, según los censos realizados en lo que va de siglo, la población de las capitales respecto de las provincias representaba los siguientes porcentajes: 16,84, 17,44, 19,13, 21,59, 24,41 y 27,50, para los años 1910, 1920, 1930, 1940 y 1950, respectivamente.

El mayor porcentaje de este crecimiento de la capital con respecto a las provincias se manifiesta en Zaragoza, para la cual la proporción de aumento fué del 19 por 100 para 1950, comparado con 1900. A continuación viene Madrid, con un 15 por 100 aproximado. Unicamente se exceptúa de esta corriente de desplazamientos Cádiz, que en 1950 tiene su capital el 1,48 por 100 menos con relación a su provincia.



HUMOR

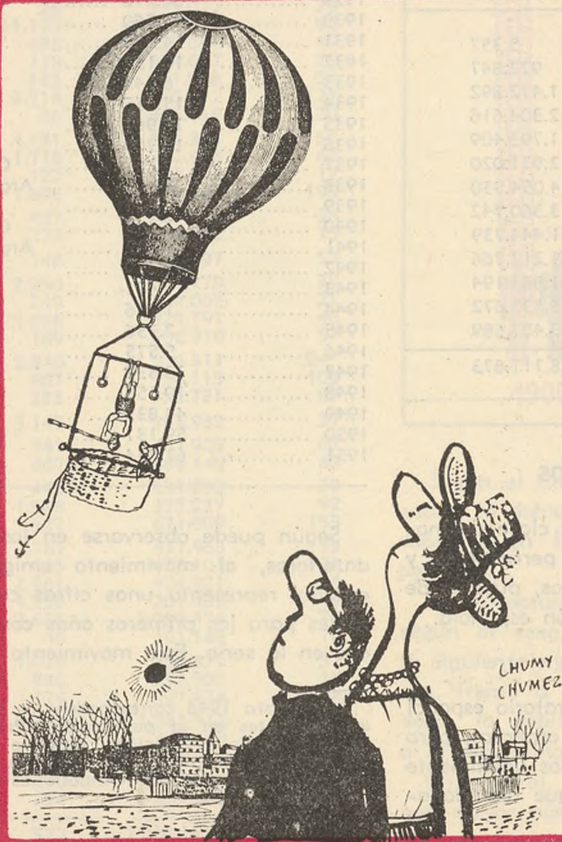
ALGUNAS veces el español se encuentra con la línea de su propia expresión. Cuando esto sucede, una visión de la vida con todas sus aristas, una concepción hiriente, no exenta de ternura, se ofrece a nuestra vista. Es una constante expresiva que, incluyendo a Quevedo, pasando por Goya, llega hasta nuestro momento e informa la manera de hacer de muchos artistas del presente. En esta línea se encuentra «Chumy». Detrás de este nombre está una apasionada vida juvenil, empeñada en responder a lo sugerente con lo hiriente, a la gracia de complacencia con una gracia denunciadora. Por él y por los artistas que, como él, montienen esa línea del humor con fuerza, podemos afirmar que es un hecho la existencia de una escuela española del humorismo.



—¡Ay, qué risa! ¡Pues es verdad que te has roto la pierna!



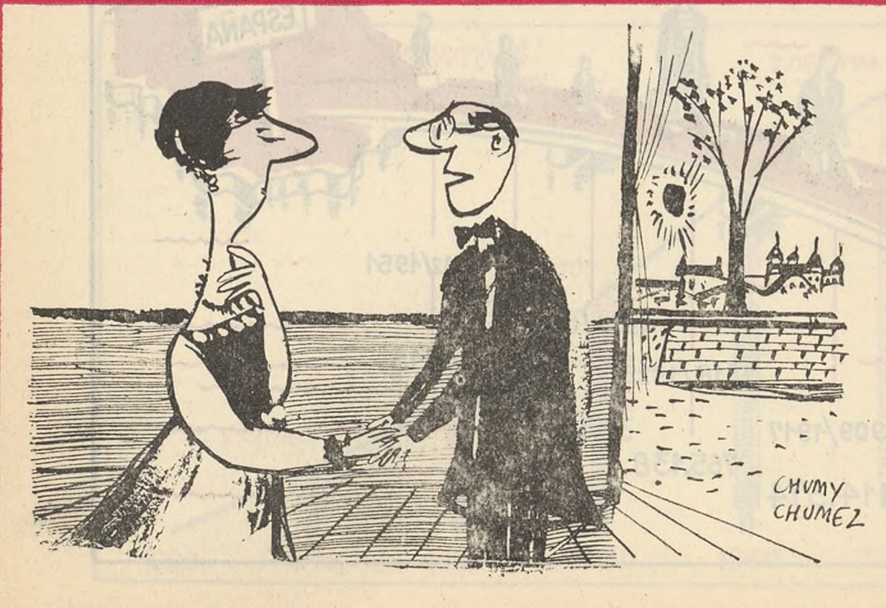
—... Y si yo estoy aquí y una bomba atómica estalla aquí...



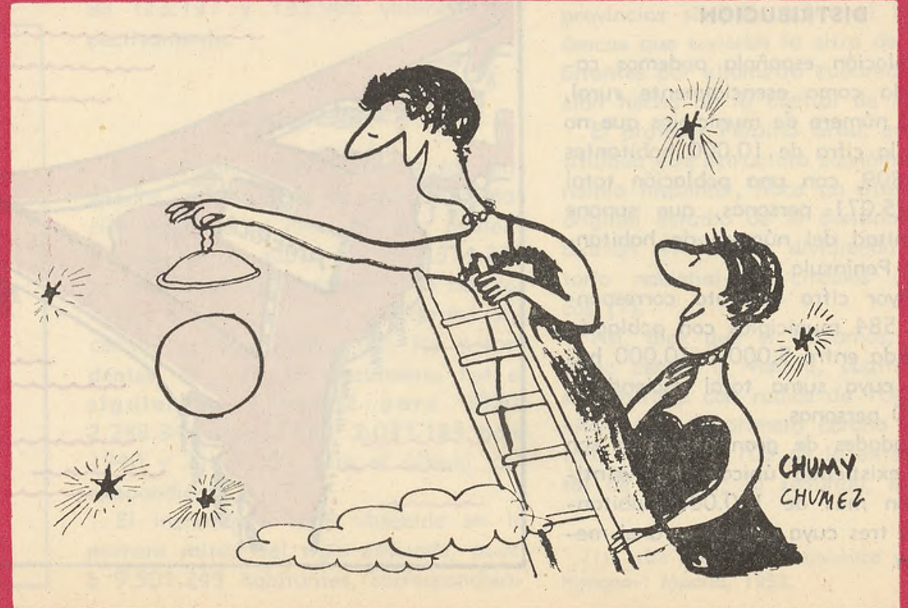
—¡Investigación! ¡Investigación! ¡Qué cosas se inventan ahora para no ir a la oficina, como debe ser!



—¡Todo lo contrario! Encarcela las flores por bondad para que no tengan envidia los pajaritos.



—¿Estás enfadada conmigo, Margarita? ¡Hace tanto tiempo que no me llevas la contraria!



—Tenía usted razón, condesa: es luna llena.



LA CANCION DEL MES

VIENTO DE MARZO

Por J. M. SANCHEZ-SILVA

En el yunque de marzo, con el martillo del viento, se forja la primavera.

* * *

Todos pensamos por marzo, cuando sopla tan fuerte el viento, si no irá a pasar por nuestra calle algún barco de vela.

* * *

«No te vayas, bonita, que quiero verte de lejos», les dice el viento a las chicas de marzo, pasando junto a ellas como una flecha.

* * *

«Dame la mano», les dice el viento de marzo a los aviones que despegan de Barajas.

* * *

«A la luna», dice el viento cuando toma un taxi.

«Si oyes una campana esta noche—le dice el viento a la rubia de Farmacia—, no te asustes; es que estaré pensando en ti.»

* * *

«Llámame hermano y te barreré la puerta», les dice el viento a los frailes menores.

* * *

«Te bajo aquella nube—le promete el viento a la morena de Filosofía—si me das un beso.»

* * *

«Si juegas conmigo—les dice el viento a los niños listos que van al colegio—, me llevo tu Gramática.»

* * *

«No te quejes—le dice al árbol, helado de frío, mientras le sacude—; te estoy quitando el invierno.»

«No siempre me limito a tañer las campanas; a veces, las cambio de campanario y sólo se dan cuenta los ciegos de mejor oído.»

* * *

—¡Ay, loco, que me llevas!—dijo la bella al viento.
—¡Ay, loca, que me traes!—repuso él.

* * *

Era tan veloz como el viento, pero sólo porque el viento no lo sabía.

* * *

Cuando marzo nació, no tenía padrino y el cura no podía bautizarlo. Pero, de pronto, las puertas de la iglesia se abrieron de golpe y la voz del viento gritó: «¡Yo lo seré!»

* * *

Por darle esperanzas a la enamorada enferma, el viento le devolvía solamente las hojas de la margarita que habían dicho «sí».

* * *

El viento sur se enfadó con la torre de la catedral y le arrancó la mitad; pero el viento norte era amigo suyo y la colocó de nuevo en su lugar.

* * *

La vez que más risa le dió al viento fué cuando cambió sin querer las banderas de los dos ejércitos enemigos y ambos regresaron a sus países proclamándose vencedores.

* * *

Por marzo, el viento asiste a algunas clases; cuando el profesor dice: «Hasta mañana, señores», él es ese alumno que suele salir por la ventana.

* * *

Si a marzo le quitáis el viento, se queda en febrero.

* * *

Como los bloques de piedra estrechan y definen la forma que guardan dentro de sí, gracias al martillo y el escoplo del escultor, las muchachas han estrechado sus faldas a fuerza de viento.

* * *

—Mira que te quiebro—dice el viento enfurecido al árbol frondoso.
—Mira que entonces te dejo mudo—dícele el árbol a él.

* * *

Aquel cartero tenía mucha prisa y suplicó al viento que le ayudase, prometiéndole a cambio leerle la carta por el camino.

* * *

«Ese *penalty* es injusto», dijo el viento. Y, echándose al campo, lo detuvo.

* * *

«A mí sí que me gusta meterme en camisas de once varas», dijo el viento una tarde, meciéndose en las cuerdas del tendedero.

* * *

Los globos cautivos que se escapan le sirven al viento de calabazas para bañarse más seguro en el mar.

* * *

Cuando el viento levanta un tifón en el océano, es que quiere descorchar la botella del náufrago para enterarse de su mensaje.

* * *

«A veces me llevo las tejas, es cierto, y las dejo caer sobre las cabezas de los hombres—reconoció el viento en una tarde de calma—; pero es para probar cuán ligera y malamente trabajan los tejeros de ahora.»

* * *

«Has engordado un poquito, niña», les dice el viento a las chicas de marzo, ciñéndoles la cintura.

* * *

—«¡Decididamente—dice el viento enfurecido—, los pájaros me hacen cosquillas!»

* * *

«Que se vaya ese bruto—dice la primavera por marzo—, o no salgo este año.»

La Moda en Madrid

CON mucha más precisión que la más puntual de las nevadas o los calores más exigentes con su arribada a la hora en punto, nos llega siempre la sacudida de la moda para decirnos o para anticiparnos la venida de una nueva temporada. Al servicio de ella están los modistos, que son los señores cuyo mecanismo cronométrico se anticipa al ciclo solar con precisión más justa que el más justo de todos los astrónomos. Vargas Ochagavia enfiló su telescopio, calculó en años-luz y lanzó a la calle esos modelos que, en el invierno cosquilleante que—a manera de ráfagas intermitentes atemperadas por el sol tibio—sabe lanzar el Guadarrama, figuran entre los que dan el tono por las calles madrileñas.



Un traje de tarde en tricot negro.



Otro estupendo modelo de traje sastre para la tarde es «Ignacio», fantasía en otomán negro nevado.

También para la tarde es este magnífico modelo de abrigo, «Antisqueta», en terciopelo de lambeig.





De una elegancia muy matizada por la severidad es «Camponuevo», vestido en faya marrón, realzado e impreso en terciopelo marrón oscuro.



La suntuosidad no será nunca demasiado ostentosa cuando se ha sabido equilibrar con la elegancia, como en el modelo «Los Perules», abrigo negro brochado en oro.



«Monterredondo», traje de cóctel en otomán rojo, en donde ni una sola nota dispar hace distraer la estudiada y armónica monocromía del elegante conjunto.

«Palogrande», traje chaqueta en «twed» azul y negro, corte japonés, cuyo trazado, ligeramente deportivo, imprime al modelo una nota muy precisa de juvenil elegancia.



«Vedadillo» se llama este bello traje de cóctel, en brocado, lamé oro y broches de brillantes. Un traje de gran tono y especial realce para las fiestas vespertinas.



¿DONDE DEFENDER EUROPA?

(Viene de la pág. 13.) la vieja historia del «rulo ruso». Pero el número no lo es todo en la guerra. Con frecuencia los menos han derrotado a los más. Y siempre la moral ha sido la determinante del éxito. El problema del Occidente radica precisamente en esto. Su poder industrial y económico es superior, sin duda alguna, al ruso. Pero su voluntad no es siempre convincente. Ciertos países titubean pusilánimes y eluden, por diferentes razones, sacrificios en su rearme. Con frecuencia disienten entre sí; no se entienden; sufren graves crisis internas y, aun lo que es peor, vetan el armamento de los otros. El Ejército de Luxemburgo es apenas, dicho con frase de antaño, una «música escoltada». Noruega y Dinamarca apenas tienen organizada la cuarta parte de tropas que debieran tener según los compromisos internacionales. Bélgica, Holanda y Francia tienen sobre las armas sólo la mitad. Italia, más; pero Inglaterra, algo menos. Alemania occidental, que debería tener doce divisiones, no ha podido organizar, por la hostilidad ajena, ni un simple pelotón. Suecia está al margen de toda cooperación armada con el Occidente. Lo mismo ocurre con Suiza. Turquía y Grecia, las dos potencias del Pacto Atlántico, paradójicamente sitas en el extremo oriental del Mediterráneo, son las más resueltas y las proporcionalmente más equipadas y organizadas militarmente. En total, todos estos países europeos—dejamos aquí al margen a los Estados Unidos y Canadá, excepción afortunada en el cuadro—deberían tener sobre las armas 130 divisiones, pero no tienen en la realidad, Grecia y Turquía excluídas, más que unas 25 para defender la llanura central europea, ya que en buena parte, por añadidura, el Ejército británico monta también la guardia en lejanos países del Imperio y el francés tiene que guarnecer fuertemente el Africa del Norte y batirse penosamente en Indochina. Otras 25 divisiones pudieran quizá ser organizadas también con alguna rapidez empleando contingentes de reserva y material sacado de los arsenales. Pero tales divisiones, ordinariamente de ninguna calidad superior, tardarían demasiado en entrar en línea para poder intervenir en los primeros momentos.

Con tales fuerzas, pues, más los contingentes yanquis en Europa—tropas no muy numerosas, pero muy bien equipadas y de excelente moral—se ha previsto montar la defensa continental. ¡Demasiada tarea para tan débiles medios! Normalmente, en el campo táctico no se concibe otorgar a una división un frente defensivo superior a 10 ó 12 kilómetros. El frente de defensa europeo mide, sin embargo, más de 7.000 kilómetros. El generalísimo americano, Gruenther, sobre quien pesa la agobiante responsabilidad de la defensa occidental, tiene razón para quejarse de tal estado de cosas. Faltan muchos efectivos para cubrir, incluso concretamente, la línea del Rhin. «No hemos llegado al punto de poseer una seguridad adecuada en Europa», ha explicado a cierto redactor de *U. S. News World Report* últimamente, para añadir en seguida que «no hay fuerzas suficientes en Europa para hacer frente a cualquier riesgo». En caso de un ataque hay que prever el repliegue, concluye. «Todavía no tenemos potencial suficiente para resistir con éxito un ataque general.»

¿Cómo proceder, pues? Para los devotos de la estrategia clásica, tradicional, no resta sino prever estos repliegues: defenderse en el Weser, en el Rhin, en el Sena, en el Loire incluso, si es preciso. Europa occidental, llana y sin relieve, no tiene, en efecto, más líneas defensivas naturales que los ríos. Pero las líneas fluviales son, sin duda, hoy un débil obstáculo militar. Ya en los días de la Revolución francesa, cuando la técnica no había ideado, ni mucho menos, los medios de paso con que hoy cuentan los ejércitos, al preguntarle a Napoleón la eventualidad del éxito en la campaña del Norte, el gran corso contestó: «Si Moreau se decide realmente a pasar el Rhin, lo pasará.» Ya el problema militar de paso a viva fuerza de los ríos, en aquellos tiempos, era una mera cuestión de decisión del jefe, de lo que los reglamentos llaman «voluntad de vencer». Desde aquella fecha hasta hoy la técnica militar ha construído puentes de rápido tendido y de gran rendimiento, lanchas rápidas, barcazas de desembarco, y allí donde se libraron en otros tiempos batallas interminables y sangrientas que bautizaron una y mil veces nombres de ríos en las orillas del Rhin, del Danubio, del Mosa, del Escalda..., en la guerra última apenas los ejércitos terrestres tuvieron necesidad de detenerse, sin contar con que para la aviación y los paracaidistas no existe el obstáculo fluvial.

La defensa escalonada, en profundidad, de Europa occidental no es problema, por tanto, fácil frente a la eventualidad de una agresión soviética. Es una gran desgracia ello; pero es así. Y los Estados Mayores tienen que ser esencialmente realistas si no quieren provocar la hecatombe. Faltan efectivos para semejante plan. Faltan obstáculos naturales que compensen convenientemente la mengua de medios. No hay posibilidad de montar con las tropas batidas en una línea la defensa de otra posterior 200 kilómetros más a retaguardia.

Acucia, por último—¿por qué no decirlo?—el problema de la seguridad interior de ciertos países ante la proliferación de los partidos extremistas.

He aquí una situación que parece haber producido en Norteamérica la preocupación natural. Los Estados Unidos han vertido en Europa, tras de liberarla de la dominación nazista, sumas ingentes de dinero como ayuda económica y militar. Han enviado también en proporciones colosales material de guerra. Tienen destacados en el corazón europeo incluso formaciones muy importantes de selección, en Alemania, en Austria, en Francia, en Inglaterra, en Trieste y en el Mediterráneo. Advierten que sus protegidos y eventuales aliados, sin embargo, no secundan los planes con que les urge ante el peligro señalado. Se diría que Europa occidental, olvidada de semejante apoyo, se ha empeñado en una bizantina política de retórica esterilizadora que ha frenado el rearme y que adormece la voluntad de resistencia.

En el Pentágono, naturalmente, la situación preocupa. La prensa y la opinión más autorizada de los Estados Unidos han aludido claramente a la cuestión. Y hasta se apunta que se busca el remedio. No se trata de que la Casa Blanca pretenda desamparar a Europa, ni mucho menos volver a un aislacionismo que a los Estados Unidos—primera potencia hoy de la tierra—les está ya vedado. Es que, naturalmente, el Estado Mayor americano se ve forzado a replantear el problema de la defensa occidental. A ningún país como a España le importaría e interesaría más que el dispositivo de la defensa occidental se montara lejos, sobre el Rhin mismo, sobre el Weser mejor, sobre el Elba, parcialmente al menos, si ello fuera incluso posible. Pero no se trata de nuestros deseos, ni de los puntos de vista y pretensión del Pentágono, ni siquiera de los que a Europa misma conviniera. Se trata de lo que cabe y puede hacerse y no de lo que pudiera o conviniera hacer sin la inercia y lenidad de semejantes aliados occidentales.

¿Obedece a esta apreciación la tesis de la «defensa periférica» esgrimida recientemente, y no sin autoridad, en la prensa y en la opinión americana? Según este despliegue, la defensa europea cubriría todo el reborde marítimo para asegurar la cooperación yanqui y se extendería desde el bastión insular británico, por la Península Ibérica—el gran baluarte anticomunista de Europa que protegen los Pirineos—; saltaría a Italia y englobaría, desde luego, esos países viriles y decididos que se llaman Grecia y Turquía. Una amplia media luna abarcaría así todo el occidente y el mediodía europeos a lo largo y a lo ancho de sus costas.

El proyecto de ejército europeo está muerto y este plan de defensa periférica parece ser la salvación del problema. Todo se reduce, a juicio del coronel Hanson Baldwin, a sustituir a la débil y dividida Francia por este dispositivo que incluye a la fuerte y unida España y también al norte de Africa, no francesa, según dicha autoridad nos explica en *New York Times*. Se habla incluso de trasladar a España el Cuartel General americano de Fontainebleau.

No significaría ello, desde luego, el abandono del corazón europeo. Algo a este respecto se ha dicho no hace mucho tiempo en la prensa extranjera. Se montaría al efecto allí, en el centro de Europa, un sistema defensivo inspirado en el éxito de las «posiciones erizos» empleadas por los alemanes en Rusia durante la última contienda. Unas posiciones de 200 ó 300 kilómetros cuadrados, muy bien elegidas y guarnecidas por tropas nacionales de cada país, como indica el gráfico. La riada roja se contendría o se encauzaría así. Y éste es esencialmente el papel de la defensiva: desgastar tanto como se pueda, contener de momento, causar pérdidas y ganar tiempo. Así, por entre ese verdadero «billar romano», imaginado se dice que por el propio generalísimo Gruenther — hay quien piensa que con la colaboración del general alemán Guderian, el gran profeta y realizador de la táctica de las unidades acorazadas—, el alud ruso sería más o menos contenido y entretenido, mientras que la réplica occidental sería lanzada, en su momento, desde más atrás, por una masa de maniobra (Ejército americano, inglés y mitad del francés) sita tras el Pirineo y dispuesta a actuar en dirección conveniente en Europa occidental, en Italia o en los Balcanes. No puede inspirarse ningún plan, efectivamente, en la defensiva estricta, porque ello equivale a perder la guerra por anticipado. Semejante idea de «defensa periférica» se acomoda, por tanto, al concepto clásico de lo que se ha llamado «defensiva-ofensiva»; el mismo que ha dado la victoria en las dos grandes conflagraciones mundiales al bando anglosajón. Pero ello, bien entendido, sólo en el campo táctico continental. Porque a semejante concepto ha correspondido bien explícitamente en los Estados Unidos la decisión de lanzarse, desde el primer momento, en el caso de una agresión soviética, a la «ofensiva aérea» y al bombardeo atómico de la U. R. S. S. En un plazo apenas de unos pocos días, como obedientes a una misma consigna. Foster Dulles ha advertido de semejantes propósitos al embajador rojo en Wáshington. Lawton Collins ha asegurado que América confía plenamente en el poder de su aviación estratégica, tema subrayado, también últimamente, por el general Twining, segundo jefe del Estado Mayor del Aire, y por el propio Presidente Eisenhower. La «estrategia periférica», pues, no excluye la defensa de Europa central. En lo militar es un plan «defensivo-ofensivo» en el continente, pero eminentemente «ofensivo» en el aire. En lo político, no es un capricho de la Casa Blanca, ni siquiera del Pentágono, sino algo posiblemente impuesto por las circunstancias, por los mismos quizá a los que paradójicamente parece irritar tanto.

COMO APRENDIERON LOS INDIOS A REZAR

(Viene de la pág. 51.) tres trozos rojos y una procesión de figuras portando cruces. Por olvido no están los cuatro circulitos superpuestos, separados dos a dos por una horizontal, con lo que se daría a entender el número de orden del cuarto Mandamiento; pero lo reconocemos en seguida por la figura que lleva un objeto en la mano: el «oferente», que en el primer Mandamiento está seguido del ideograma de Dios, y aquí va seguido del Padre—la misma figura del Padre Celestial—y de la Madre, un personaje de abultado vientre, busto cubierto con una prenda azul y estrecha halda amarilla a cuadros. El quinto, «no matar», se expresa claramente por una figura que señala con el índice extendido, como casi todas, el esquema de una momia; y si resulta difícil establecer una relación entre el sexto Mandamiento y el signo que aquí pretende sugerirlo, no ocurre así con el séptimo, brevísimamente escrito con una de estas personillas, cargada en este caso con el producto de sus hurtos: dos objetos, uno en las manos y otro a la espalda. La negación «no» no aparece hasta el octavo Mandamiento, y la reconocemos en uno de estos pequeños personajes—acompañado, en este caso, de un punto rojo inmediato—, seguido de otra figurilla, que coloca sobre la cabeza del un tercer personaje de menor tamaño el signo del pecado, es decir, levanta acerca de él un falso testimonio. Otra vez el símbolo de la negación, y una figura longitudinalmente partida, por la cual se expresa, sin duda, el deseo, y a continuación, la mujer del prójimo, con el mismo aspecto de la Madre según aparecía en el cuarto Mandamiento. Y con esto pasamos al décimo y último, a saber: «no codiciar los bienes ajenos», sugeridos por unas cuantas monedas a los pies de su propietario, deseadas, sin duda, por otra persona colocada a su derecha. «Estos diez Mandamientos de la Ley de Dios—dice concisamente el Catecismo, haciendo uso de una magistral brevedad gráfica—se encierran en dos: el primero, amar a Dios sobre todas las cosas, y el segundo, amar al prójimo.»

A continuación vienen los Mandamientos de la Santa Madre Iglesia (pág. 53), la enumeración de los Sacramentos (página 55) y la de las Obras de Misericordia (línea 4 de la página 59).

Baste con estas indicaciones. El lector tiene en ellas ocasión de ejercitar su ingenio, interpretando, a base de los conocimientos religiosos adquiridos desde su infancia, los signos que hace cuatro siglos utilizó fray Pedro de Gante para hacer llegar a los corazones de sus amados indios la luz de la Verdad.

ARMERIAS HISPANOAMERICANAS

(Viene de la pág. 22.) ser sangre notoriamente limpia y señoril, y esa disposición de entendimiento—ajena a tratados políticos o diplomáticos, que pueden caer en perecedera obra—que hace cancelar en los hogares cualquier fugaz desavenencia, imperando, al fin, las gráciles razones del corazón.

En varias coyunturas, a esa heráldica española únense timbres indígenas de ínclitas familias prehispánicas, mientras éstas veían vestir a sus vástagos nada menos que castellanísimos hábitos de militares Ordenes, estableciéndose por cédula de 26 de marzo de 1697—que el notable investigador citado puntualmente exhuma — la equivalencia entre familias indígenas, nobles, e hidalgos de Castilla, pudiendo usar los primeros el apelativo de «don» y acogerse a los mismos privilegios que los últimos gozaban.

(Ese «Don Diego, indio principal», ese «Don Jorge, cacique», de otras más antiguas cédulas de Su Cesárea Majestad, cuando el Augusto Señor confería escudos nuevos al hombre nativo, sellando con ellas el trato de identidad que los Sacros Monarcas querían imponer en las tierras recién abiertas al culto del Dios cierto, ya simbolizado en heráldicas tales, que traían católicas cruces y pías leyendas del «Ave María»...)

Si el escudo fué ganado—no herencia—, válido también y grato para la presencia y recuerdo en el armorial común. Y el amor por éste manifiesto en la inacabable curiosidad de nuestros americanos, que recoge alguna oportuna sección de MVNDO HISPÁNICO, y los debates al caso, cuando el Primer Congreso de Genealogía y Heráldica a Fuero de España (Barcelona y 1929), en el Primer Congreso Hispanoamericano de Historia (Madrid y 1949) o en el Primer Congreso Iberoamericano - Filipino de Archivos, Bibliotecas y Propiedad Intelectual (Madrid y 1952).

Una consciencia de estirpe, pues, llamando para la espiritual empresa continuada, que se inició casi quinientos años atrás, con el escorzo de tres carabelas, esmaltadas de azules intactos, cielo y mar del descubrimiento; la mejor viñeta heráldica de nuestra hispana historia.

El café americano tiene un rival en el de Africa y Asia

SEGUN los últimos datos, parece ser que el año 1953 registró la más alta cifra de adquisiciones de café por los Estados Unidos. Según se dice, las cantidades invertidas por los norteamericanos ascienden a 1.350 millones de dólares. Aunque el Brasil sigue siendo la principal nación abastecedora, y sus ventas superaron los 46 millones de dólares en octubre y 86 en septiembre, poderosos rivales amenazan con quitarle su principal fuente de divisas. Asia y Africa están empezando a invadir el mercado estadounidense. En segundo lugar figura Colombia, con 48 millones en septiembre y 22 en octubre, y muy atrás, en tercera fila, el Ecuador, con tres millones, aproximadamente. Este país adquiere cada vez más importancia en la economía internacional cafetalera. Las importaciones asiáticas tienen hasta el momento poca importancia, pero, poco a poco, van aumentando y comienzan a constituir una fuente de preocupaciones para los economistas brasileños, exclusivamente, ya que Indonesia y Arabia, aunque aun no han llegado a vender un millón de dólares mensuales a los norteamericanos, dada la extensión creciente de los cultivos y la forma en que se están organizando, es muy probable que, en un breve plazo, se conviertan en poderosos rivales. Por el momento, el Brasil ya ha perdido el monopolio de la producción cafetalera. El continente negro, que antes de la guerra mundial contribuía con el 8 por 100 de la producción de todos los continentes, ha duplicado ese índice, pasando ya del 16 por 100.

Los grandes capitales que Gran Bretaña, Estados Unidos, Francia y Bélgica están invirtiendo en Africa para desarrollar su economía, hacen temer a los productores hispanoamericanos de café, azúcar, trigo, tabaco, algodón, cacao, plátanos y henequén, ya que los costos de producción son inferiores en el continente negro. «Visión» del 8 de enero, en su sección confidencial, escribía: «El aumento en el precio del café brasileño significará una disminución en las ventas a Europa. Estadísticas de los primeros meses de 1953 indican que las compras de café brasileño hechas por Inglaterra e Italia han bajado un 17 por 100, y la mayoría de los importadores de café opinan que esta cifra es ya mucho mayor. Los compradores están dependiendo de los embarques de América Central y de Colombia para suplir en gran parte el consumo de 1954.» Pero la verdad es que los planes de fomento agrícola del Gobierno británico en sus colonias, para los que ya ha dedicado más de 700 millones de dólares, comienzan a dar sus frutos. Los australianos, neozelandeses e ingleses empiezan a tomar el café británico. Los primeros granos no americanos están llegando a distintos puntos del Imperio, y, lo que es peor, ya llegaron 350.000 sacos en 1948 y más de medio millón en 1952 al gran mercado consumidor de los Estados Unidos, que, hasta ahora, era monopolio casi exclusivo del Brasil. El diario de Río «Jornal de Comercio», recientemente, comentaba así estas informaciones: «La marcha prosigue, y parece un cortejo fúnebre. La cuota de exportación del Brasil retrocede del 70 al 53 por 100, mientras que avanza la de los otros países del 30 al 47 por 100. Es el comienzo del fin.»

«MVNDO HISPANICO» - Corresponsales de venta:

ARGENTINA: Editorial Difusión, S. A. Herrera, 527. *Buenos Aires.* *BOLIVIA:* Gisbert y Cía. Librería La Universitaria. Calle Comercio, números 125-133. *La Paz.*—*COLOMBIA:* Librería Nacional, Limitada. Calle 20 de Julio. Apartado 701. *Barranquilla.*—Carlos Climent. Instituto del Libro. *Popayán.*—Librería Hispania. Carrera 7.ª, 19-49. *Bogotá.* — Pedro J. Duarte. Selecciones. Maracaibo, 49-13. *Medellín.*—*COSTA RICA:* Librería López. Avenida Central. *San José de Costa Rica.*—*CUBA:* Oscar A. Madiedo. Agencia de Publicaciones. Presidente Zayas, 407. *La Habana.*—*CHILE:* Edmundo Pizarro. Huérfanos, 1372. *Santiago.* — *ECUADOR:* Agencia de Publicaciones Selecciones. Plaza del Teatro. *Quito.* Nueve de Octubre, 703. *Guayaquil*—*EL SALVADOR:* Librería Academia Panamericana. 6.ª Avenida Sur, 1. *San Salvador.*—*ESPAÑA:* Ediciones Iberoamericanas, S. A. Pizarro, 17. *Madrid.*—*FILIPINAS:* Librería Hispania. Escolta, 26; Nueva, 92. *Manila.*—*GUATEMALA:* Librería Internacional Ortodoxa. 7.ª Avenida Sur, 12.—Victoriano Gamarra Lapuente. 5.ª Avenida Norte, 20. *Guatemala.*—*HAITI:* Librerías y quioscos de Puerto Príncipe.—*HONDURAS:* Agustín Tijerino Rojas. Agencia Selecta. Apartado 44. *Tegucigalpa, D. C.* *MARRUECOS ESPAÑOL:* Herederos de Francisco Martínez. General Franco, 28. *Tetuán.*—*MEXICO:* Juan Ibarrola. Libros y revistas culturales. Donceles, 27. *México.*—*NICARAGUA:* Ramiro Ramírez. Agencia de Publicaciones. *Managua, D. N.*—*PANAMA:* José Menéndez. Agencia Internacional de Publicaciones. *Panamá.*—*PARAGUAY:* Carlos Henning. Librería Universal. Catorce de Mayo, 209. *Asunción.*—*PERU:* José Muñoz. R. Mozón, 137. *Lima.*—*PUERTO RICO:* Matías Photo Shop. Fortaleza, 200. *San Juan.*—*REPUBLICA DOMINICANA:* Instituto Americano del Libro y de la Prensa. Escofet, Hermanos. Arzobispo Nouel, 86. *Ciudad Trujillo.*—*URUGUAY:* Germán Fernández Fraga. Durazno, 1156. *Montevideo.*—*VENEZUELA:* Distribuidora Continental, S. A. Bolero a Pineda, 21. *Caracas.*—*BELGICA:* Juan Bautista Ortega Cabrelles. 42, Rue d'Arenberg.—Agence Messageries de la Presse, 14 à 22. Rue du Persil. *Bruxelles.*—*BRASIL:* Livraria Luso-Espanhola e Brasileira. Av. 13 de Maio, 23, 4.° andar. Edificio Darke. *Río de Janeiro.* — *CANADA:* Comptoir au Bon Livre. 3703, Av. Dupuis, angle Ch. de la Côte de Neiges. *Montreal.*—*DINAMARCA:* Erik Paludan. Fiols traede, 10. *Copenhague.*—*ESTADOS UNIDOS DE NORTEAMERICA:* Las Américas Publishing Company. 30 West, 12th street.—Roig Spanish Book. 576, Sixth Avenue. *New York, 11.*—Argentine Publishing Co. 194-18, 111th Road. *St. Albans, L. Y. N. Y.* *FRANCIA:* L. E. E. Librairie des Editions Espagnoles. 78, Rue Mazarine. *Paris* (6ème). Librería Mellat. 15, Rue Vital Carles. *Paris.*—*ITALIA:* Librería Feria. Piazza di Spagna, 56. *Roma.* — *PORTUGAL:* Agencia Internacional de Livraria y Publicaçoes. Rua San Nicolau, 119. *Lisboa.*—*SUIZA:* Thomas Verlag. Renweg, 14. *Zurich.*

BIBLIOGRAFIA

ENCICLOPEDIA UNIVERSAL HERDER. Barcelona. Editorial Herder.

En el viejo pleito sobre la concepción de la cultura, la corriente germánica se ha inclinado tradicionalmente a considerarla—frente a la concepción renacentista—un modo de ser determinado por sedimentaciones sucesivas de formas de vida. Pero, concretamente en Alemania, es ya cultura y forma de vida la exposición en recorrido cíclico de todas las formas del saber humano. Y característica personalísima de ella, la participación en esta labor de una serie de viejas ciudades cultivadoras del humanismo, con un sentido descentralizador sin parangón en Europa. Un buen ejemplo de ello es la «Enciclopedia Universal Herder», que, bajo la denominación «Herders Volkslexikon», apareció en Friburgo de Brisgovia el año 1951, coincidiendo con el CL aniversario de la fundación de la Editorial Herder, y que hoy ha sido vertido y adaptado a la lengua española. Era propósito de los editores, confesado en el prólogo de su primera edición, «dar una respuesta actual a las preguntas actuales». Es ésta una finalidad en cierto modo encauzada y determinada por dos necesidades impuestas por nuestro tiempo: la gran complejidad de estas preguntas y la forzada brevedad en la respuesta, consecuencia de esta misma complejidad. Nacida, pues, en el torbellino de esta época, la obra, más que un mero repertorio informativo, se propone ser un vivo instrumento de orientación. Acierta a situar los actuales acontecimientos en el lugar que les corresponde dentro del conjunto de la vida humana, marcando siempre su vinculación con los valores de nuestra tradición espiritual. En un solo tomo, más de un millar de páginas, concentra un cúmulo de datos e informaciones inigualables por su número y señala certeramente en todas las cuestiones capitales el punto de vista católico y las posiciones opuestas o indiferentes. Constituye, además, una novedad, porque introduce en la lexicografía enciclopédica española, por primera vez, un criterio rigurosamente selectivo, eliminando voces de relleno, sin ninguna dimensión cultural, para poder dar un desarrollo adecuado a aquellas nociones fundamentales o de más acuciante actualidad, sirviendo así de instrumento de información y orientación. Un resumen actual y exacto de la civilización de nuestro tiempo en un solo tomo, perfectamente manejable, de 1200 páginas, 40.000 voces, 2.641 fotograbados directos e ilustraciones a la pluma, 64 láminas en color y en negro y 150 tablas estadísticas a ocho tintas.

En definitiva, un instrumento ágil y utilísimo, que viene a llenar un sensible hueco en la bibliografía de nuestra época.

CAUSAS Y CARACTERES DE LA INDEPENDENCIA POLITICA HISPANOAMERICANA. — Ediciones Cultura Hispánica. Madrid, 1953.

Bajo este título se dan las actas y el resumen de los trabajos realizados por el I Congreso Hispanoamericano de Historia, que se celebró en Madrid del 1 al 12 de octubre de 1949. A los tres años de aquella fecha, uno de los frutos más significativos que podemos indicar ha sido la creación de la Asociación Hispanoamericana de Historia, la cual tratará de poner en vigor el contenido de la duodécima resolución, que hablaba sobre la «urgente reforma de los textos y manuales de estudio sobre historia hispanoamericana, en el sentido de suprimir los excesos de lenguaje y ciertas versiones de determinados hechos, propias solamente para alimentar querellas anacrónicas y para fomentar en el espíritu y corazón de los jóvenes odio o desprecio hacia algún otro país».

A ello atiende principalmente esta especie de Manual y también a poner al alcance de quienes se sienten interesados por el desenvolvimiento político actual la referencia precisa sobre el nacimiento de las más jóvenes nacionalidades.

Un cúmulo de circunstancias se dan cita, por los últimos años del siglo XVIII y primeros del XIX, sobre los territorios americanos de habla española, que contribuyeron a formar su conciencia nacionalista. De una parte, las ideas liberales importadas de Europa. De otra, la falta de asistencia política a que quedan sometidos aquellos territorios, cuando la metrópoli se ve invadida por las fuerzas napoleónicas. En algunos casos, la primera chispa independentista brotó como consecuencia de una negativa a seguir participando de los destinos de un país que había ligado los suyos, por la fuerza de las armas y por la debilidad de un monarca, a la Casa de Francia. Pero hay, además, una larga serie de intereses entretejidos, cuyas específicas cualidades las matizaba el lugar de dependencia.

En este libro se precisan justamente las características que perfilaban a cada uno de estos movimientos y él nos da la clave para encontrar la causa de la actual demarcación política hispanoamericana.

IBEROAMERICA

CIFRAS COMPARATIVAS DE LA PRODUCCION AGRICOLA NORTEAMERICANA E IBEROAMERICANA EN EL AÑO 1952

PRODUCTOS	ESTADOS UNIDOS	IBEROAMERICA
Algodón	15.136.000 balas.	4.055.000 balas.
Carne	10.458.000 tonels.	5.549.000 tonels.
Maíz	970.508.785 »	20.786.833 »
Patatas	9.330.147 »	4.513.725 »
Trigo	34.869.069 »	10.768.140 »

De WIRTSCHAFTLICHE MITTEILUNGEN, de Lausana, de 13 enero 1954.

LA CIENCIA ESPAÑOLA Y SU CONTRIBUCION AL MUNDO ACTUAL

(Viene de la pág. 17.) del alma humana hacia la eternidad perdurable.

Se me dirá que esta visión entusiasta de la ciencia española, en su aspecto especulativo, tiene un tanto de argucia dialéctica para compensar el nivel moderado de nuestra ciencia de aplicación. Y que, de todos modos, al lado del ímpetu creador de la civilización occidental que brotó de la Universidad salmantina y de las otras de España, fueron estas Universidades también focos nocivos del estéril espíritu escolástico, que acabó por anegar, durante largos años, a la verdadera ciencia en un fangal de gárrula retórica. A lo cual contestaré que si la gran ciencia teórica tuvo su contrapartida de sistemas convertidos en mitos y de polémicas estériles, también la ciencia experimental de hoy padece de heterodoxias y de idolatrías, como el mito del análisis y del experimento, convertido en eje de la investigación y no en servidor del pensamiento. Argumentar sin sentido en una cátedra o trabajar sin sentido en el laboratorio son el mismo pecado y el mismo error cientificista.

Pero añadamos que en ninguno de los períodos de depresión de las grandes escuelas españolas faltaron los espíritus intactos, que, como las parejas del arca de Noé, conservaron la buena doctrina mientras duró el diluvio de la pedantería y la ignorancia. Citaré a los que considero representativos de la actitud salvadora: el medinense Antonio Gómez Pereira, médico de Felipe II, valeroso mantenedor del buen sentido científico, cuando lo habían perdido los demás; y unos siglos más tarde, en plena inundación de la perversa filosofía, el insigne padre Feijoo, uno de los mayores santos de mi devoción. «Combatir el cientificismo—he dicho en otra ocasión—es también hacer ciencia», y en este sentido, Gómez Pereira y Feijoo, y después Jovellanos, deben ser catalogados entre los grandes científicos españoles.

Claro es, en fin, que esta modalidad de la ciencia, de la que he hecho entusiasta apología, no excluye las otras modalidades: las exactas, las físicas y naturales. Las cuales tuvieron también sus cultivadores entre nosotros, cultivadores numerosos y en ocasiones, geniales. Pero su obra, en total, tuvo y tiene el tono moderado que, si queremos jugar limpio, hemos de reconocer. ¿Por qué no? El honor y la reputación de un pueblo dependen del cumplimiento riguroso de su destino, del suyo, que es diferente para cada uno de los que habitan en la tierra. Nuestra geografía, nuestro temperamento y muchas otras circunstancias que en otro lugar he discutido explican que la grandiosa influencia de la ciencia española en la civilización actual se haya hecho por la vía de especulación creadora. Lo podemos proclamar con orgullo y lo debemos proclamar aquí, en esta Universidad, que es, como dijo Unamuno, un símbolo de la milagrosa eficacia del verbo.

Excusadme, pues, que me repita, una vez más, la lista, considerable y a veces egregia, de nuestros matemáticos, de nuestros médicos, de nuestros naturalistas, de nuestros biólogos. El gran Menéndez Pelayo dió a cada uno de estos investigadores hispánicos su exacta jerarquía. Y aun olvidó a algunos. Y otros muchos le han seguido en su patriótica intención.

Esta ciencia, la mía, la experimental, cualquiera que sea su grado, es la que hoy llena el mundo con su progreso. Y la única que cuenta. Pero existe también la que profesaron y defendieron diez grandes Universidades—dos nuestras y ocho de otros países europeos—, precursoras del saber de hoy. Y esas diez Universidades, como los dedos de la mano de un escultor colosal, modelaron, desde los comienzos de la Edad Media hasta el siglo de las luces, todo lo que tiene de mejor y más permanente el alma occidental.

Y yo, que soy sólo un pobre naturalista, auguro, tras el triunfo actual de las ciencias aplicadas, una era nueva de victoria a la gran ciencia del espíritu, más libre a medida que es menos materialista. Todo lo excelso del pasado—digámoslo una vez más—resucita. No me equivocaré. No en vano hablo desde Salamanca, la que, según sus historiadores clásicos, significa «tierra de canto profético, tierra de adivinación».

(Del discurso pronunciado por el doctor Marañón en Salamanca con motivo del VII Centenario de su Universidad.)

TIRO DE PATOS EN VALENCIA

(Viene de la pág. 34.) poder disparar en todos los sentidos. Según opinión unánime, no se siente el menor frío, pese a la estación del año, ya que el barril actúa como una especie de termo.

Está prohibido tirar antes de dar la señal del comienzo y después de la puesta del sol, así como salir del puesto durante la tirada. Si alguien, por cualquier causa, necesita salir, avisa sacando el pañuelo. A la señal acude el respectivo barquero, pero después ha de dar explicaciones. Si éstas no son satisfactorias, se le castiga con multa la primera vez y con pérdida del puesto la segunda. La observancia de estas reglas se lleva con toda rigurosidad.

La prohibición de tirar después de ponerse el sol se debe a que es lo que más castiga a los patos y los ahuyenta de los respectivos puestos, ya que requieren toda tranquilidad por la noche, que es cuando comen.

El espectáculo al amanecer es maravilloso, cuando bandadas de miles de patos vuelan por todas partes. Se los ceba con arroz algunos años, con brisa de uva y con caracoles pequeños. Hace años había más fúlicas que patos, pero ahora son éstos los que predominan, dividiéndose en dos grandes clases: de ala larga y de ala corta. Los primeros son: cola de junco, pato pincho, «bragat», cerceta y asca. Los de ala corta son el «boix» y el «morell».

Los primeros requieren un nivel de agua menos elevado que los segundos, y ambos se lanzan sobre la comida buceando de pasada, al igual que los aviones en picado.

No se sabe bien a qué causa obedece el que unos años haya caza abundante, volviendo a entrar, con persistencia, los patos en los vedados, mientras otros años huyen después de los primeros disparos y no vuelven a aparecer durante todo el día. Lo que sí se sabe es que el pato requiere un nivel constante de agua y que ésta sea fresca y corriente.

Al lado del puesto número 1, por ejemplo, está el 41, que se subasta por unas 300 pesetas al año. La caza es muy desigual. Una tirada buena ordinaria permite cobrar una media de cien patos por puesto, llegando a trescientos o cuatrocientos en los puestos mejores. Pero hay tirada en que el puesto mejor sólo mata unos diez o veinte, con el consiguiente quebranto económico de los que gastaron grandes cantidades en él y, lo que es peor para un cazador, pasando metido en un barril todo el día sin poder divertirse tirando a los patos y viendo como éstos rehuyen entrar en el puesto.

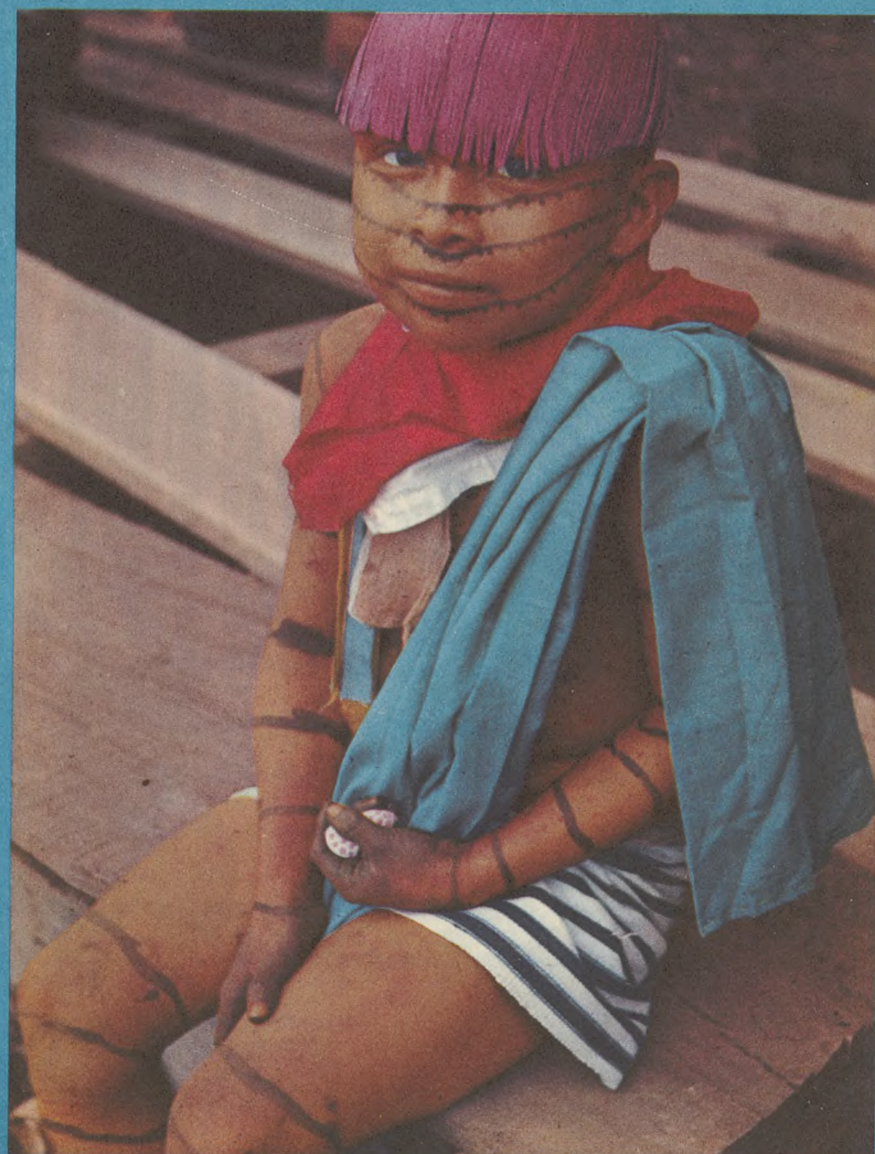


MARIQUITA PEREZ.
La muñeca que se viste como una niña.
Con su preciosa colección de trajes regionales españoles.
Todos los vestidos de la muñeca y sus trajes regionales se confeccionan también para niñas, y se envían a todo el mundo desde su casa central:
NUÑEZ DE BALBOA, 52 - MADRID
DESPACHOS:
SERRANO, 8
y
JOSE ANTONIO, 1









EN ESTE NUMERO: "LOS INDIOS COLORADOS"